

# Alessandro Baricco

## Tierras de cristal



Lectulandia

Una imaginaria ciudad vagamente situada en la Europa decimonónica, que pudiera ser símbolo de los ideales y los límites de la burguesía, entre el progreso colectivo y las pasiones personales. En ella convive una galería de extraordinarios personajes con el infinito como único horizonte, empeñados en construir castillos en el aire que irán desmoronándose hasta dejar un poso de tristeza o de rabia: el señor Rail, fabricante de cristal, cuyo sueño es poseer un ferrocarril sólo para sentir el vértigo de la velocidad; su esposa, Jun, cuya belleza inspiró a Dios «la extravagante idea de pecado»; Pekisch, inventor de artilugios imposibles, en busca de una nota musical inexistente; su compañero de fatigas, Pehnt, un chiquillo que lleva encima su destino, en forma de chaqueta holgada; la viuda Abegg, quien, ante la imposibilidad de vivir el futuro deseado, recuerda un pasado ficticio; H. Horeau, arquitecto, cuyo proyecto de un edificio construido sólo de cristal descubrirá el carácter inflamable de éste; Mormy, el niño bastardo capaz de detener el tiempo en su mirada... «Tierras de cristal» es una novela construida con singular maestría, como un puzzle o una fuga de personajes, historias y digresiones que confluyen de forma independiente hacia un sorprendente epílogo en el que descubriremos una amarga verdad. Sin embargo, a pesar de la derrota a la que están abocadas todas estas vidas fuera de lo común, sus sueños extravagantes y sus pasiones enfermizas constituyen una épica menor, la única forma de plenitud que nos está permitida. Casi al modo cervantino, entre el humor y la melancolía, para Alessandro Baricco la locura y el exceso parecen ser formas de vida que nos redimen de las mediocres imposiciones de la realidad, aunque el precio a pagar llegue a ser elevado.

**Lectulandia**

Alessandro Baricco

# **Tierras de cristal**

ePub r1.0

lezer 25.09.13

Título original: *Castelli di rabbia*

Alessandro Baricco, 1991

Traducción: Carlos Gumpert y Xavier González Rovira

Ilustración de portada: Ángel Jové

Editor digital: lezer

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Karine, desde lejos*

*Und wir, die an steigendes Glück...*

# Uno

# 1

—Pero bueno, ¿es que no hay nadie aquí?... ¡BRATH!... Diantre, ¿es que se han quedado todos sordos aquí abajo?... ¡BRATH!

—No grites, que gritar no te sienta nada bien, Arold.

—¿Dónde demonios te habías metido?... hace una hora que estoy aquí para...

—Tu calesa se cae a pedazos, Arold, no deberías ir por ahí tan...

—Déjate de calesas y coge esto de una vez...

—¿Qué es esto?

—Y yo qué sé, Brath... no lo sé... es un paquete, un paquete para la señora Rail...

—¿Para la señora Rail?

—Llegó ayer por la tarde... Parece que viene de lejos...

—Un paquete para la señora Rail...

—Oye, ¿quieres cogerlo de una vez, Brath? Tengo que volver a Quinnipak antes de mediodía.

—Vale, Arold.

—Para la señora Rail, ¿lo has entendido?

—Para la señora Rail.

—Bueno... no hagas tonterías, Brath... y a ver si te pasas de vez en cuando por la ciudad, acabarás marchitándote si te quedas siempre aquí...

—Llevas una calesa que da asco, Arold...

—Bueno, ya nos veremos, ¿vale?... Arre, pequeño, vamos... ¡Ya nos veremos, Brath!

—Yo no correría tanto con esa calesa, EH, AROLD, YO NO CORRERÍA... No debería correr tanto con esa calesa. Da asco. Una calesa que da asco...

—Señor Brath...

—... seguro que se desmonta con sólo mirarla...

—Señor Brath, la he encontrado... he encontrado la cuerda...

—Muy bien, Pit... ponla allí, ponla en el carro...

—... estaba en medio del trigo, no se veía...

—Vale, Pit, pero ahora ven aquí... deja esa cuerda y ven aquí, chico... necesito que vuelvas a subir a la casa, enseguida, ¿entendido? Toma, coge este paquete. Vete corriendo a buscar a Magg y dáselo. Oye... Dile que es un paquete para la señora Rail, ¿vale? Le dices: es un paquete para la señora Rail, llegó ayer por la tarde y parece que viene de lejos. ¿Lo has comprendido?

—Sí.

—Es un paquete para la señora Rail...

—... llegó ayer por la tarde y... y viene de...



—... y parece que viene de lejos, así se lo tienes que decir...

—... de lejos, vale.

—Muy bien, corre... y repítelo mientras corres, así no se te olvida... ánimo, venga, chico...

—Sí, señor...

—Repítelo en voz alta, es un sistema que funciona.

—Sí, señor... Es un paquete para la señora Rail, llegó ayer por la tarde y... llegó ayer por la tarde y parece que viene...

—¡CORRIENDO, PIT, HE DICHO CORRIENDO!

—... de lejos, es un paquete para la señora Rail, llegó ayer y parece... que viene de lejos... es un paquete para... la señora Rail... para la señora Rail, llegó ayer por la tarde... y parece... parece que viene de le... lejos... es un paquete... es un paquete para la señora... llegó de lejos, no, ayer llegó... llegó... ayer...

—Eh, Pit, ¿te persiguen los demonios, por casualidad? ¿Adónde vas tan deprisa?

—Adiós, Angy... llegó ayer... busco a Magg, ¿la has visto?

—Está abajo, en las cocinas.

Gracias, Angy, es un paquete para la señora Rail... llegó ayer... y parece... parece que viene de lejos... de lejos... lejos... es un paquete... ¡Buenos días, señor Harp! Para la señora Rail... llegó ayer... y parece... llegó ayer y parece... es un paquete, es un paquete para la señora... señora Rail... y parece que viene... ¡Magg!

—¿Qué sucede, pequeño?

—Magg, Magg, Magg...

—¿Qué llevas en la mano, Pit?

—Es un paquete... es un paquete para la señora Rail...

—Déjame que lo vea...

—Espera, es un paquete para la señora Rail, llegó ayer y...

—Venga, Pit...

—... llegó ayer y...

—... llegó ayer...

—... llegó ayer y parece lejano, eso es.

—¿Parece lejano?

—Sí.

—Deja que lo vea, Pit... parece lejano... está lleno de anotaciones, ¿lo ves?... y creo que sé de dónde viene... Mira, Stitt, ha llegado un paquete para la señora Rail...

—¿Un paquete? A ver, ¿pesa mucho?

—Parece lejano.

—Estáte calladito, Pit... es ligero... ligero... ¿tú qué piensas, Stitt, no tiene todo el aspecto de ser un regalo?...

—Quién sabe, a lo mejor es dinero... o a lo mejor es una broma...

—¿Sabes dónde está la patrona?

—He visto que iba hacia su habitación...

—Oye, tú quédate aquí, que yo subo un momento...

—¿Puedo ir yo también, Magg?

—Venga, Pit, pero date prisa... Vuelvo enseguida, Stitt...

—Es una broma, para mí que es una broma...

—¿Verdad que no es una broma, Magg?

—Quién sabe, Pit.

—Tú lo sabes pero no quieres decirlo, ¿verdad?

—Yo a lo mejor lo sé, pero no te lo diré, no... cierra la puerta, vamos...

—No se lo diré a nadie, te juro que no se lo diré...

—Pit, estáte calladito... luego tú también lo sabrás, ya verás... y a lo mejor habrá una fiesta...

—¿Una fiesta?

—O algo así... si aquí dentro hay lo que yo pienso, mañana será un día especial... o quizá pasado mañana, o dentro de unos días... pero será un día especial...

—¿Un día especial? ¿Y por qué un día espe...?

—¡Ssssh! Quédate aquí, Pit. No te muevas de aquí, ¿vale?

—Vale.

—No te muevas... Señora Rail... perdone, señora Rail...

Entonces, sólo entonces, Jun Rail levantó la cabeza del escritorio y dirigió su mirada hacia la puerta cerrada. Jun Rail. El rostro de Jun Rail. Cuando las mujeres de Quinnipak se miraban al espejo pensaban en el rostro de Jun Rail. Cuando los hombres de Quinnipak miraban a sus mujeres pensaban en el rostro de Jun Rail. El pelo, los pómulos, la piel blanquísima, el pliegue de los ojos de Jun Rail. Pero más que cualquier otra cosa —ya estuviera riendo, o gritara, o callara, o simplemente estuviera allí, como esperando— la boca de Jun Rail. La boca de Jun Rail no te dejaba en paz. Te taladraba la fantasía, simplemente. Te embadurnaba los pensamientos. «Un día, Dios dibujó la boca de Jun Rail. Y fue entonces cuando se le ocurrió aquella extravagante idea del pecado». Así lo contaba Ticktel, que sabía algo de teología porque había sido cocinero en un seminario, así lo decía él al menos, era una cárcel decían los demás, idiotas, es lo mismo, decía él. Nadie podría conseguir dibujarlo, decían todos. El rostro de Jun Rail, obviamente. Estaba en la fantasía de cualquiera. Y ahora estaba allí —sobre todo allí— girado hacia la puerta cerrada, porque hacía un momento que se había levantado del escritorio para mirar la puerta cerrada y decir<sup>[1]</sup>

—Estoy aquí.

—Ha llegado un paquete para usted, señora.

—Entra, Magg.

—Ha llegado un paquete... es para usted.

—Déjame ver.

Jun Rail se levantó, cogió el paquete, leyó su nombre escrito con tinta negra en el papel marrón, le dio la vuelta al paquete, levantó la mirada, cerró por un instante los ojos, volvió a abrirlos, miró de nuevo el paquete, cogió el abrecartas del escritorio, cortó el cordel que lo sujetaba, abrió el papel marrón y debajo había un papel blanco.

Magg dio un paso atrás hacia la puerta.

—Quédate, Magg.

Abrió el papel blanco, que envolvía un papel rosa, que recubría una caja violeta donde Jun Rail encontró una cajita de fieltro verde. La abrió. Miró. Nada se movió en su rostro. La cerró de nuevo. Entonces se volvió hacia Magg, sonrió y le dijo

—El señor Rail está a punto de volver.

Así fue.

Y Magg corrió abajo con Pit diciendo *El señor Rail está a punto de volver* y Stitt dijo *El señor Rail está a punto de volver*, y por todas las habitaciones se oía murmurar *El señor Rail está a punto de volver*, hasta que alguien gritó desde una ventana *El señor Rail está a punto de volver*, y así por todos los campos se corrió la voz de *El señor Rail está a punto de volver*, de un campo al otro, hacia abajo hasta el río, donde se oyó una voz gritar *El señor Rail está a punto de volver* tan fuerte que en la fábrica de cristal hubo quien lo oyó y se volvió hacia el que estaba más cerca para murmurar *El señor Rail está a punto de volver*, frase que al final estuvo en boca de todos, a pesar del miedo de los hornos, que obligó, obviamente, a levantar la voz para hacerse oír, *¿Qué dices?*, *El señor Rail está a punto de volver*, en un hermoso *crescendo* general que culminaba en la voz que al final logró hacerle comprender hasta al último de los obreros, por otro lado algo duro de oído, lo que pasaba, disparándole en las orejas una descarga que decía *El señor Rail está a punto de volver*, ¡Ah!, *el señor Rail está a punto de volver*, una especie de explosión, vamos, que seguramente debió de resonar altísima en el cielo y en los ojos y en los pensamientos, si incluso en Quinnipak, que se encontraba nada menos que a una hora de allí, incluso en Quinnipak, no mucho tiempo después, la gente vio llegar a la carrera a Ollivy, bajar del caballo, marrar el aterrizaje, rodar por los suelos, blasfemar contra Dios y la Virgen, recoger su sombrero y con el culo en el barro murmurar —en voz baja, como si la noticia se le hubiera roto con la caída, deshinchado, pulverizado — murmurar para sus adentros

—El señor Rail está a punto de volver.

De cuando en cuando el señor Rail volvía. Por regla general, eso sucedía cierto tiempo después de que hubiera partido. Este hecho resulta indicativo del orden

interno, psicológico e incluso diríase moral del personaje. A su manera, el señor Rail amaba la exactitud.

Más difícil de entender era por qué, de cuando en cuando, partía. No había nunca una verdadera, plausible razón para que lo hiciera, ni una estación o un día o una circunstancia particulares. Simplemente, partía. Pasaba jornadas enteras haciendo preparativos, los más grandes y los más insignificantes, carruajes, cartas, maletas, sombreros, el escritorio de viaje, dinero, testamentos, cosas así, hacía y deshacía, por lo general más bien sonriendo, como siempre, pero con la paciente y desordenada alacridad de un insecto confuso, enfrascado en una especie de rito doméstico que habría podido durar hasta la eternidad si, al final, no finalizara con una ceremonia prevista y obligada, una ceremonia ínfima, casi imperceptible y absolutamente íntima: apagaba la lámpara, él y Jun permanecían en la oscuridad, en silencio, uno junto al otro en la cama en vilo sobre la noche, ella dejaba deslizar unos instantes de nada, luego cerraba los ojos y en lugar de decir

—Buenas noches

decía

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana, Jun.

Al día siguiente, partía.

Adónde iba, nadie lo sabía. Ni siquiera Jun. Algunos sostienen que ni siquiera él mismo lo sabía muy bien: y citan como prueba el famoso verano en que partió la mañana del siete de agosto y regresó la tarde del día siguiente, con las siete maletas intactas y la cara del que está haciendo lo más normal del mundo. Jun no le preguntó nada. Él no dijo nada. Los sirvientes deshicieron las maletas. La vida, tras un momento de titubeo, se puso de nuevo en marcha.

Otras veces, todo hay que decirlo, era capaz de estar fuera durante varios meses. Este hecho no movía ni un milímetro una de sus más arraigadas costumbres: no dar la más mínima noticia de su persona. Literalmente, desaparecía. Ni una carta, nada. Jun lo sabía y no perdía el tiempo esperando.

La gente, que en general estimaba al señor Rail, pensaba que salía en viaje de negocios.

—Es por la fábrica de cristal por lo que tiene que ir hasta allí.

Eso decían. Dónde se encontraba ese allí era algo que permanecía en una nebulosa, pero al menos era un proyecto de explicación. Y algo de verdad había en ello.

En efecto, de cuando en cuando el señor Rail regresaba trayendo en la cartera curiosos y espléndidos contratos: 1.500 vasos en forma de zapato (que luego se quedaron sin vender en los escaparates de media Europa), 820 metros cuadrados de cristal de colores (siete colores) para las nuevas vidrieras de Saint Just, una redoma

de ochenta centímetros de diámetro para los jardines de la Casa Real, y cosas por el estilo. Tampoco puede olvidarse que fue justo al regreso de uno de sus viajes cuando el señor Rail, sin ni tan siquiera sacudirse el polvo del camino, y sin prácticamente saludar a nadie, corrió prado abajo hasta la fábrica, y dentro de la fábrica hasta el cuartucho de Andersson, y mirándolo justo dentro de los ojos le dijo

—Escúchame, Andersson... si tuviéramos que hacer una lámina de cristal, pero tuviésemos que hacerla grande, ¿entiendes?, muy grande... lo más grande posible... y sobre todo... delgada... grandísima y delgada... ¿cómo de grande crees que conseguiríamos hacerla?

El viejo Andersson estaba allí con las cuentas de las pagas bajo los ojos. No entendía nada. Él, que era un absoluto genio en todo lo que tenía que ver con el cristal, no entendía nada de pagas.

Vagaba entre los números con pasmado pasmo. Por tanto, cuando oyó hablar de cristal se dejó arrastrar por el anzuelo, como un pez harto de su mar, mar de números, mar de pagas.

—Pues... un metro, quizás, una lámina de un metro por treinta, como la que hicimos para Denbury.

—No, Andersson, más grande... la más grande que puedas imaginarte...

—¿Más grande?... Bueno, se podrían hacer pruebas y pruebas, y si nos permitiéramos romperlas a decenas tal vez al final lograríamos hacer una verdaderamente grande, quizá de dos metros, quizá más, pongamos dos metros por uno, un rectángulo de cristal de dos metros...

El señor Rail se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Sabes una cosa, Andersson? He encontrado un sistema para hacerla tres veces más grande.

—¿Tres veces más grande?

—Tres veces.

—¿Y qué hacemos nosotros con una lámina de cristal tres veces más grande?

Eso le preguntó, el viejo: ¿y qué hacemos nosotros, le preguntó, con una lámina de cristal tres veces más grande?

Y el señor Rail respondió.

—Dinero, Andersson, dinero a espuestas.

Y en efecto, para ser sinceros, hay que decir que el sistema que el señor Rail se había traído consigo desde quién sabe qué lugar del mundo, encerrado en su mente, sellado en su fantasía, para después exhibirlo ante los ojos transparentes de Andersson, era un sistema en todo y por todo absolutamente genial, pero también, en todo y por todo, absolutamente fallido. Sin embargo, Andersson era un genio del cristal, lo era desde hacía un número infinito de años, dado que antes que él lo había sido su padre, y antes que su padre lo había sido el padre de su padre, es decir, el

primero de la familia que había mandado al infierno a su propio padre y su oficio de campesino para intentar entender cómo diablos se trabajaba aquella mágica piedra sin alma, sin pasado, sin color y sin nombre a la que llamaban *crystal*. Era un genio, en resumen, siempre lo había sido. Y empezó a pensar en el asunto. Era obvio que tenía efectivamente que existir un sistema para fabricar una lámina de cristal tres veces más grande, y éste, precisamente, era el rasgo genial del sistema del señor Rail: intuir que era posible hacerla, incluso antes de que a alguien se le pasara por la cabeza necesitarla. Así que Andersson trabajó sobre el asunto durante días y semanas y meses. Al final tuvo listo un sistema que adquiriría después cierta notoriedad con el nombre de «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*», suscitando complacidos ecos en la prensa local y vagos intereses en algunas inquietas mentes desperdigadas por el mundo. Lo más importante es que precisamente la «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*» cambiaría en los años siguientes la vida del señor Rail, dejando, como se verá, una impronta en su historia. Una historia singular que, en cualquier caso, habría encontrado seguramente sus propios cauces para deslizarse hasta donde debía llegar, donde estaba escrito que llegaría, y que, sin embargo, quiso apoyarse precisamente en la «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*» para exhibirse con una de sus más significativas piruetas. Así obra el destino: podría discurrir invisible y, en cambio, quema detrás de sí, aquí y allá, algunos instantes, entre los millares de una vida. En la noche del recuerdo, éstos son los que arden, dibujando la vía de fuga del azar. Fuegos solitarios, buenos para hacerse con una justificación, una cualquiera.

Por tanto, a la luz de la «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*» y de su posterior desarrollo, resulta claro hasta qué punto podría parecer legítima la idea, suficientemente difundida, de que los viajes del señor Rail fueran considerados sustancialmente viajes de trabajo. Y sin embargo...

Y sin embargo nadie podía olvidar realmente lo que todos sabían: es decir, una miríada de pequeños detalles, y matices, y visibles concomitancias que proyectaban una luz indudablemente distinta sobre aquel consolidado e insondable fenómeno que eran los viajes del señor Rail. Una miríada de pequeños detalles, y matices, y visibles coincidencias que nadie se tomaba ya ni siquiera la molestia de mencionar desde que, como mil arroyos en un único lago, se habían disuelto en la límpida verdad de una tarde de enero: cuando el señor Rail, volviendo de uno de sus viajes, no volvió solo, sino que llegó con Mormy, y mirando a Jun a los ojos le dijo simplemente —posando una mano en el hombro del chico— le dijo —en el preciso instante en que el chico miraba fijamente el rostro de Jun y su belleza— dijo:

—Se llama Mormy y es mi hijo.

Sobre sus cabezas, el deslucido cielo de enero. Y a su alrededor un puñado de criados. Todos bajaron de modo instintivo la vista hacia el suelo. Sólo Jun no lo hizo. Miraba la piel brillante del chico, piel color de arena, piel quemada por el sol, pero de

una sola vez por un sol de hacía mil años. Y su primer pensamiento fue

«Esa puta era una negra».

Veía a aquella mujer que, en algún lugar del mundo, había estrechado entre sus piernas al señor Rail, quién sabía si por trabajo o por placer, aunque lo más probable es que fuera por trabajo. Miraba al chico, sus ojos, sus labios, sus dientes, y la veía cada vez más claramente —tan claramente que su segundo y límpido y fulminante pensamiento fue

«Esa puta era bellísima».

Dos pensamientos no ocupan más que un instante. Y fue sólo un instante todo lo que aquel mínimo universo de personas, extrapolado de la más general galaxia de la vida, y replegado sobre sí mismo en la emoción de un escándalo aparente —y fue sólo un instante todo lo que aquel mínimo universo de personas concedió al silencio. Porque después, inmediatamente, filtró su voz, a través del extravío de cada uno, hasta los oídos de todos.

—Hola, Mormy. Me llamo Jun y no soy tu madre. Y nunca lo seré.

Fue con dulzura, no obstante. Esto pueden confirmarlo todos. Lo dijo con dulzura. Podría haberlo dicho con maldad absoluta y en cambio lo dijo con dulzura. Hay que imaginárselo dicho con dulzura: «Hola, Mormy. Me llamo Jun y no soy tu madre. Y nunca lo seré».

Aquella tarde se puso a llover como si se tratara de un castigo. Y siguió así durante toda la noche con maravillosa ferocidad. «Una grandísima meada», como decía Ticktel, que sabía de teología porque había sido cocinero en un seminario, al menos eso decía él, era en una cárcel, decían los otros; idiotas, es lo mismo, decía él. En su habitación, Mormy estaba tapado hasta la cabeza con las mantas, esperando unos truenos que no llegaban. Tenía ocho años y no sabía muy bien lo que le estaba pasando. Pero tenía grabadas en los ojos dos imágenes: el rostro de Jun, el más bello que había visto en su vida, y la mesa preparada abajo, en el comedor. Los tres candelabros, las luces, el cuello estrecho de las botellas talladas como diamantes, las servilletas con misteriosas letras bordadas, el humo que salía de la sopera blanca, el borde dorado de los platos, la fruta muy brillante depositada sobre grandes hojas en una bandeja de plata. Todas estas cosas y el rostro de Jun. Aquellas dos imágenes le habían entrado por los ojos como la instantánea percepción de la felicidad absoluta y sin condiciones. Se las llevaría consigo para siempre. Porque es así como te fastidia la vida. Te pilla cuando todavía tienes el alma adormecida y siembra en su interior una imagen, o un olor, o un sonido que después ya nunca puedes sacarte de encima. Y aquélla era la felicidad. Lo descubres después, cuando ya es demasiado tarde. Y ya eres, para siempre, un exiliado: a miles de kilómetros de aquella imagen, de aquel sonido, de aquel olor. A la deriva.

Dos habitaciones más allá estaba Jun, de pie, con la nariz aplastada contra los

crisales, mirando la gran meada. Y allí permaneció hasta que notó los brazos del señor Rail alrededor de su cintura, y después sus manos que le hacían dar la vuelta dulcemente, sus ojos que la miraban extrañamente serios y, en fin, su voz que era baja y secreta.

—Jun, si hay algo que quieras preguntarme, hazlo ahora.

Jun empezó a desanudarle el foulard rojo que tenía alrededor del cuello, y luego le desabrochó la chaqueta y, uno a uno, los botones del chaleco oscuro, empezando por el de más abajo y después ascendiendo, lentamente, hasta el de más arriba, que, pese a haber quedado solo para defender lo indefendible, todavía se resistió un instante, justo un instante, antes de ceder, en silencio, en el preciso momento en que el señor Rail se inclinaba hacia el rostro de Jun para decir —aunque era casi una súplica

—Escúchame, Jun... mírame y pregúntame lo que quieras...

Pero Jun no dijo nada. Simplemente, sin que ni un sólo rasgo de su rostro se moviera, y absolutamente en silencio, empezó a llorar, de ese modo que es un modo bellissimo, el secreto de unos pocos: los que lloran sólo con los ojos, como vasos llenos hasta arriba de tristeza, impasibles hasta que aquella gota de más al final los vence y se desliza por los bordes, seguida después por otras mil, y permanecen inmóviles allí mientras les cae encima su exiguo fracaso. Así lloraba Jun. Y no dejó de hacerlo, ni siquiera un instante, mientras sus manos desnudaban al señor Rail, y ni siquiera después, al verlo desnudo debajo de ella y al besarlo por todas partes, dejó de hacerlo, continuó disolviendo el coágulo de su propia tristeza en aquellas lágrimas inmóviles y silenciosas —no hay lágrimas más bellas— mientras apretaba con sus manos el sexo del señor Rail y lentamente pasaba los labios sobre aquella piel lisa e increíble —no hay labios más bellos— y lloraba, de aquella forma suya invencible, cuando abrió las piernas y en un instante, con un poco de rabia, acogió el sexo del señor Rail en su interior, y por tanto, en cierto modo, a todo el señor Rail en su interior, y apoyando los brazos en el lecho, mirando desde arriba el rostro del hombre que se había ido a la otra punta del mundo para follarse a una mujer bellissima y negra, a follársela con tan apasionada exactitud como para dejarle un niño en el vientre, mirando aquel rostro que la miraba empezó a girar en su interior aquella vencida resistencia que era el sexo del señor Rail, a girarlo y domarlo perdidamente, para que entrara por todas partes, dentro de ella, y rítmicamente se deslizara hacia la locura, sin dejar nunca de llorar —si a aquello puede llamársele simplemente llorar— sin embargo con sutil y cada vez mayor violencia, y acaso furor, mientras el señor Rail apoyaba las manos en sus caderas, en el inútil y falso intento de parar a aquella mujer que se había apoderado de su polla y con movimientos ya ciegos le había arrancado de la mente todo lo que no fuera la elemental pretensión de seguir gozando, y no parar. Y no dejó de llorar y de callar —de llorar y de callar, ni siquiera cuando lo



vio, al hombre que estaba debajo de ella, cerrar los ojos y no ver ya nada más, y lo sintió, al hombre que tenía dentro, correrse entre sus piernas plantándole históricamente la polla en las entrañas en aquella especie de sacudida íntima e indescifrable que ella había aprendido a amar como a ningún otro dolor.

Sólo después —después— mientras el señor Rail la contemplaba en la penumbra y acariciándola reposaba su propio estupor, Jun dijo

—Te lo ruego, no se lo digas a nadie.

—No puedo hacerlo, Jun. Mormy es hijo mío, quiero que crezca aquí, junto a nosotros. Y todos deben saberlo.

Jun estaba allí, con la cabeza hundida en la almohada y los ojos cerrados.

—Te lo ruego, no le digas a nadie que he llorado.

Porque había algo, entre ellos dos, algo que en verdad tenía que ser un secreto, o algo parecido. Por eso era difícil comprender lo que se decían y cómo vivían, y cómo eran. Nos habríamos devanado los sesos inútilmente intentando dar un significado a alguno de sus gestos. Y habríamos podido preguntarnos por qué durante años y años. Lo único que a menudo resultaba evidente, mejor dicho, casi siempre, y quizá siempre, lo único era que en lo que hacían y en lo que eran había algo —por así decirlo— hermoso. Así era. Todos decían: «Lo que ha hecho el señor Rail es hermoso». O bien: «Lo que ha hecho Jun es hermoso». No se entendía nada, pero al menos eso se entendía. Por ejemplo: el señor Rail nunca mandó la más mínima carta o noticia durante sus viajes. Nunca. Sin embargo, unos días antes de volver hacía llegar a Jun, indefectiblemente, un pequeño paquete. Ella lo abría y en su interior encontraba una joya.

Ni una línea, ni siquiera su firma: sólo una joya.

Ahora bien, uno puede encontrar mil razones para explicar algo semejante, empezando obviamente por la más innegable, es decir, que el señor Rail tenía algo que hacerse perdonar y por tanto actuaba de esa forma, del mismo modo que hacen todos los hombres, o sea, echando mano a la cartera. No obstante, al no ser el señor Rail un hombre como los demás ni Jun una mujer como las demás, semejante explicación lógica era descartada por lo común en favor de fantasiosas teorías que mezclaban brillantemente misteriosos contrabandos de diamantes, esotéricos significados simbólicos, antiguas tradiciones y poéticas leyendas de amor. No simplificaba nada comprobar que Jun no lucía nunca, absolutamente nunca, las joyas que le llegaban y, es más, parecía no darles la menor importancia, mientras que dedicaba infinitos cuidados a conservar las cajas, y a quitarles el polvo periódicamente, y a vigilar que nadie las moviera del sitio que les había consagrado. Tanto era así que, años después de su muerte, todavía se encontraron aquellas cajas, puestas ordenadamente una sobre otra, en su sitio, tan absurdas y tan vacías que se hicieron esfuerzos para encontrar sus correspondientes joyas durante días y días, más

aún, durante semanas, hasta que resultó claro que nunca, absolutamente nunca, las encontrarían. En fin, podríamos dar vueltas y vueltas a esta historia de las joyas, pero de todos modos nunca encontraríamos una explicación definitiva. Y así, sucedía que, cuando el Señor Rail regresaba, la gente preguntaba «¿ha llegado la joya?», y alguien decía «parece que sí, parece que llegó hace cinco días, en una caja verde», y entonces la gente sonreía y pensaba en su interior «es hermoso lo que hace el señor Rail». Porque no podía decirse nada más, salvo aquella bagatela sin importancia, e inmensa. Que era hermoso.

Así eran el señor y la señora Rail.

Tan raros como para pensar que los mantenía unidos algún secreto.

Y así era, en efecto.

El señor y la señora Rail.

Vivían la vida.

Después, un día, llegó Elisabeth.

## 2

—«Y el Señor bendijo la nueva condición de Job más que la antigua, y llegó a poseer catorce mil ovejas y seis mil camellos, mil yuntas de reses vacunas y mil asnas. Además tuvo siete hijos y tres hijas. A la primera púsole el nombre de Palomita, a la segunda el de Casia, y a la tercera el de Cuerno de afeites...».

La verdad es que Pekisch nunca había comprendido qué clase de nombre era aquél. Pero una cosa estaba clara: no era el caso de preguntárselo justo en aquel momento. Así que continuó leyendo, con voz monocorde, casi impersonal, más o menos como si le hablara a un sordo.

—«No se hallaban en todo el país mujeres tan hermosas como las hijas de Job, y su padre les dio parte en la herencia entre sus hermanos. Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, cuatro generaciones».

Comenzaba un nuevo párrafo. Pekisch tomó aliento y puso en la voz una vena de cansancio.

—«Y murió Job anciano y colmado de días».

Pekisch permaneció inmóvil. No tenía muy claro por qué, pero tenía la impresión de que sería mejor permanecer inmóvil unos instantes. Por ello, aunque indudablemente estuviera incomodísimo, permaneció inmóvil: completamente tumbado en la hierba con la cara aplastada contra el extremo de un tubo de estaño. El tubo estaba, igualmente, depositado en el suelo («una imperdonable ingenuidad», como comentaría después el prof. Dallet); tenía 565,8 metros de longitud y el diámetro de una taza de café con leche. Pekisch había aplastado su cara en su interior de manera que sólo quedaban fuera los ojos: una solución ideal para poder leer el pequeño libro que mantenía suspendido sobre el tubo con una mano, abierto en la página 565. Con la otra mano tapaba como podía los huecos que su cara, no del todo esférica, dejaba abiertos en el agujero del tubo: «un recurso infantil», como anotaría, no sin razón, el ya mencionado prof. Dallet.

Pasaron algunos instantes y luego, finalmente, Pekisch se movió. Tenía marcada en la cara la circunferencia del tubo y una pierna medio dormida. Se levantó fatigosamente, se metió el librito en el bolsillo, se arregló su pelo gris, murmuró algo para sí y se puso a caminar a lo largo del tubo. 565 coma 8 metros no es una distancia que uno se trague en un minuto. Pekisch empezó a corretear. Corría e intentaba no pensar, seguía el tubo con la mirada, un poco sus zapatos y otro poco el tubo, la hierba desaparecía velozmente bajo sus pies, se deslizaba junto al tubo que parecía un largo e infinito proyectil, pero al levantar la mirada el horizonte sonreía maliciosamente inmóvil, todo es relativo, eso era cosa sabida, mejor miro al suelo, mejor miro el tubo, y los zapatos y el tubo —su corazón empezó a enloquecer. Calma. Pekisch parado. De pie. Mira hacia atrás: cien metros de tubo. Mira hacia

adelante: un tubo infinito. Calma. Empieza de nuevo a caminar y a no pensar. A su alrededor, la luz de la tarde. El sol te da de lado, cuando es así, es un modo más amable, las sombras se reclinan, es un modo que tiene en sí mismo algo de afectuoso; eso explica por qué, en general, es más fácil creerse buenos por la tarde, cuando en cambio al mediodía se podría incluso asesinar, o algo peor: pensar en asesinar, o algo peor: darse cuenta de que se podría incluso ser capaz de pensar en asesinar. O algo peor: dejarse asesinar. Así es. 200 metros para el final del tubo. Pekisch camina y mira un poco al tubo y otro poco hacia adelante. Al final del tubo, en línea recta enfrente de él, empieza a reconocer la pequeña silueta de Pehnt. Si no la hubiera visto quizás habría seguido caminando y no pensando, pero ahora la ha visto, y entonces empieza a corretear de nuevo, de esa forma alocada, parece como si a cada paso decidiera deshacerse de una pierna, pero ésta, obstinada, no quisiera saber nada de ello, y cada vez se la encontrara detrás, y le tocara recuperarla de alguna manera mientras, entre tanto, intentaba liberarse de la otra, sin lograrlo, por otro lado, puesto que ésta tampoco quiere saber nada de abandonar, y así va tirando. Puede parecer increíble, pero con un sistema como éste se pueden ir limando kilómetros si uno se lo propone. Pekisch, más modestamente, araña metros, uno tras otro. Tanto que al final ya sólo le quedan veinte metros para el final del tubo, y luego doce, y ocho, y siete, y tres, y uno, fin. Pekisch se para. El corazón le hierve, descarrilado. Y su respiración caracolea, se desordena, se sale de madre, se retuerce. Menos mal que, a su alrededor, le circunda la luz de la tarde.

—¡Pehnt!

Pehnt es un chiquillo. Aunque lleve encima una chaqueta de hombre, Pehnt es un chiquillo. Está echado en el suelo, de espaldas, con los ojos contemplando el cielo, sin verlo, por otro lado, porque son ojos cerrados. Con una mano se tapa la oreja derecha: la izquierda la tiene dentro del tubo, todo lo dentro que puede, si pudiera metería toda la cabeza en ese tubo, pero ni siquiera la cabeza de un chiquillo puede arreglárselas para entrar en un tubo del tamaño de una taza. Ni por todos los santos.

—¡PEHNT!

El chiquillo abre los ojos. Ve el cielo y ve a Pekisch. No sabe muy bien qué diablos hacer.

—Levántate, Pehnt, hemos acabado.

Pehnt se levanta, Pekisch se deja caer al suelo. Mira al chico a los ojos.

—¿Y bien?

Pehnt se frota una oreja, se frota la otra, se pierde con la mirada a su alrededor, como buscando el camino más largo para acabar, al final, en los ojos grises de Pekisch.

—¿Qué hay, Pekisch?

—¿Cómo que qué hay?

—¿Qué hay?

Si no tuviera el corazón todavía reventándole en su interior, a lo mejor Pekisch en ese momento gritaría un poco. En cambio, simplemente murmura.

—Por favor, Pehnt. No digas tonterías. Dime lo que has oído.

Pehnt lleva una chaqueta de hombre. Negra. Sólo le queda un botón, el de más arriba. Lo tortura con sus dedos, se abrocha, se desabrocha, como si pudiera hacerlo eternamente, no dejar nunca de hacerlo.

—Di algo, Pehnt. Dime qué narices has oído por ese tubo. Pausa.

—¿David y Goliat?

—No, Pehnt.

—¿La historia del mar Rojo y el faraón?

—No.

—A lo mejor eran Caín y Abel... sí, era cuando Caín hacía de hermano de Abel y entonces...

—Pehnt, no se trata de adivinar, no hay nada que adivinar. Sólo tienes que decirme qué has oído. Y si no has oído nada, tienes que decir que no has oído nada.

Pausa.

—No he oído nada.

—¿Nada?

—Casi nada.

—¿Casi nada o nada?

—Nada.

Como si le hubiera picado un insecto traidor: Pekisch pega un salto y agita los brazos como un molino de viento, dando pisotones en el suelo con pasos incrédulos y completamente perdidos, y mascullando frases entre dientes, y salmodiando un ridículo furor. Palabras en procesión.

—No es posible, mierda... no es posible, no es posible, no es posible... no puede desaparecer así, en algún sitio tiene que meterse... no puedes verter litros y litros de palabras en un tubo y verlas desaparecer de esta manera, delante de los ojos... ¿quién se bebe toda esa voz?... Tiene que haber algún error, eso seguro... hay algún error, está claro... en algún momento nos hemos equivocado... tal vez se requiera un tubo más pequeño... o quizás haya que ponerlo ligeramente inclinado, eso es, quizá sería necesario un poco de inclinación... por otra parte está claro, ésa es capaz de pararse al cabo de un rato, justo a la mitad del tubo... agotado el impulso, ésa se para... aletea un poco en el aire, se mezcla y luego se posa en el fondo del tubo y el estaño la absorbe... seguro que es algo por el estilo... aunque, pensándolo bien, tendría que funcionar también al revés... seguramente... si yo hablo por un tubo que asciende, las palabras suben mientras se mantiene el impulso y después vuelven a bajar, y así yo las vuelvo a escuchar... Pehnt, esto es genial, ¿entiendes lo que puede representar?

... en la práctica la gente podría escucharse a sí misma, podría escuchar su propia voz... uno coge un tubo, lo dirige hacia lo alto, digamos con una pendiente del diez por ciento, y luego canta dentro... canta dentro una frase más o menos corta, dependiendo obviamente de la longitud del tubo... canta y después se pone a escuchar, y... y la voz sube, sube y luego se para y retrocede, y él *la escucha*, comprendes, la escucha... su voz... sería extraordinario... poder escucharse... sería una revolución en todas las escuelas de canto del mundo... ¿te lo imaginas?... «*el autoescucha Pekisch, el instrumento indispensable para formar a un gran cantante*», ya te digo yo que la gente se daría de bofetadas por ellos... podrían hacerse de todas las medidas, y estudiar la mejor inclinación, probar todos los metales, quién sabe, a lo mejor habría que hacerlas de oro, hay que probar, éste es el secreto, probar y volver a probar, nunca llegaremos a ninguna parte si no nos empeñamos en probar y volver a probar...

—A lo mejor hay un agujero en el tubo y la voz se ha escapado por ahí.

Pekisch se detiene. Mira el tubo. Mira a Pehnt.

—¿Un agujero en el tubo?

—A lo mejor.

Y sin embargo, aun cuando indudablemente la luz de la tarde es hermosa, hay algo que todavía llega a ser más hermoso que la luz de la tarde y es, para ser precisos, cuando por incomprensibles juegos de corrientes, bromas de los vientos, rarezas del cielo, descortesías recíprocas entre nubes defectuosas y decenas de circunstancias fortuitas, una verdadera colección de casos, y de absurdos —cuando, en esa luz irrepetible que es la luz de la tarde, inopinadamente, *llueve*. Luce el sol, el sol de la tarde, y llueve. Eso es lo máximo. Y no hay hombre, por muy limado por el dolor o acabado por la angustia que esté, que frente a un absurdo semejante no sienta despertársele en alguna parte de sí mismo unas irrefrenables ganas de reír. Luego quizá en realidad no se ría, pero si el mundo fuera sólo un poco más clemente, conseguiría reír. Porque es como un colosal y universal *gag*, perfecto e irresistible. Algo difícil de creer. Ni siquiera el agua, la que te cae sobre la cabeza, en gotas menudas sesgadas por el sol bajo en el horizonte, parece agua de verdad. No habría que extrañarse si, al probarla, descubriéramos que está azucarada. Es un decir En todo caso, no es agua reglamentaria. Es una general y espectacular excepción a las reglas, una grandiosa tomadura de pelo a todo tipo de lógica. Una emoción. Hasta el punto de que entre todas las cosas que acaban por dar una justificación a esta, por otro lado, ridícula costumbre de vivir figura sin duda esta también en cabeza de las más nítidas, de las más límpidas: estar ahí cuando, en esa irrepetible luz que es la luz de la tarde, inopinadamente llueve. Al menos por una vez, estar ahí.

—¡Demonios! Un agujero en el tubo... cómo no se me habrá ocurrido... querido Pehnt, ése es el error... un agujero en el tubo... un pequeño maldito agujero

escondido en algún sitio, está claro... por ahí se ha escapado toda la voz... ha desaparecido en el aire...

Pehnt se ha levantado las solapas de la chaqueta, tiene las manos metidas en los bolsillos, mira a Pekisch y sonrío.

—Bueno, ¿sabes lo que te digo? Lo encontraremos, Pehnt... encontraremos ese agujero... todavía nos queda una buena media hora de sol, y lo encontraremos... andando, chaval, no van a jodernos así como así... no.

Y así parten, Pekisch y Pehnt, Pehnt y Pekisch, retroceden a lo largo del tubo, uno a la izquierda, el otro a la derecha, lentamente, escrutando cada palmo del tubo, doblados en dos, buscando toda esa voz perdida, si uno los viera desde lejos podría preguntarse qué carajo hacen esos dos, en medio del campo, con los ojos clavados en el suelo, paso a paso, como insectos, y sin embargo son hombres, quién sabe qué es tan importante como para ir arrastrándose de esa manera en medio del campo, quién sabe si lo encontrarán, sería bonito que lo encontrarán, que por lo menos una vez, por lo menos de cuando en cuando, en este condenadísimo mundo alguien que busca algo tuviera la suerte de encontrarlo, así, simplemente, y dijera lo encontré, con una levísima sonrisa, lo había perdido y lo encontré —sería al menos una migaja de felicidad.

—Eh, Pekisch...

—No te distraigas, chiquillo, que, si no, no encontraremos nunca ese agujero...

—Sólo una cosa, Pekisch...

—¿Qué?

—¿Qué historia era?

—Era la historia de Job, de Job y de Dios.

No separan los ojos del tubo, no se detienen, continúan lentamente, un paso detrás de otro.

—Es una historia bellísima, ¿verdad, Pekisch?

—Sí, es una historia bellísima.

Eran las tres de la madrugada y la ciudad estaba ahogada en el betún de su propia noche. En la espuma de sus propios sueños. En la mierda de su propio insomnio. Etcétera.

Marius Jobbard, en cambio, se encontraba en su escritorio / luz de lámpara de petróleo / pequeño estudio en el tercer piso de la calle Moscat / tapicería a rayas verticales verde y beige / libros, diplomas, pequeño David de bronce, mapamundi de madera de arce, de un metro coma veinte de diámetro / retrato de señor con bigote / otro retrato del mismo señor / suelo gastado y alfombra llena de mugre / olor a polvo, tabaco y zapatos / zapatos, en un rincón, dos pares, negros, gastados.

Jobbard escribe. Tiene unos treinta años y escribe el nombre del académico

prusiano Ernst Holtz en un sobre que acaba de sellar. Después, la dirección. Pasa el secante. Comprueba el sobre, lo pone junto a los otros, en el borde derecho del escritorio. Busca entre los papeles una hoja, la encuentra, recorre los seis nombres que están escritos, uno debajo del otro. Traza una raya sobre el nombre del eminentísimo prof. Ernst Holtz. Lee el único nombre que queda: Sr. Pekisch, Quinnipak. Recupera la carta del Sr. Pekisch, extrañamente escrita en el revés de un plano de la mencionada ciudad de Quinnipak, y la lee. Lentamente. Después coge papel y lápiz. Y escribe.

*Estimado Sr. Pekisch:*

*Hemos recibido su carta con los resultados —que usted califica, poco generosamente, como desconcertantes— de su último experimento sobre la propagación del sonido a través de tubos metálicos. Por desgracia, al prof. Dallet le resulta actualmente imposible responderle personalmente; le ruego me disculpe, por tanto, si estas líneas han sido escritas, más humildemente, por el abajo firmante, Marius Jobbard, discípulo y secretario del eminente profesor.*

*La honestidad me obliga a referirle que al leer su carta el prof. Dallet no ahorró palabras de desacuerdo y significativas señales de impaciencia. Juzgó «una imperdonable ingenuidad» el hecho de que los tubos estuvieran dispuestos, simplemente, sobre un prado. Le recuerda, a este respecto, que si los tubos no se hallan aislados del suelo las vibraciones de la columna de aire acaban siendo absorbidas por las masas circunstantes, y de este modo se apagan rápidamente. «Apoyar los tubos en el suelo es como tocar un violín con una sordina»: éstas son las palabras exactas pronunciadas por el prof. Dallet, quien, por otro lado, considera un recurso infantil (palabras textuales) lo de tapar con las manos el agujero de entrada del tubo, y se pregunta por qué no ha utilizado, como dictaría la lógica, un tubo con una anchura exactamente igual a la de su boca, lo que como norma permite transmitir a la columna sonora toda la potencia de la voz. En cuanto a su hipótesis del «autoescucha», puedo decirle que sus teorías sobre la movilidad del sonido presentan, con respecto a las teorías del prof. Dallet, evidentes divergencias. Divergencias que el eminente profesor ha resumido con la afirmación, que tengo el deber de referirle en su integral textualidad, de «ese hombre está loco». Ese hombre —lo digo para salvaguardar la claridad de mi resumen— es usted.*

*Teniendo en cuenta que el prof. Dallet no ha dicho nada más con respecto a su cordial carta, aquí tendría que acabar mi humildísima misión de secretario. A pesar de ello —y aunque sienta que poco a poco me faltan las fuerzas— permítame que añada unas líneas a título total y absolutamente personal. Yo creo, estimadísimo Sr. Pekisch, que tiene usted que continuar con sus experimentos, es más, tiene que intensificarlos y llegar a realizarlos en el mejor y más completo de los modos. Porque lo que usted escribe, es absolutamente genial y, si se me permite la expresión,*



profético. Que no lo detengan las estúpidas habladurías de la gente ni tampoco, déjeme que se lo diga, las doctas observaciones de los académicos. Si puedo dirigirme a usted con la certeza de su discreción, sepa que el mismo prof: Dallet no siempre está iluminado por el más puro y desinteresado amor por la verdad. Él ha trabajado durante veintiséis años, y en el más absoluto anonimato, en una máquina capaz de producir el movimiento perpetuo. La casi absoluta ausencia de resultados apreciables ha acabado agotando completamente la moral del profesor y ha empañado su reputación. Usted podrá comprender perfectamente hasta qué punto ha parecido providencial, a la luz de todo lo dicho, el benévolo golpe de suerte que ha llevado hasta las revistas, con clamor singular, el ingenioso sistema de comunicación mediante tubos de zinc que el profesor había preparado para el hotel de su primo, Alfred Dallet, en Brétonne. Ya sabe usted cómo son los periodistas. En poco tiempo, y con la ayuda de algunas mesuradas declaraciones ofrecidas a ciertas publicaciones de la capital, Dallet se ha convertido para todos en el profeta del «logóforo», el científico capaz de «llevar cualquier voz hasta la otra punta del mundo». En verdad, créame, el prof Dallet no espera mucho del invento del «logóforo», aparte de la celebridad que, después de haber perseguido largamente sin haberla alcanzado, ha alcanzado ahora sin ni siquiera perseguirla. A pesar de que algunos experimentos suyos, efectivamente efectuados, han proporcionado resultados esperanzadores, él conserva un secreto pero decidido escepticismo respecto al logóforo. Si puedo apelar nuevamente a su discreción, le diré que he escuchado personalmente al prof: Dallet confesar —a un colega suyo y con el auxilio de algunos vasos de Beaujolais— que lo máximo que se podía lograr con el logóforo era escuchar desde la entrada de un burdel los ruidos procedentes de las alcobas del segundo piso. El colega del profesor lo encontró todo muy divertido.

Tendría otras y más iluminadoras anécdotas que referirle, pero mi mano, como usted mismo habrá podido comprobar, va haciéndose minuto a minuto más incierta. Y también mi mente. Por lo tanto, permítame añadir, sin titubeos, que yo comparto sin reservas su entusiasmo y su confianza en el futuro desarrollo del logóforo. Los últimos reconfortantes experimentos de los Sres. Biot y Hassenfarz han demostrado sin asomo de dudas que una voz muy baja puede ser transmitida a través de tubos de zinc hasta 951 metros de distancia. Se puede concluir razonablemente que una voz más fuerte lograría llegar cien veces más lejos, y por tanto alcanzar una distancia de casi cien kilómetros. El prof: Arnott, con quien tuve la fortuna de encontrarme el verano pasado, me mostró un particular cálculo sobre la dispersión de la voz en el aire; del mismo se evidencia, con absoluta certeza, que una voz encerrada en un tubo podría tranquilamente partir desde Londres y alcanzar Liverpool.

Frente a esto, cuanto usted escribe revela toda su profética exactitud. Verdaderamente estamos en vísperas de un mundo completamente conectado por

*redes de tubos capaces de anular cualquier distancia. Dado que los últimos cálculos establecen en 340 metros por segundo la velocidad del sonido, será posible enviar una orden comercial desde Bruselas a Amberes en diez minutos; o impartir una orden militar desde París a Bruselas en un cuarto de hora; o, si me lo permite, recibir en Marsella una carta de amor enviada desde San Petersburgo no más de dos horas y media antes. Verdaderamente ha llegado el día, créame, de acabar con las dudas y utilizar la mágica propiedad motriz del sonido para unir ciudades y naciones con el fin de enseñar a los pueblos que la única patria verdadera es el mundo, y los únicos enemigos verdaderos, los adversarios de la ciencia. Por eso, estimadísimo Sr. Pekisch, me permito decirle con toda humildad: no renuncie a sus experimentos, es más, busque todos los modos posibles para afinar sus procedimientos y difundir sus resultados. Aunque lejos de las grandes catedrales de la ciencia y de sus sacerdotes, usted está recorriendo el luminoso camino de una nueva humanidad.*

*No lo abandone.*

*Sé con certeza que ya no podré serle útil, y ésta no es la última de las cosas que entristecen estos instantes míos. Me despido de usted con la amargura de no poder llegar a conocerlo personalmente y con la esperanza de que quiera usted creermé*

*sinceramente suyo*

*Marius Jobbard*

*P D. Desgraciadamente, el prof. Dallet no está en condiciones de poder aceptar su amable invitación para el concierto de la banda dirigida por usted que se celebrará en Quinnipak la próxima festividad del 26 de julio. El viaje sería muy largo y, por otra parte, el profesor no tiene la lozanía de antaño.*

*Acepte sus más sinceras disculpas.*

*Saludos cordiales.*

*M. J.*

Sin releerla, Marius Jobbard dobló la carta y la metió en un sobre en que escribió la dirección del Sr. Pekisch. Secó la tinta con el papel secante, cerró el tintero. Después cogió los cinco sobres que reposaban en el borde derecho del escritorio, a los que añadió el del Sr. Pekisch, y se levantó. Salió lentamente de la habitación y descendió con evidente cansancio los tres pisos de escaleras. Al llegar a la garita del portero, dejó los sobres delante de la puerta. Estaban perfectamente uno sobre otro, todos escritos con una caligrafía perfecta, todos, curiosamente, marcados aquí y allá con insospechables manchas de sangre.

Junto a las cartas Jobbard dejó una nota:

*Le ruego las envíe cuanto antes. M. J.*

Como era de prever, el joven discípulo y secretario del prof. Dallet subió los tres pisos más lenta y fatigosamente de cuanto los había bajado. Volvió a entrar en el estudio del mencionado profesor y cerró la puerta a sus espaldas. La habitación le daba vueltas y tuvo que esperar unos instantes antes de dirigirse al escritorio.

Se sentó.

Cerró los ojos y dejó que sus pensamientos corrieran durante unos minutos.

Luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, cogió la navaja de afeitar que sabía que encontraría, la abrió y se cortó las venas de las muñecas, con gesto exacto y minucioso.

Una hora antes del alba la policía encontró el cuerpo exánime del prof. Dallet en una buhardilla de la calle Guénégaud. Yacía completamente desnudo, tendido en el suelo, con el cráneo atravesado por un disparo. A pocos metros de distancia los investigadores encontraron el cadáver de un joven de unos veinte años, que fue identificado más tarde como Philippe Kaskj, estudiante de Derecho. El cuerpo mostraba diversas heridas de arma blanca y una herida más profunda, en el vientre, a la que debía atribuirse con certeza la causa principal de la muerte. Como anotó diligentemente el informe de la policía, el cuerpo «no podría definirse como completamente desnudo, ya que llevaba algunas piezas de refinada lencería femenina». En la habitación eran evidentes las huellas de una violenta pelea. La muerte del prof. Dallet, así como la del señor Kaskj, podían situarse en la medianoche del día anterior:

El ominoso suceso encontró espacio, como era legítimo esperar, en la primera página de los periódicos de la capital. Pero no por mucho tiempo. No fue difícil, en efecto, que los investigadores identificaran al autor del doble y feroz delito en la persona del Sr. Marius Jobbard, secretario del prof. Dallet, y coarrendatario, junto al Sr. Kaskj, de la buhardilla en que se había consumado la tragedia. Las pruebas en su contra, recogidas en el corto espacio de veinticuatro horas, se revelaron abrumadoras. Solo una desagradable circunstancia impidió a la Justicia seguir, hasta el final, su curso: Marius Jobbard fue hallado muerto —desangrado— en el estudio del prof. Dallet, en el tercer piso de un inmueble de la calle Moscat. A su funeral no asistió nadie.

Curiosamente, a Pekisch le llegaron primero los periódicos que narraban la horrenda historia y después la carta de Marius Jobbard.

Este hecho, obviamente, generó en él cierta confusión y, en un segundo momento, algunas reflexiones sobre la relatividad del tiempo que nunca encontró la manera de sistematizar como hubiera deseado en la lógica de un breve pero agudo ensayo.

—¿Qué pasa, Pekisch?

Pehnt estaba de pie sobre una banqueta. Pekisch estaba frente a él, sentado a la mesa. Había colocado ordenadamente, una junto a los otros, la carta de Marius Jobbard y los periódicos llegados de la capital; los miraba e intentaba establecer entre ambas cosas un nexo suficientemente lógico.

—Asquerosidades —respondió.

—¿Qué son las asquerosidades?

—Las cosas que no hay que hacer en la vida.

—¿Y hay muchas?

—Depende. Si uno tiene mucha fantasía, puede hacer muchas asquerosidades. Si uno es tonto, a lo mejor pasa toda su vida y no se le ocurre ni siquiera una.

El asunto se complicaba. Pekisch se dio cuenta. Se sacó las gafas y se olvidó de Jobbard, de los tubos y de las otras historias.

—Veamos. Uno se levanta por la mañana, hace lo que tiene que hacer y luego, por la noche, se va a dormir. Y en ese momento hay dos posibilidades: o uno está en paz consigo mismo y se duerme, o no está en paz consigo mismo y entonces no se duerme. ¿Comprendes?

—Sí.

—Por tanto, hay que llegar a la noche en paz con uno mismo. Éste es el problema. Y para resolverlo hay un camino muy fácil: permanecer limpios.

—¿Limpios?

—Limpios por dentro, lo que significa no haber hecho nada de lo que avergonzarnos. Y hasta aquí no es nada complicado.

—No.

—Lo complicado empieza cuando uno se da cuenta de que tiene un deseo del que avergonzarse: desea con locura algo que no puede hacer. O es horrendo, o causará daño a alguien. ¿Vale?

—Vale.

—Y entonces uno se pregunta: ¿debo permanecer sintiendo este deseo o debo quitármelo de la cabeza?

—Ya.

—Ya. Uno se lo piensa y al final se decide. Unas cien veces se lo quita de la cabeza, pero luego llega un día en que no puede y decide hacer esa cosa que tanto desea: y la hace: y ya tenemos aquí la asquerosidad.

—Pero no debería hacer esa asquerosidad, ¿no es cierto?

—No. Pero presta atención: teniendo en cuenta que no somos calcetines, sino personas, no estamos aquí con el objetivo principal de ser limpios. Los deseos son la cosa más importante que tenemos y no podemos bromear con ellos en exceso. Así que, algunas veces, merece la pena no quedarse dormidos con tal de ir detrás de un deseo propio. Se hace la asquerosidad y después se paga por ella. Y sólo esto es lo

verdaderamente importante: que cuando llegue el momento de pagar uno no piense en escapar y permanezca allí, dignamente, pagando. Sólo esto es lo importante.

Pehnt estuvo pensando unos instantes.

—Pero ¿cuántas veces pueden hacerse?

—¿Qué?

—Las asquerosidades.

—No demasiadas, si uno quiere conseguir dormir de vez en cuando.

—¿Diez?

—Quizás un poco menos. Si son verdaderas asquerosidades, un poco menos.

—¿Cinco?

—Pongamos unas dos... luego siempre hay alguna más...

—¿Dos?

—Dos.

Pehnt se bajó de la silla. Caminó un poco arriba y abajo por la habitación, rumiando pensamientos y fragmentos de frases. Después abrió la puerta, salió por debajo de la baranda y se sentó en las escaleras de la entrada. Sacó de un bolsillo de la chaqueta un cuaderno violeta: desgastado, ajado, pero con cierta presencia. Lo abrió con meticoloso cuidado por la primera página en blanco. Sacó del bolsillo un trocito de lápiz, luego gritó hacia el interior de la casa

—¿Qué va después de *dos siete nueve*?

Pekisch estaba inclinado sobre el periódico. Ni siquiera levantó la cabeza.

—*Dos ocho cero.*

—Gracias.

—De nada.

Lentamente y con meticoloso esfuerzo Pehnt empezó a escribir:

*280. Asquerosidades. Un par en la vida.*

Se detuvo un instante para pensar. Empezó de nuevo.

*Después se pagan.*

Releyó. Todo en orden. Cerró el pequeño cuaderno y se lo metió en el bolsillo.

Por todas partes, Quinnipak se asaba bajo el sol de mediodía.

La del cuadernillo era una historia que había empezado —como se desprende de los hechos relatados— doscientos ochenta días antes, es decir, en el día que Pehnt celebró su octavo cumpleaños. Con cierto carácter intempestivo, el chico ya había intuido, entonces, que la vida es un tremendo lío y que, por regla general, estamos llamados a afrontarla en un estado de absoluta y radical falta de preparación. Sobre todo lo desconcertaba —no sin razón— la cantidad de cosas que había que aprender para sobrevivir a las incógnitas de la existencia (que eran, precisamente, tantas): miraba el mundo, veía un ingente número de objetos, personas, situaciones y comprendía que sólo en aprender el nombre de todas aquellas cosas —todos los

nombres, uno a uno— emplearía una vida. No se le escapaba que en esto se escondía cierta paradoja.

«Hay demasiado mundo», pensaba. Y buscaba una solución.

La idea se le ocurrió, como ocurre a menudo, como extensión lógica de una experiencia banal. Frente a la enésima lista de la compra que la señora Abegg le puso en la mano antes de enviarlo al Bazar Fergusson e Hijos, Pehnt comprendió, en un instante de nouménica iluminación, que la solución se hallaba en la astucia de catalogar. Si uno, a medida que aprendía las cosas, se las apuntaba, obtendría al final un completo catálogo de las cosas que debía aprender, consultable en cualquier momento, actualizable y eficaz contra eventuales pérdidas de memoria. Intuyó que escribir una cosa significa poseerla, ilusión hacia la que se inclina una parte no desdeñable de la humanidad. Pensó en centenares de páginas abarrotadas de palabras y sintió que el mundo le daba un poco menos de miedo.

—No es mala idea —observó Pekisch—. Claro que no podrás escribirlo todo en ese librito, pero anotar las cosas principales ya sería un buen resultado. Podrías seleccionar una cosa al día, eso es. Hay que establecer reglas cuando se emprenden empresas como ésta. Cada día, una cosa. Debería funcionar... Digamos que en diez años podrías llegar a tres mil seiscientas cincuenta y tres cosas aprendidas. Ya sería una buena base. Una de esas cosas que te permite despertar cada mañana más tranquilo. No será un esfuerzo gratuito, chico.

A Pehnt le pareció un razonamiento convincente. Optó por la solución «Una cosa cada día». Con motivo de su octavo cumpleaños Pekisch le regaló un cuaderno de tapas violetas. Aquella misma noche empezó la meticulosa tarea que le habría de acompañar durante años. Releída retrospectivamente, la primera anotación revela una mente significativamente predispuesta al rigor metodológico de la ciencia.

*1. Las cosas: hay que escribirlas para no olvidarlas.*

A partir de este axioma, el mapa del saber de Pehnt se desarrolló día tras día en las más diversas direcciones. Como todos los catálogos, también éste se reveló límpidamente neutral. El mundo se veía allí retratado de manera inevitablemente parcial, pero rigurosamente privado de jerarquías. Las anotaciones —siempre muy sintéticas, casi telegráficas— testimoniaban un cerebro precozmente consciente de la naturaleza articulada y plural del misterio de la vida: por qué la luna no siempre es igual, qué es la policía, cómo se llaman los meses, cuándo se llora, naturaleza y funciones de los prismáticos, orígenes de la diarrea, qué es la felicidad, sistema rápido para anudar los cordones de los zapatos, nombres de ciudades, utilidad de los ataúdes, cómo llegar a ser un santo, dónde está el infierno, reglas fundamentales para la pesca de la trucha, lista de los colores disponibles en la naturaleza, receta del café con leche, nombre de perros famosos, dónde va a parar el viento, festividades del año, en qué parte está el corazón, cuándo acabará el mundo. Cosas de este tipo.

—¡Qué estrafalario es Pehnt! —decía la gente.

—Es la vida la que es estrafalaria —decía Pekisch.

Pekisch no era, en puridad, el padre de Pehnt. En el sentido de que Pehnt no tenía, en puridad, un padre. Ni tampoco madre. Vamos, que la historia no era sencilla.

Lo habían encontrado cuando no tenía más de dos días. Estaba envuelto en una chaqueta negra de hombre, apoyado en la puerta de la iglesia de Quinnipak. Quien lo acogió en su casa y lo crió fue la viuda Abegg, una mujer de unos cincuenta años, apreciada en toda la ciudad. Para ser precisos no se llamaba verdaderamente Abegg y no era verdaderamente viuda. Vamos, que la historia era más complicada.

Unos veinte años antes había conocido en la boda de su hermana a un subteniente de buen aspecto y mesurada ambición. Durante tres años mantuvo con él una abundante y cada vez más íntima correspondencia. La última carta que le llegó del subteniente contenía una prudente pero precisa proposición de matrimonio. Por un fenómeno análogo al que sorprendió a Pekisch en el momento de leer la carta de Marius Jobbard, dicha proposición llegó a Quinnipak doce días después de que un proyectil de cañón de veinte kilos de peso hubiera reducido repentinamente a cero las posibilidades del subteniente de casarse: y, en general, de hacer cualquier cosa. La buena mujer envió al frente tres cartas en las que, con creciente insistencia, se declaraba dispuesta a las nupcias. Le devolvieron las tres, acompañadas por el certificado oficial de defunción del subteniente Charlus Abegg. Otra mujer, posiblemente, se habría desesperado. Ella no. Ante la imposibilidad de disponer de un feliz porvenir, se construyó un feliz pasado. Informó a la ciudadanía de Quinnipak que su marido había caído heroicamente en el campo de batalla, y que le gustaría que, a partir de aquel momento, la llamaran viuda Abegg. En sus conversaciones empezaron a aparecer cada vez con mayor frecuencia divertidas anécdotas de su precedente, e hipotética, vida conyugal. No era raro que utilizara, como solemne coletilla, la expresión: «Como decía mi querido Charlus...», seguida de no sutilísimas pero sí razonables sentencias. En realidad, el subteniente nunca había dicho aquellas cosas. Las había escrito. Pero el hecho no tenía para la viuda Abegg la mayor importancia. En la práctica, había estado casada durante tres años con un libro. Hay matrimonios mucho más raros.

Como, por otra parte, podrá colegirse de los datos ya mencionados, la señora Abegg era una mujer de notable fantasía y sólidas certezas. No debe extrañar por ello la historia de la chaqueta de Pehnt, la cual, entre otras cosas, induce a atribuirle un notable sentido del destino. Cuando Pehnt cumplió siete años, la viuda Abegg sacó del armario la chaqueta negra en que lo habían encontrado y se la puso. Le llegaba por debajo de las rodillas. El botón más alto le llegaba a la altura del pito. Las mangas colgaban como muertas.

—Escúchame bien, Pehnt. Esta chaqueta la ha dejado tu padre. Si te la ha dejado

será por algún motivo. Intenta comprenderlo. Tú crecerás. Y sucederá del siguiente modo: si un día llegas a ser lo bastante grande como para que sea de tu medida, entonces abandonarás esta miserable ciudad e irás a buscar fortuna a la capital. Si, en cambio, no llegas a ser lo bastante grande, entonces permanecerás aquí, y serás feliz, de todos modos, porque, como decía mi querido Charlus, «afortunada es la flor que nace donde Dios la sembró». ¿Preguntas?

—No.

—Bien.

Pekisch no compartía del todo el estilo vagamente militar que la señora Abegg adoptaba en las ocasiones importantes, herencia evidente de la prolongada familiaridad con su marido el subteniente. Pero respecto a aquella historia de la chaqueta no encontró nada que objetar. Estuvo de acuerdo en que el razonamiento era sensato y que, en la niebla de la vida, una chaqueta podía representar efectivamente un punto de referencia útil y autorizado.

—Además, no es tan grande. Lo lograrás —le dijo a Pehnt.

Para facilitar la empresa, la viuda Abegg dispuso una sabia dieta que conjugaba hábilmente su escasa disponibilidad económica (fruto de una pensión militar que en realidad nadie había pensado nunca en mandarle) y las elementales necesidades calóricas y vitamínicas del muchacho. Pekisch, por su parte, le proporcionaba a Pehnt algunas útiles certezas entre las que figuraba, no en el último lugar, la regla áurea según la cual el sistema más simple para crecer es el de permanecer en pie lo máximo posible.

—Es algo así como lo de la voz en los tubos. Si un tubo tiene curvas, a la voz le cuesta más pasar. Para ti es lo mismo. Sólo si estás en posición erecta la fuerza que tienes dentro de ti puede crecer sin obstáculos, sin tener que hacer curvas y perder tiempo. Permanece de pie, Pehnt, mantén el tubo lo más erguido que puedas.

Pehnt mantenía el tubo lo más erguido que podía. Lo cual explica también que utilizara las sillas, sí, pero para estar de pie encima.

—Siéntate, Pehnt —decía la gente.

—Gracias —decía él, y se ponía de pie en la silla.

—No es que sea de lo más educado —decía la viuda Abegg.

—Tampoco cagar es una delicia. Pero tiene sus ventajas —decía Pekisch.

Y así crecía Pehnt. Comiendo huevos en el almuerzo y en la cena, estando de pie en las sillas, y anotando una verdad al día en su cuaderno violeta. Iba a todas partes con aquella enorme chaqueta, como viaja una carta en el sobre que lleva escrito su destino. Iba a todas partes envuelto en su destino. Como todos, claro está, sólo que en él se podía ver a simple vista. Nunca había visto la capital y no podía imaginarse qué era exactamente lo que estaba persiguiendo. Pero había comprendido que, de alguna manera, el juego consistía en hacerse mayor. Y se aplicaba a fondo para conseguirlo.



Pero por la noche, bajo las mantas, donde nadie podía verlo, lo más silenciosamente posible, con el corazón algo acelerado, se acurrucaba cuanto podía, justamente así, y como un tubo retorcido por el que no podría pasar ni una voz aunque la hubieran disparado dentro con un cañonazo, se dormía y soñaba con una chaqueta eternamente demasiado grande.

**Dos**

# 1

Jun estaba con la cabeza apoyada en el pecho del señor Rail. Hacer el amor de aquella forma, la noche en que él volvía, era un poco más hermoso, un poco más simple, un poco más complicado que en una noche cualquiera. Algo flotaba en el aire, como el esfuerzo por recordar algo. Flotaba en el aire un sutil temor de descubrir quién sabe qué. Flotaba en el aire la necesidad de que en cualquier caso fuera bellísimo. Flotaba en el aire un deseo un poco impaciente, un poco feroz, que no tenía nada que ver con el amor. Flotaban en el aire un montón de cosas.

Después..., después era como empezar a escribir de nuevo a partir de una página en blanco. Fuera el que fuera, el viaje que había llevado a cualquier lugar del mundo al señor Rail desaparecía en el vaso de agua de aquella media hora de amor. Volvían a empezar desde el momento en que se habían separado. El sexo borra pedazos de vida que uno no es capaz de imaginarse. Quizá sea estúpido, pero la gente se abraza con ese extraño furor ligeramente pánico y la vida sale de él estrujada como un papelito apretado en un puño, escondido con un gesto nervioso de temor. Un poco por azar, un poco por fortuna, desaparecen en los pliegues de esa vida apelonada jirones de tiempo dolorosos, o cobardes, o nunca comprendidos. Así es.

Jun estaba allí, con la cabeza sobre el pecho del señor Rail y una mano que vagaba por sus piernas y que, de tanto en tanto, se cerraba sobre su sexo, se deslizaba por encima de él, volvía a perderse entre sus piernas —no hay nada más hermoso que las piernas de un hombre, pensaba Jun, cuando son hermosas.

La voz del señor Rail le llegó lentamente, con un aire de sonrisa en su interior  
—Jun, no puedes imaginarte lo que he comprado esta vez.

Efectivamente, no podía imaginárselo. Se acurrucó sobre él, rozaba con los labios su piel —no hay nada más hermoso que los labios de Jun, pensaba la gente, cuando rozan algo.

Podrías pasarte toda la noche intentándolo, pero no lograrías adivinarlo.

—¿Me gustará?

—Claro que te gustará.

—¿Me gustará tanto como me gusta hacer el amor contigo?

—Mucho más.

—Idiota.

Jun levantó la mirada hacia él, se acercó a su rostro. En la penumbra lo veía sonreír.

—Entonces, ¿qué ha comprado esta vez el loco señor Rail?

A diez kilómetros de allí, el campanario de Quinnipak dio la medianoche, había viento del norte que se llevó consigo los tañidos, uno a uno, desde el pueblo hasta la cama de aquellos dos —cuando así sucede, es como si los tañidos desgajaran la

noche, es el tiempo que es una hoja afiladísima y secciona la eternidad —la cirugía de las horas, cada minuto una herida, una herida para salvarse —estamos aferrados al tiempo, ésta es la verdad, porque el tiempo numera los conatos de ser que somos, minuto a minuto —numerar es salvarse, ésta es la verdad, y la legitimación trascendental de todo reloj, y la dulzura lastimera de todos los tañidos de todas las campanas —aferrados al tiempo para que haya un orden en el electrizante desgaste cotidiano, un antes y un después de cada shock —aferrados con feroz miedo, y determinación, con histérica minuciosidad y fuerza inhumana. Y como todas las histerias del terror, ésta también se ha organizado como en un rito, siendo el rito, siempre, la recomposición de millones de histéricos arrebatos de miedo en una única danza divina, el escenario sobre el que el hombre llega a ser capaz de moverse como un Dios —un rito, digo, que era el rito del reloj de la Grand Junction —obsérvese con atención: cuando todavía cada ciudad tenía su hora, y por tanto su tiempo, miles de tiempos distintos, cada ciudad el suyo, si aquí eran las dos y veinticinco allí podían ser las tres, cada ciudad con su reloj —y la Grand Junction era una línea ferroviaria, una de las primeras líneas ferroviarias que se construyeron, corría como una grieta en un vaso, por tierra y por mar, desde Londres a Dublín —corría y llevaba consigo un tiempo suyo en su interior que se deslizaba sobre los tiempos ajenos, como una gota de aceite sobre un vaso húmedo, y poseía una hora propia que tenía que resistir a todas las demás, durante todo el viaje, y volver intacta, una gema intacta, para que cada instante pudiera saber si era un instante de retraso o de anticipación, para que cada instante pudiera conocerse a sí mismo, y por tanto no perderse, y por tanto salvarse —un tren que corre con su hora en el corazón, sorda a todas las demás —por aquel tren el hombre acuñó el rito, elemental y sagrado:

*«Todas las mañanas, un mensajero del Almirantazgo entregaba al empleado de turno del tren correo Londres-Dublín un reloj que indicaba la hora exacta. En Holyhead, el reloj era entregado a los empleados del transbordador de Kingston que lo llevaba a Dublín. De regreso, los empleados del transbordador de Kingston devolvían el reloj al empleado de turno del tren correo. Cuando el tren llegaba de nuevo a Londres, el reloj era entregado nuevamente al mensajero del Almirantazgo. Así cada día, durante centenares de jornadas».*

Eran los tiempos en que en la estación de Buffalo había tres relojes, cada uno con una hora distinta, y seis en la estación de Pittsburgh, uno por cada una de las vías ferroviarias que pasaban —era la Babel de las horas— y por ello se comprende el rito de la Londres-Dublín, tren correo —ese reloj que va arriba y abajo, en una caja de terciopelo, valioso como un secreto, valioso como una joya...

(Había un hombre que partía, viajaba, y cuando regresaba, antes que él llegaba una joya, en una caja de terciopelo. La mujer que lo esperaba abría la caja, veía la joya y entonces sabía que iba a regresar. La gente creía que era un regalo, un valioso

regalo por cada fuga. Pero el secreto era que la joya era siempre la misma. Cambiaban las cajas pero la joya no. Partía con el hombre, permanecía con él allá donde viajara, pasaba de maleta en maleta, de ciudad en ciudad, y después volvía atrás. Venía de las manos de la mujer y a ellas regresaba, exactamente como el reloj regresaba a las manos del Almirante. La gente creía que era un regalo, un valioso regalo por cada fuga. En cambio, era lo que custodiaba el hilo de su amor en el laberinto de mundos por el que el hombre corría, como una grieta a lo largo de un vaso. Era el reloj que contaba los minutos del tiempo anómalo, y único, que era el tiempo de su amarse. Volvía atrás antes que él para que ella supiera que dentro de aquél que estaba a punto de llegar no se había roto el hilo de aquel tiempo. Así el hombre llegaba, al final, y no había necesidad de decir nada, de preguntar nada, ni de saber. El instante en que se veían era, para los dos, una vez más, el mismo instante).

... valioso como un secreto, valioso como una joya —un reloj que mantenía unidos a los ferrocarriles, que tenía a Londres y Dublín atadas una a la otra para que no se disiparan a la deriva de una babel de tiempos y horas diferentes —esto da que pensar —esto sí da que pensar —esto da que pensar. En los trenes. En el choque de la vía férrea.

Nunca habían necesitado, antes, aquella gaita del reloj. Nunca. Porque no existía el tren. Ni siquiera lo poseían como idea. Y entonces viajar de aquí para allá era algo tan lento, y destartalado, y casual, que de todos modos el tiempo se perdía sin que nadie soñara con oponer resistencia. Resistían un par de distinciones generales —el alba, la puesta de sol—, todo el resto eran momentos confusos en un único gran limo de instantes. Antes o después, se llegaba, eso era todo. Pero el tren... aquello era exacto, era tiempo convertido en hierro, hierro corriendo sobre dos raíles, secuela precisa de antes y después, incesante procesión de travesaños... y sobre todo... era velocidad... velocidad. La velocidad no perdonaba. Si había siete minutos de diferencia entre la hora de aquí y la hora de allá, ella los hacía visibles... pesados... Años de viaje en carretas nunca habían logrado descubrirlos, un solo tren en tránsito podía desenmascararlos para siempre. La velocidad. A ese mundo debió de estallarle dentro, como un grito reprimido durante milenios. Nada debió de parecer igual desde el momento en que llegó la velocidad. Todas las emociones reducidas a pequeñas máquinas por reevaluar. Quién sabe cuántos adjetivos se revelaron repentinamente caducos. Quién sabe cuántos superlativos se desmenuzaron en un momento, de golpe tristemente ridículos... En sí mismo, el tren no era gran cosa, no era nada más que una máquina... pero eso es lo genial: aquella máquina no producía fuerza, sino algo conceptualmente todavía difuso, algo que no existía: velocidad. No era una máquina que hacía lo que mil hombres podrían hacer. Una máquina que hacía lo que nunca había existido. La máquina de lo imposible. Una de las primeras y más famosas locomotoras construidas por George Stephenson se llamaba *Rocket* y alcanzaba los

ochenta y cinco kilómetros por hora. Fue la que venció, el 14 de octubre de 1829, el certamen de Rainhill. Competía con otras tres locomotoras, cada una de ellas con su hermoso nombre (a lo que da miedo se le da un nombre, como lo demuestra el hecho de que los hombres tengan, por prudencia, dos): *Novelty*, *Sans Peril*, *Perseverance*. Para decir toda la verdad, también inscribieron una cuarta: se llamaba *Le ciclopède*, la había inventado un tal Brandreth, y consistía en un caballo que galopaba sobre una cinta transportadora conectada a cuatro ruedas que corrían, a su vez, sobre raíles. Fijaos en cómo cada ocasión, siempre, el pasado se resiste al futuro, acuña increíbles compromisos sin el más mínimo sentido del ridículo, se mortifica perdidamente con tal de continuar poseyendo el presente, aunque sea con el tiempo caduco, obstinado y obtuso, y mientras proféticas calderas en ebullición vomitaban por sus chimeneas soplididos y relinchos de vapor blanco, aquél montaba en un pobre caballo sobre un armatoste que confundía el medio, es decir, los raíles, con el fin. Lo descalificaron, de todas maneras. Lo descalificaron incluso antes de que tomara la salida. Por eso compitieron cuatro, la *Rocket* y las otras tres. La primera prueba, un recorrido de milla y media. La *Novelty* lo devoró a una media de 45 kilómetros por hora, despertando una enorme impresión. Lástima que al final estalló, así fue, estalló — debe de ser magnífico ver estallar una locomotora, la caldera deshaciéndose como una ampolla al rojo vivo, la pequeña estrecha larga chimenea volando, imprevisiblemente ligera como el humo que tiene dentro, y después los hombres, porque alguien debía de estar dentro conduciendo aquella bomba activada sobre dos raíles de hierro, los hombres volando también como fantoches, como resoplidos sanguinolentos, ración cotidiana de sangre para engrasar las ruedas del progreso, debe de ser magnífico ver una locomotora corriendo y, después, estallar. La segunda prueba contemplaba un recorrido de 112 kilómetros que habían de cubrir a una velocidad de 16 kilómetros por hora. La *Rocket* dejó a todas atrás, viajó segura a 25 kilómetros por hora, un espectáculo digno de verse. Tras echar las cuentas, se decretó que había ganado. Había ganado aquel genio de Stephenson. Y todo esto, fijémonos bien, no sucedió en el secreto de una interesada reunión de ricachones en busca de un sistema veloz e indoloro para llevar a todas partes sus vagones repletos de carbón. No. Todo esto se estampó, indeleble, en los ojos de diez mil personas, en decir, en veinte mil ojos, bizco más, bizco menos, tantos como acudieron desde todas partes a Rainhill aquel día para asistir a la competición del siglo — una pequeña pero enorme porción de la humanidad llevada hasta allí por el presentimiento de que estaba sucediendo algo que muy pronto le desbarataría sus mecanismos cerebrales. Vieron a la *Rocket* deslizarse sobre el trazado de Rainhill a 85 kilómetros por hora. Y ni siquiera esto debía de provocar un estupor excesivo: porque un objeto a toda velocidad seguía siendo una imagen con que debían de haberse topado por lo menos una vez, aunque fuera un solitario halcón en picado, o un tronco arrastrado por los

rápidos del río, o quién sabe, una bomba disparada por el cielo. Pero lo desconcertante, eso sí, fue el pensamiento que los sacudió, la elemental deducción de que si aquella locomotora no estallaba, entonces antes o después la historia los haría subir allí arriba, en loca carrera por aquella carretera de hierro, repentinamente convertidos, ellos mismos, precisamente ellos, en halcones en picado, y troncos, y bombas disparadas por el cielo. Y es imposible, verdaderamente imposible, que no pensaran todos, precisamente todos, con general febril atemorizada curiosidad: ¿cómo será el mundo, visto desde allí arriba? E inmediatamente después: ¿será ése un nuevo modo de vivir o un modo más exacto y espectacular de morir?

Llovieron las respuestas, más tarde, a medida que afloraban raíles en todas direcciones y zarpaban trenes allanando colinas y agujereando montañas, casi perversos en su feroz deseo de llegar a su destino. En las orejas entraba el rítmico lamento de los raíles, y entre tanto todo vibraba como fatigado, como emocionado — una especie de tic perpetuo que te iba desgastando el alma. Y por la ventana —por la ventana, más allá del cristal, iban desfilando los añicos de un mundo hecho pedazos, perennemente en fuga, desmenuzado en millares de imágenes que duraban un instante, arrancado por una fuerza invisible. «Antes de que inventaran el ferrocarril, la naturaleza no palpitaba: era una Bella Durmiente del bosque», escribieron. Pero fue mucho tiempo después, con visión retrospectiva. Hacían poesía sobre ello. En aquel momento, justo las primeras veces en que la Bella Durmiente se dejaba violar por aquella máquina lanzada a culpable velocidad, fue más bien la violencia lo que permaneció impreso en las palabras y en los recuerdos. Y el miedo. «Es realmente un vuelo, y es imposible sustraerse a la idea de que un mínimo incidente podría causar la muerte instantánea de todos», eso era lo que pensaban. Y en verdad tuvo que formarse inconscientemente en el ánimo un nexo preciso entre aquel presentimiento de la muerte y la imagen distorsionada que, desde la ventana y al precio de jugarse la vida, el mundo ofrecía de sí mismo. Como a los muertos, a los que les pasa en pocos instantes toda una vida ante los ojos, deslizándose veloz. A ellos les pasaban por delante prados, personas, casas, ríos, animales...

Hay que imaginárselo, el miedo por un lado y aquel bombardeo de imágenes por otro o, mejor, uno, el miedo, dentro del otro, el bombardeo, como ondas concéntricas de un único ahogo, angustioso, claro está, pero también... algo así como un imprevisto desgarró en la percepción, algo que debía de llevar en su interior el chispazo de algún placer abrasador —una progresiva aceleración del ritmo de las percepciones, desde la lenta partida hasta la carrera sin barreras por el interior de las cosas, todo un protocolo vertiginoso de imágenes que se hacían en desorden empujándose en los ojos, heridas incurables en la memoria, y astillas, rastros de paso, fugas de objetos, polvo de cosas —*esto tenía que ser placer*, por Dios —«intensificación de la vida nerviosa», la llamó después Simmel —parece un parte

médico —y, en efecto, esa hipertrofia del ver y del sentir tiene el perfil, y el sabor, de la enfermedad, —se te extendían las redes del cerebro, dolorosamente, hasta el máximo, como telarañas exhaustas llamadas tras siglos de sueño a atrapar el vuelo de imágenes enloquecidas, figuras como insectos colapsados por el vértigo de la velocidad, y la araña, que eras tú, ajetreada adelante y atrás en equilibrio entre la ebriedad de la comilona y la precisa, exacta, numérica certeza de que la telaraña estaba a un paso de ceder para siempre, y enrollarse sobre sí misma, grumo de baba, inútil colgajo de papilla, nudo definitivamente atado, geometrías perfectas perdidas para siempre, escuálida bola de cerebro deshecho —el placer lacerante de devorar imágenes a ritmo inhumano y el dolor de esa jaula de hilos tensados hasta la extenuación —el placer y el ruido sordo del desmoronamiento —el placer y, dentro, subrepticia, la enfermedad —el placer y, dentro, la enfermedad; la enfermedad y, dentro, el placer —los dos persiguiéndose dentro del capullo del miedo —el miedo y, dentro, el placer y, dentro, la enfermedad y, dentro, el miedo y, dentro, la enfermedad y, dentro, el placer —así te daba vueltas el alma dentro, al unísono con las ruedas del tren desenfrenadas sobre la vía hecha de hierro —perversa rotación omnipotente — así me da vueltas el alma dentro, triturándose los instantes y los años —perversa rotación omnipotente —quién sabe si hay un modo de pararla, quién sabe si es pararla lo que debe hacerse —quién sabe si estará escrito que tenga que hacer tanto daño —y de dónde ha salido, quizás al saberlo uno podría volver allá arriba, a la cima del descenso agotador, al principio de la vía, y pensárselo un poco antes de —así da vueltas y más vueltas el alma dentro, perversa rotación omnipotente —quién sabe si es *fuerza* o sólo extrema derrota —y aunque fuera *fuerza y vida*, ¿tenía necesariamente que ser así?, minucioso y cruel exterminio que te brota dentro —quién sabe si habrá un modo de pararlo, o un lugar —un lugar cualquiera donde no empuje esta rotación perversa que encadena los giros del progresivo y ya irreversible agotamiento, carcoma miserable que deshace la conquista infrangible de los más geniales deseos —el placer y, dentro, la enfermedad y, dentro, el miedo y, dentro, el placer y, dentro, la enfermedad y, dentro, el miedo y, dentro —que venga alguien y silenciosamente la detenga, la enmudezca en un rincón de victoriosa quietud, la disuelva para siempre en el fango de una vida cualquiera a descontar en un tiempo ya sin más horas —o termine con ella en un instante sin memoria —en un instante —acabe con ella. En los trenes, para salvarse, para detener la perversa rotación de aquel mundo que los golpeaba desde el otro lado de los cristales, y para esquivar el miedo, y para no dejarse tragar por el vértigo de la velocidad que sin duda tenía que golpearles continuamente en el cerebro por lo menos bajo la forma de aquel mundo que se deslizaba al otro lado del cristal en formas antes nunca vistas, maravillosas, claro, pero imposibles porque el serles concedidas sólo durante un momento instantáneamente ponía en marcha de nuevo el miedo y, por consiguiente, aquella



ansiedad densa e informe que, cristalizada en pensamiento, se revelaba a todos los efectos nada menos que como el sordo pensamiento de la muerte —en los trenes, para salvarse, cogieron la costumbre de entregarse a un gesto meticuloso, una práctica aconsejada incluso por los propios médicos y por insignes estudiosos, una minúscula estrategia de defensa, obvia pero genial, un pequeño gesto exacto, y espléndido.

En los trenes, para salvarse, se leía.

Linimento perfecto. La fija exactitud de la escritura como sutura de un terror. El ojo que encuentra en las minúsculas curvaturas descritas por las líneas el nítido atajo para huir del indistinto flujo de imágenes impuesto por la ventanilla. En las estaciones, vendían las lámparas pertinentes, lámparas de lectura. Se sostenían con una mano, describían un íntimo cono de luz para enfocar la página abierta. Hay que imaginárselo. Un tren en carrera furibunda sobre dos láminas de hierro, y dentro del tren un rincón de mágica inmovilidad recortado minuciosamente por el compás de una llamita. La velocidad del tren y la fijeza del libro iluminado. La eternamente cambiante multiplicidad del mundo alrededor y el pétreo microcosmos de un ojo que lee. Como un núcleo de silencio en el corazón de una detonación. Si no fuera historia verdadera, verdadera historia, se podría pensar: no es más que la belleza de una metáfora exacta. En el sentido de que tal vez, siempre, y para todos, leer no es otra cosa que mirar fijamente un punto para no ser seducidos, y destruidos, por el incontrolable deslizarse del mundo. No se leería, nada, si no fuera por miedo. O para aplazar la tentación de un incontrolable deseo al que, se sabe, no sabremos resistirnos. Se lee para no levantar la mirada hacia la ventanilla, ésa es la verdad. Un libro abierto siempre es el certificado de la presencia de un infame —los ojos clavados en aquellas líneas para no dejarse robar la mirada por el ardor del mundo — las palabras que una a una comprimen el fragor del mundo en un embudo opaco hasta hacerlo gotear en pequeñas formas de cristal que se llaman libros —la forma más refinada de batirse en retirada, ésa es la verdad. Una porquería. Pero: *dulcísima*. Esto es importante, y será necesario recordarlo siempre, y transmitirlo, cada vez, de enfermo a enfermo, como un secreto, el secreto, que nunca desaparezca en la renuncia de alguien o en la fuerza de alguien, que sobreviva para siempre por lo menos en la memoria de un alma agotada, y allí resuene como un veredicto capaz de acallar a quien sea: leer es una porquería *dulcísima*. ¿Quién puede comprender nada de la dulzura si nunca ha reclinado su propia vida, la vida entera, sobre la primera línea de la primera página de un libro? No, ésa es la única y más dulce custodia de todos los miedos —un libro que empieza. Por lo tanto, junto a millares de otras cosas, sombreros, animales, ambiciones, maletas, dinero, cartas de amor, enfermedades, botellas, armas, recuerdos, botas, gafas, abrigos de piel, risas, miradas, tristezas, familias, juguetes, enaguas, espejos, olores, lágrimas, guantes, ruidos —junto a esos millares de cosas que ya elevaban del suelo y lanzaban a velocidades prodigiosas,

esos trenes que rayaban adelante y atrás el mundo como heridas humeantes también llevaban en su interior la soledad impagable de aquel secreto: el arte de leer. Todos aquellos libros abiertos, infinidad de libros abiertos, como ventanillas abiertas en el interior del mundo, diseminadas sobre un proyectil que ofrecía a la mirada, con sólo tener la valentía de levantarla, el deslumbrante espectáculo del mundo exterior. El interior del mundo y el mundo exterior. El interior del mundo y el mundo exterior. El interior del mundo y el mundo exterior. El interior del mundo y el mundo exterior. Al final, de un modo u otro, se acaba, una vez más, por elegir el interior del mundo, mientras que a tu alrededor te descerraja el deseo de acabar de una vez por todas y de arriesgarte a verlo, ese mundo exterior, no será para tanto, ¿es posible que sea tan miedoso, será posible que no se vaya nunca este cobarde miedo a morir, a morir, morir, morir, morir, morir? La muerte más absurda, pero también si se quiere la más puntual y justa y responsable, la tuvo Walter Huskisson, el senador Walter Huskisson. Era senador, y había luchado más que nadie para que el Parlamento y todo el mundo aceptaran la revolución de las vías férreas y, en general, la beneficiosa locura de los trenes. Por eso tuvo un puesto de honor en el vagón de las autoridades cuando, finalmente, en 1825, con gran solemnidad y abundancia de fastos, se inauguró la línea Liverpool-Manchester, haciendo partir desde Liverpool nada menos que ocho trenes, en fila uno detrás de otro, el primero lo conducía George Stephenson en persona, en pie sobre su *Northumbrian*, en el último iba una banda que tocó durante todo el viaje, quién sabe qué, quién sabe si fue consciente de ser la primera banda, con toda probabilidad, la primera en términos absolutos en la historia del mundo que tocaba una música que se movía a cincuenta kilómetros por hora. A mitad del recorrido se decidió hacer una pausa, parar en una pequeña estación intermedia para que la gente pudiera reposar de aquella emoción, y del cansancio y de las sacudidas y del aire y de aquel mundo que no dejaba de asañar por todas partes —se decidió parar el mundo un poquito, en fin, y se eligió una pequeña estación intermedia y solitaria, en mitad de la nada. La gente se bajó de los vagones, y en particular se bajó Walter Huskisson del suyo, que era el de las autoridades, bajó el primero y ésta se reveló como una circunstancia que no carecía de importancia dado que, en cuanto bajó —el primero, del vagón de autoridades—, fue arrollado por uno de los ocho trenes que discurría lentamente por la vía de al lado, no lo bastante lentamente como para poder frenar delante del senador Walter Huskisson, que bajaba, el primero, del vagón de las autoridades. Lo cogió de refilón, a decir toda la verdad. Lo dejó allí, con una pierna triturada y un alucinado estupor en los ojos. Podía ser la más clamorosa de las burlas, la prueba más evidente para quienes anunciaban el demoníaco poder destructivo de aquellas máquinas infernales que ni siquiera sentían vergüenza al aplastar al más apasionado y sincero de sus padres y defensores. Podía ser el escarnio definitivo e irrefutable. Pero el senador conservaba todavía algunas

monedas de pasión para gastar y consiguió no morir allí. Aguantó. De manera que hicieron que un tren diera la vuelta —de qué forma, no se sabe— y lo lanzaron a toda velocidad de nuevo hacia Liverpool, tras haber montado el cuerpo triturado del senador, triturado pero vivo, unido a la vida por un hilo pero todavía allí, lo bastante quebrantado por el dolor como para enloquecer, pero todavía lo suficientemente vivo como para darse cuenta de que un tren estaba devorando el aire y el tiempo por él, lanzado a toda velocidad sobre la nada de dos raíles de hierro con la única misión de lograr, al final, salvarlo. Luego, para ser sinceros, no lo salvó. Pero llegó vivo hasta el hospital de Liverpool, y allí murió, allí y no antes. De modo que al día siguiente, en todos los periódicos, en mitad de las páginas dedicadas a la histórica inauguración, apareció un suelto dedicado a la singular muerte del senador Walter Huskisson, pero no con el título, que no hubiera parecido lógico, de «Senador triturado por el tren», sino con el título, visionario, de «Un tren a la carrera para salvar a un senador», tras el cual, con pluma inspirada, el cronista narraba la épica carrera contra el tiempo, la formidable capacidad del monstruo mecánico de devorar espacio y tiempo para conseguir llevar el cuerpo jadeante del senador al hospital de Liverpool en sólo dos horas y veintitrés minutos, proeza infinita, acrobacia futurista gracias a la cual al senador no le correspondió el vil destino de palmarla con la cabeza apoyada en una piedra, en mitad del campo, sino el más noble de apagarse en el regazo de la medicina oficial en una cama de verdad y con un techo sobre la cabeza. Así acabaron las cosas, y la que podía haber sido la peor de las burlas, el escarnio final y definitivo, se convirtió de esta manera, por el contrario, en la última grandiosa perorata del senador Walter Huskisson en defensa del tren, entendido como idea y como objeto, su último inolvidable discurso, discurso mudo, por si fuera poco, prácticamente nada más que un jadeo lanzado a setenta kilómetros por hora en el aire de la tarde. Y aunque nada haya quedado de él en el recuerdo de la Historia, es evidente que a gente como él debe la Historia el recuerdo de cuando los trenes fueron por vez primera trenes. Centenares de personas, incluso las más oscuras, todas silenciosamente aplicadas a construir aquel grandioso azar de la imaginación, que de golpe lograba comprimir el espacio y desmenuzar el tiempo, redibujando los mapas de la tierra y los sueños de la gente. No tuvieron miedo de que el mundo se desmoronara al abrazarlo así, con aquellas vías férreas, o apenas tuvieron sólo un momento de miedo, al principio, cuando con delicadeza en cierto modo afectuosa dibujaron los primeros caminos de hierro junto a los normales, justo al lado, curva tras curva, que era una manera de susurrar el futuro en lugar de gritarlo, para que no sonara demasiado aterrador, y continuaron susurrándolo hasta que alguien pensó que ya no sería mala idea liberar aquella idea de cualquier otra, y la liberaron, alejándose de los caminos de siempre y dejando correr los raíles en la soledad de su fuerza, arando trayectorias nunca antes imaginadas.

Todo esto sucedió un día. Y no fue algo sin importancia, sino una cosa inmensa —inmensa— hasta el punto de que es difícil pensarlo todo junto, de una vez, con todo lo que llevaba dentro, con todo el torbellino de consecuencias que crepitaban en su interior, un universo de minucias gigantescas, y difíciles, claro, y sin embargo, sólo con que fuéramos capaces de pensar en esa cosa inmensa, de escuchar el sonido que hizo al estallar en la mente de aquella gente en aquel momento, sólo con que fuéramos capaces de imaginarla por un instante, se podría llegar a comprender por qué aquella tarde, cuando el campanario de Quinnipak se puso a dar la medianoche y Jun se reclinó sobre el pecho del señor Rail para preguntarle «Entonces, ¿qué ha comprado esta vez el loco señor Rail?», el señor Rail la abrazó con fuerza y, pensando que nunca dejaría de desearla, susurró

—Una locomotora.

## 2

—¿Puede repetirme mi nota, señor Pekisch?

—No es posible que cada semana la olvide, señora Trepper...

—Ya le digo, también a mí me parece algo increíble, y sin embargo...

Pekisch rebuscó en la bolsa hasta que encontró el silbato adecuado, sopló y en la habitación resonó un nítido *la bemol*.

—Eso es, esa misma... ¿sabe?, se parece a la de la señora Arrani, parece justo la misma, y en cambio...

—La señora Arrani tiene el *sol*, es una nota completamente distinta...

La señora Arrani lo confirmó haciendo resonar con un agudo su *sol* personal.

—Gracias, señora, basta con eso...

—Lo hacía solo para ayudarla...

—Claro, está muy bien, pero ahora silencio...

—Perdona, Pekisch...

—¿Qué ocurre, Brath?

—Sólo quería decirte que falta el doctor Meisl.

—¿Alguien ha visto al doctor?

—El doctor no está, ha ido a casa de los Ornevall, por lo visto la señora Ornevall tiene dolores...

Pekisch sacudió la cabeza.

—¿Qué nota tenía el doctor?

—El *mi*.

—De acuerdo, yo haré el *mi*...

—Pekisch, si quieres ya hago el *mi* y Arth hace mi *si* y...

—No liemos las cosas, ¿de acuerdo? Yo haré el *mi*... que cada uno toque su nota y el *mi* lo haré yo.

—El doctor lo hacía muy bien.

—Vale, vale, lo hará muy bien la próxima vez, pero ahora intentemos empezar... por favor, silencio.

Treinta y seis pares de ojos se posaron sobre Pekisch.

—Esta noche interpretaremos *Floresta encantada, bosques nativos*. La primera estrofa, *sottovoce*; el estribillo, más vivo, os lo ruego. De acuerdo. Todo el mundo en su sitio. Como siempre: olvidaos de quiénes sois y dejad obrar a la música. ¿Preparados?

Cada viernes por la noche Pekisch tocaba el humanófono. Era un extraño instrumento. Lo había inventado él. En realidad era una especie de órgano en el cual, en lugar de tubos, había personas. Cada persona emitía una nota y sólo una: la suya personal. Pekisch maniobraba el conjunto desde un rudimentario teclado: cuando

tocaba una tecla, un complejo sistema de cuerdas le hacía llegar a la muñeca derecha del cantante correspondiente un tirón: cuando notaba el tirón, el cantante emitía su nota. Si Pekisch mantenía apretada la tecla, la cuerda continuaba tirando y el cantante continuaba con su nota. Cuando Pekisch dejaba subir la tecla, la cuerda se aflojaba y el cantante callaba. Elemental.

En opinión de su inventor, el humanófono presentaba una ventaja fundamental: permitía cantar en un coro incluso a las personas que desafinan. Efectivamente, si bien hay mucha gente que no es capaz de engarzar tres notas seguidas sin desentonar, en cambio es muy raro encontrar a alguien incapaz de emitir una nota, una, con perfecta entonación y buen timbre.

El humanófono se basaba en esta capacidad casi universal. Cada ejecutante sólo tenía que estar atento a su nota personal: del resto se ocupaba Pekisch.

Obviamente, el instrumento no era capaz de gran agilidad y tendía a desmoronarse al afrontar pasajes particularmente rápidos o intrincados. Teniendo en cuenta esto, Pekisch había preparado un repertorio adecuado, casi íntegramente compuesto por variaciones suyas sobre temas populares. Para afinar los resultados se entregó a un paciente trabajo didáctico y a la eficacia de su elocuencia.

—Vosotros no venís aquí a cantar una nota cualquiera. Venís aquí a cantar *vuestra* nota. No es una nadería: es algo hermosísimo. El tener una nota, quiero decir: una nota toda para uno mismo. Reconocerla entre millares, y llevársela consigo, dentro, y encima. Podéis no creerme, pero yo os digo que ella respira cuando vosotros respiráis, os espera mientras dormís, os sigue adondequiera que vayáis y juro que nunca os abandonará hasta que os decidáis a palmarla, y entonces la palmará con vosotros. Podéis llegar a hacer como si no pasara nada, podéis venir hasta aquí y decirme: querido Pekisch, lo siento, pero creo que no tengo ninguna nota dentro, y marcharos, simplemente marcharos... pero la verdad es que esa nota está ahí... está ahí, pero vosotros no queréis escucharla. Y eso es una idiotez, es una obra maestra de la idiotez, de verdad, una idiotez como la copa de un pino. Uno tiene su nota, que es la suya, y la deja marchitarse en su interior... no... escuchadme con atención... aunque la vida haga un ruido infernal, aguzad los oídos hasta que lleguéis a escucharla y entonces aferradla, no la dejéis escapar. Lleváosla con vosotros, repetíosla cuando trabajéis, cantáosla en la cabeza, dejad que os suene en los oídos, y debajo de la lengua, y en la punta de los dedos. Y si hace falta, en los pies, sí, así a lo mejor conseguiréis llegar puntuales una vez, que no es posible empezar siempre con media hora de retraso, cada viernes, con retraso, lo digo también por usted, señor Potter, es más, sobre todo por usted, con todos mis respetos, pero nunca he visto entrar a su sol por esa puerta antes de las ocho y media, nunca, todos pueden ser testigos: nunca.

En fin, Pekisch las soltaba de manera elegante. Y la gente lo escuchaba. Esto

explica por qué, salvo la periódica excepción de la señora Trepper, todos los componentes del humanófono gozaban de una segura entonación verdaderamente singular. Uno podía pararlos en cualquier momento, en cualquier lugar, pedir escuchar su nota y ellos, con una naturalidad infinita, la sacaban, precisos como instrumentos de latón, siendo, como eran, hombres. En efecto, se la llevaban consigo (y dentro y encima) justo como pensaba Pekisch, como un perfume, como un recuerdo, como una enfermedad. Así. A la larga, *se convertían* en aquella nota. Por ejemplo, cuando murió el reverendo Hasek (cirrosis hepática), a todos les quedó muy claro que no sólo se había muerto el reverendo Hasek sino también, y en cierto sentido sobre todo, el *fa* sostenido más grave del humanófono. Los otros dos *fa* sostenidos (el señor Wouk y la señora Bardini) pronunciaron el discurso conmemorativo y Pekisch compuso para la ocasión un rondó para banda y humanófono que incluía todas las notas excepto la recién fallecida. La cosa suscitó una viva emoción.

Así era.

—Perdona, Pekisch...

—¿Qué ocurre, Brath?

—Sólo quería decirte que falta el señor Meils.

—¿Alguien ha visto al doctor?

—El doctor no está, ha ido a casa de los Ornevall, por lo visto la señora Ornevall tenía dolores...

Pekisch sacudió la cabeza.

—¿Qué nota tenía el doctor?

—El *mi*.

—De acuerdo, yo haré el *mi*...

—Pekisch, si quieres yo hago el *mi* y Arth hace *mi si* y...

—No liemos las cosas, ¿de acuerdo? Yo haré el *mi*... que cada uno toque su nota y el *mi* lo haré yo.

—El doctor lo hacía muy bien.

—Vale, vale, lo hará muy bien la próxima vez, pero ahora intentemos empezar... por favor, silencio.

Treinta y seis pares de ojos se posaron sobre Pekisch.

—Esta noche interpretaremos *Floresta encantada, bosques nativos*. La primera estrofa, *sottovoce*; el estribillo, más vivo, os lo ruego. De acuerdo. Todo el mundo en su sitio. Como siempre: olvidaos de quiénes sois y dejad obrar a la música. ¿Preparados?

Dos horas después volvían a casa, Pekisch y Pehnt, Pehnt y Pekisch, deslizándose en la oscuridad hacia el chalecito de la viuda Abegg donde uno tenía su habitación de realquilado de por vida y el otro su cama de pseudohijo provisional. Pekisch silbaba

la melodía de *Floresta encantada, bosques nativos*. Pehnt caminaba poniendo un pie delante del otro como sobre un invisible cable suspendido sobre un cañón de cuatrocientos metros de profundidad, quizá más.

—Oye, Pekisch...

—Mmmh...

—¿Tendré yo una nota?

—Claro que la tendrás.

—¿Cuándo?

—Antes o después.

—¿Antes o después de qué?

—A lo mejor cuando ya seas tan grande como tu chaqueta.

—¿Y qué nota será?

—No lo sé, chico. Pero cuando llegue el momento la reconocerás.

—¿Estás seguro?

—Te lo juro.

Pehnt volvió a caminar sobre el cable imaginario. Lo mejor era que incluso cuando caía no pasaba nada. Era un cañón muy profundo. Pero era un cañón bondadoso. Dejaba que te equivocaras, casi siempre.

—Oye, Pekisch...

—Mmmh...

—Tú tienes una nota, ¿verdad?

Silencio.

—¿Qué nota es, Pekisch?

Silencio.

—Pekisch...

Silencio.

Porque, para ser sinceros, Pekisch no tenía su nota. Se estaba haciendo viejo, tocaba mil instrumentos, había inventado otros tantos, en la cabeza le zumbaban sonidos infinitos, sabía ver el sonido, que no es lo mismo que escucharlo, sabía de qué color eran los ruidos, uno a uno, oía sonar incluso una piedra inmóvil —pero una nota propia, él no la tenía. No era una historia sencilla. Tenía demasiadas notas en su interior como para encontrar la suya. Es difícil de explicar. Era así y ya está. Aquella nota se la había tragado el infinito, de la misma manera que el mar puede tragarse una lágrima. Ya puedes intentar recuperarla... puedes pasarte la vida entera. La vida de Pekisch. Algo que no es fácil de comprender. A lo mejor si uno hubiera estado aquella noche que llovía a cántaros y el campanario de Quinnipak daba las once, a lo mejor entonces podría entenderlo, si uno lo hubiera visto todo con sus propios ojos, si hubiera visto a Pekisch aquella noche. Entonces sí. A lo mejor lo comprendería. Caían chuzos de punta y el campanario de Quinnipak empezó a tocar las once. Habría



que haber estado allí entonces. Allí en aquel momento. Allí. Para comprender. Algo de aquel todo.

### 3

El ingeniero ferroviario se llamaba Bonetti. Muy elegante, poco pelo en la cabeza. Exageradamente perfumado. Consultaba con singular frecuencia el reloj del chaleco, por lo que parecía estar siempre a punto de marcharse, reclamado por imperiosas tareas. En realidad, era un hábito que había contraído años atrás, el día en que, entre la muchedumbre de la fiesta de San Patricio, le habían robado un reloj idéntico, un preciado recuerdo de familia. No es que controlara la hora: controlaba que el reloj siguiera en su sitio. Cuando llegó a Quinnipak, tras tres horas de carruaje, sentenció brevemente:

—La necesidad de un ferrocarril en esta, llamémosle así, ciudad no sólo es lógica, sino también completa y luminosamente evidente.

Después se bajó del carruaje, intentó quitarse un poco de polvo de encima, miró la hora, y preguntó dónde estaba la casa del señor Rail. Junto a él viajaba su ayudante, un hombrecillo sonriente que, con escaso sentido de la oportunidad, llevaba el nombre de Bonelli. Brath, que había ido a recogerlos, los llevó con la calesa por la calle que llevaba a la fábrica de cristal y luego, desde allí, subiendo por la colina, hasta la casa del señor Rail.

—Magnífica casa —comentó el ingeniero Bonetti, comprobando la hora.

—Magnífica, verdaderamente —respondió Bonelli, a quien, por otra parte, nadie le había preguntado nada.

Se reunieron alrededor de una mesa: Bonetti, Bonelli, el señor Rail y el viejo Andersson. «Que yo sepa, los raíles no los fabrican de cristal. ¿Qué hago yo aquí?» había protestado el viejo Andersson. «Tú ven y escucha, yo ya pensaré en lo demás», había respondido el señor Rail. «Y, además, ¿tú qué sabes? A lo mejor de cristal irían muy bien». En la mesa estaba extendido un gran mapa de la región de Quinnipak. Bonelli había llegado con un voluminoso cuaderno y un escritorio de viaje. El señor Rail estaba en bata. Bonetti miró el reloj. El viejo Andersson encendió la pipa de espuma de mar

—Me imagino, señor Rail, que ya habrán estudiado cuál será el recorrido de la vía férrea... —dijo Bonetti.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir... que debería concretarnos de dónde quieren que salga el ferrocarril y cuál será la ciudad adonde quieren hacerlo llegar.

—Ah, bueno... el tren saldrá de Quinnipak, eso ya está decidido... o, mejor dicho, de aquí, saldrá más o menos de aquí... yo pensaba a pie de colina, hay un gran prado, me parece que sería lo ideal...

—¿Y cuál sería el destino? —preguntó Bonetti con una pizca de escepticismo en la voz.

—¿Destino?

—La ciudad a la que hacer llegar el tren.

—Bueno, no hay ninguna ciudad en particular a la que hacer llegar el tren... no.

—Perdóneme, pero habrá alguna ciudad...

—¿Usted cree?

Bonetti miró a Bonelli. Bonelli miró a Bonetti.

—Señor Rail, los trenes sirven para llevar mercancías y personas de una ciudad a otra, ése es su sentido. Si un tren no tiene una ciudad a la que llegar es un tren que no tiene sentido.

El señor Rail suspiró. Dejó pasar un instante y luego habló, con una voz llena de comprensiva paciencia.

—Querido ingeniero Bonetti, el único verdadero sentido de un tren es el de correr sobre la superficie de la tierra a una velocidad que ninguna persona o cosa sea capaz de alcanzar. El único verdadero sentido de un tren es que el hombre se suba y vea el mundo como nunca antes lo ha visto, y vea tanto, de una sola vez, como nunca ha visto en mil viajes en carruaje. Si, además, esa máquina consigue mientras tanto llevar algo de carbón o alguna vaca de un pueblo a otro, mejor que mejor, pero eso no es lo importante. Por eso, por lo que a mí respecta, no es necesario que mi tren tenga una ciudad a la que llegar, porque, en realidad, no necesita llegar a ninguna ciudad siendo su misión la de correr a cien por hora cruzando el mundo, y no la de llegar a algún sitio.

El ingeniero Bonetti chasqueó una mirada furibunda sobre el inocente Bonelli.

—Pero ¡eso es absurdo! Si fuera como usted dice, entonces tanto daría hacer un ferrocarril circular, un gran anillo de una decena de kilómetros, y después hacer correr por él un tren que, tras haber quemado kilos de carbón y haber gastado un montón de dinero, obtendría el formidable resultado de llevar a todos al punto de partida.

El viejo Andersson fumaba sin inmutarse. El señor Rail continuó con una calma olímpica.

—Ése es otro tema, querido ingeniero, no hay que confundir las cosas. Como le expliqué en mi carta, mi deseo sería construir un ferrocarril de doscientos kilómetros en perfecta línea recta, y también le expliqué el porqué. La trayectoria de un proyectil es rectilínea y el tren es un proyectil disparado en el aire. ¿Sabe?, es muy hermosa la imagen de un proyectil disparado: es la metáfora del destino. El proyectil corre y no sabe si matará a alguien o si acabará en la nada, pero mientras tanto corre y en su marcha ya está escrito si acabará haciendo papilla el corazón de un hombre o destrozando algún muro. ¿Ve el destino? Todo está ya escrito y sin embargo nada puede leerse. Los trenes son proyectiles y son también metáforas exactas del destino: mucho más bellas y mucho más grandes. Por eso yo pienso que es maravilloso

dibujar sobre la superficie de la tierra estos monumentos a la incorruptible y rectilínea trayectoria del destino. Son como cuadros, como retratos. Transmitirán durante años el perfil implacable de lo que llamamos destino. Por eso mi tren irá en línea recta a lo largo de doscientos kilómetros, querido ingeniero, y no habrá curvas, no, nada de curvas.

El ingeniero Bonetti estaba de pie con la cara hecha mármol en una expresión de total aturdimiento. De mirarlo, se hubiera podido pensar que habían conseguido robarle de nuevo el reloj.

—¡Señor Rail!

—Sí, ingeniero...

—¡SEÑOR RAIL!

—Dígame.

Pero, en lugar de decir nada, Bonetti se derrumbó sobre la silla, como un púgil que, tras un par de ganchos lanzados al vacío, cayera, desanimado, sobre la lona. Fue en ese momento cuando Bonelli reveló ser algo más que una nulidad.

—Usted tiene toda la razón del mundo, señor Rail —dijo.

—Gracias, señor...

—Bonelli.

—Gracias, señor Bonelli.

—Sí, usted tiene toda la razón del mundo, y a pesar de que las objeciones del ingeniero son completamente fundadas, no puede negarse que usted tiene ideas muy precisas sobre lo que quiere, y que merece, por tanto, obtenerlo. De todas formas, si me lo permite, déjeme que le diga que la eventualidad de elegir una ciudad como punto de llegada de su tren no debería desecharse de modo tan drástico. Si, como me parece haber entendido, la elección del lugar en que las vías acaben le es totalmente indiferente, no debería molestarle que, digamos por casualidad, ese lugar sea una ciudad, una ciudad cualquiera. Fíjese, una eventualidad de este tipo resolvería muchos problemas: sería más simple construir el ferrocarril y sería más simple, el día de mañana, hacer correr sobre el mismo un tren.

—¿En resumen?

—Sencillo: indíquenos una ciudad cualquiera en este mapa que se encuentre a doscientos kilómetros de aquí y tendrá sus doscientos kilómetros de raíles rectos con un tren encima que corra a cien por hora.

El señor Rail esbozó una satisfecha sonrisa de estupor. Echó una ojeada al viejo Andersson y luego se inclinó sobre el mapa. Lo estudiaba como si no lo hubiera visto nunca antes, lo cual era absolutamente probable. Medía con los dedos, barbotaba algo, vagaba con la mirada. A su alrededor, silencio total. Pasó quizás un minuto. Después, el viejo Andersson se sacudió su inmovilidad, se asomó al mapa, utilizó su pipa para medir dos distancias, sonrió satisfecho, se acercó al señor Rail y le susurró

un nombre al oído.

El señor Rail se dejó caer sobre el respaldo de la silla como si algo lo hubiera golpeado.

—No —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque allí no podemos, Andersson, ésa no es una ciudad cualquiera.

—Por eso. Precisamente porque no es una ciudad cualquiera...

—No puedo hacer llegar hasta allí el tren, intenta comprenderlo.

—No hay nada que comprender. Es muy sencillo. Nadie nos prohíbe hacer llegar hasta allí ese tren, nadie.

—Nadie nos lo prohíbe, pero es mejor que lo hagamos llegar a cualquier otro sitio, ésa es la verdad.

Bonetti y Bonelli asistían inmóviles y silenciosos como dos lápidas.

—Y además Jun nunca me lo perdonaría.

El señor Rail, tras haber murmurado «Y además Jun nunca me lo perdonaría», se calló. Se calló también un instante el viejo Andersson. Después se levantó y, dirigiéndose a los dos huéspedes, dijo

—Los señores sabrán disculparnos un momento.

Cogió al señor Rail y se lo llevó a la habitación contigua. Salón chino.

—No sólo Jun te lo perdonará, sino que ése será el último y más bello de los regalos.

—¿Regalos? Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida, ella no quiere ni oír hablar de Morivar, y yo hago que llegue un tren hasta allí....., no, no, no es una buena idea, Andersson.

—Escúchame bien, señor Rail: vosotros podréis no hablar nunca de Morivar, podréis continuar manteniendo ese secreto, y no seré yo quien se lo cuente al mundo. Pero eso no cambiará nada: llegará el día, y ese día Jun tendrá que ir a Morivar. Y si es verdad que los trenes están hechos igual que el destino, y que el destino está hecho igual que los trenes, entonces yo digo que ese día no habrá una manera más justa y más hermosa de llegar a Morivar que la de llegar con el culo montado en un tren.

Permaneció callado el señor Rail. Miraba al viejo Andersson y pensaba. Le subía por el interior una tristeza antigua y sabía que no tenía que dejarla llegar hasta donde empezaría a hacer daño de verdad. Intentó pensar en un tren en marcha, sólo en eso, dejarse llevar por esa idea, un tren en marcha, como una herida a lo largo de los campos de Quinnipak, siempre en línea recta hacia adelante, hasta quién sabe dónde, hasta donde los raíles desaparecieran en la nada, será un lugar cualquiera, o quizás una ciudad, qué ciudad, una ciudad cualquiera, o mejor precisamente ésa, recto como un proyectil disparado contra esa ciudad, precisamente ésa, porque hay mil lugares a los que puede llegar un tren, pero ese tren tiene un lugar especial al que llegar, y ese

lugar será Morivar.

Bajó la mirada.

—Pero Jun no va a entenderlo.

—Ese día. Lo entenderá ese día.

Cuando volvieron a entrar en el salón, Bonetti y Bonelli hicieron ademán, con un automático ramalazo de servilismo, de levantarse.

—Pónganse cómodos, por favor... bueno, se ha decidido... el tren partirá de aquí y llegará, precisamente, a Morivar. Debería haber justo doscientos kilómetros... en línea recta, claro está.

Bonetti se situó sobre el mapa buscando con sus dedos gordezuelos aquel nombre que ya había oído en otra ocasión.

—¡Magnífico! Veo que Morivar está en la costa, esto ofrecerá óptimas oportunidades para su explotación comercial... su decisión, señor Rail, me parece ideal, de verdad, me parece que...

—Las oportunidades de explotación comercial, como usted las llama, no tienen la más mínima importancia, ingeniero. ¿Le importaría, mejor, indicarme cuándo será posible iniciar los trabajos y cuánto creen que puede costar todo esto?

El ingeniero Bonetti apartó los ojos del mapa y sacó el reloj del bolsillo usando los primeros para controlar la existencia del segundo. Habló Bonelli, que estaba allí justamente para eso.

—Será necesario organizar una cuadrilla de ochenta personas... Dentro de un par de meses lo tendremos listo para funcionar. En cuanto a los costes, su deseo, perfectamente legítimo, de hacer discurrir la vía en línea recta obligará a hacer algún trabajo suplementario... tendremos que estudiar atentamente el recorrido, pero es posible que se hagan necesarias algunas zanjas, algunos terraplenes y, tal vez, incluso túneles... En todo caso creemos que la cifra que encontrará en esta hoja puede ser aproximadamente creíble...

El señor Rail cogió el papel. Sólo estaba escrito un número. Lo leyó. Levantó la mirada y, tendiendo el papel a Andersson, dijo

—No es que sea exactamente una broma, pero creo que con algunos sacrificios lo conseguiremos.

Bonelli lo miró a los ojos:

—Como es costumbre, la cifra se refiere a la realización de diez kilómetros de vía férrea. En nuestro caso, por tanto, habría que multiplicarla por veinte...

El señor Rail volvió a coger el papel de las manos de Andersson, lo releyó, levantó de nuevo la mirada hacia Bonelli, la dirigió sobre Bonetti, la hizo volver sobre Bonelli.

—¿Lo dice en serio?

## 4

Un hombre, como un péndulo, corriendo incansable adelante y atrás, de su casa a la calle.

Bajo el diluvio, un hombre, como un péndulo enloquecido, corre adelante y atrás, de su casa a la calle.

En la noche, bajo el diluvio, un hombre, como un péndulo enloquecido, sale de su casa a la carrera, se para e medio de la calle, luego vuelve precipitadamente dentro de casa, y de nuevo sale fuera, y de nuevo recula hasta su casa, y parece que no dejará de hacerlo.

En la noche, bajo el diluvio, un hombre, como un péndulo enloquecido y calado, sale de su casa a la carrera, se para en medio de la calle, persigue algo en el aire y en el agua que lo rodean, luego vuelve precipitadamente dentro de casa, y de nuevo sale fuera, y de nuevo recula hasta su casa, y parece que no dejará de hacerlo.

En la noche, bajo el diluvio, un hombre, como un péndulo enloquecido y calado, sale de su casa a la carrera, se para en medio de la calle, persigue algo en el aire y en el agua que lo rodean, luego vuelve precipitadamente dentro de casa, y de nuevo sale fuera, y de nuevo recula hasta su casa, y parece que no dejará de hacerlo, como si estuviera poseído por los tañidos de campana que en ese momento violentan la oscuridad y se disuelven en el aire líquido del aguacero infinito.

Once tañidos.

Uno sobre otro.

El mismo sonido, once veces.

Cada tañido como si fuera único.

Once ondas de sonido.

Y en medio un tiempo incalculable.

Once.

Uno tras otro.

Piedras de bronce en el agua de la noche.

Once sonidos impermeables lanzados en la podredumbre de la noche.

Eran once toques, tañidos en el diluvio por la campana que vigilaba la noche.

Fue el primero —ya el primero— el que asaltó a traición el alma de Pekisch, abrasándola.

Pekisch estaba allí, viendo el diluvio, al otro lado de cristal. O más exactamente

lo escuchaba. Para él, aquello era en primer lugar una desmesurada secuencia de sonidos. Como le sucedía a menudo, cuando el mundo se mostraba en sinfonías particularmente complejas, asistí con hipnótica atención, con el alma devorada por un in tangible y febril nerviosismo. El diluvio sonaba de manera impresionante, y él escuchaba. En su habitación, al final del pasillo de la casa de la viuda Abegg, con los pies descalzos, en camisón de lana basta, la cara a un palmo del cristal, inmóvil. El sonido se había alejado de él. Estaban solos, maravillosamente solos, el diluvio y él. Pero en la noche, la campana de Quinnipak dio su primer tañido.

Pekisch lo oyó partir, esquivar los mil sonidos que caían del cielo, horadar la noche, rozarle la mente y desaparecer a lo lejos. Notó como si algo lo hubiera golpeado de refilón. Una herida. Dejó de respirar e instintivamente se puso a esperar el segundo tañido. Lo oyó partir, esquivar los mil sonidos que caían del cielo, horadar la noche, agujerearle la mente y desaparecer a lo lejos. En el preciso instante en que volvió el silencio comprendió que tenía la certeza más absoluta: aquella nota no existía. Abrió la puerta de la habitación de par en par, recorrió a la carrera el pasillo y, con los pies descalzos, salió a la calle. Oyó, mientras corría, el tercer tañido, y después la repentina muralla de agua que lo ahogaba desde el cielo, pero no dejó de correr hasta que estuvo en medio de la calle. Entonces se detuvo, con los pies en el barro, levantó la mirada hacia el campanario de Quinnipak, cerró los ojos, ahogados en un llanto que no era el suyo, y esperó a que llegara.

El cuarto tañido.

Le costó un par de segundos oírlo todo, desde el primer apunte hasta la última ráfaga: después se lanzó precipitadamente hacia su casa. Corría gritando una nota bajo el alboroto del aguacero, contra el estruendo de aquel alboroto. No abandonó la nota al abrir la puerta de la casa, ni siquiera mientras corría por el pasillo, chorreando barro por todas partes, y agua por la ropa, y por el pelo y por el alma; no la soltó hasta que llegó a su habitación, ante su piano, Pleyel 1808, madera clara veteada por curvas como nubes, se sentó y empezó a buscar entre las teclas. Buscaba la nota, obviamente. *Si* bemol y luego *la* y luego *si* bemol y luego *do* y luego *do* y luego *si* bemol. Buscaba la nota, oculta entre las teclas blancas y negras. Por la mano le goteaba el agua del gran aguacero, partida del último de los cielos para lagrimear, finalmente, sobre una tecla de marfil y descender para desaparecer en la grieta entre un *do* y un *re* —maravilloso destino. No la encontró. Dejó de gritarla. Dejó de tocar las teclas. Oyó cómo le llegaba un tañido, quién sabe cuál. Se levantó de golpe, partió de nuevo a la carrera por el pasillo, salió a la calle, tampoco se detuvo esta vez, corría por entre el agua y al encuentro de aquel sonido que la campana le disparó regularmente a través de una muralla de agua —la imperturbabilidad irremediable de una campana— y él empezó a gritar aquella nota que no existía y, virando su carrera dentro del río creciente del aguacero, volvió derecho a la casa, resbaló en el fango del



pasillo hasta el Pleyel 1808, madera clara vetada por curvas como nubes, y rítmicamente gritando aquella nota que no existía rítmicamente se puso a percutir las teclas una a una, para arrancarles lo que precisamente no tenían y que era la nota inexistente. Gritaba y golpeaba, *si bemol* y luego *do* y luego *si bemol* y luego *si bemol* y luego *si bemol*, y gritaba golpeando las teclas con incrédulo furor, o quién sabe, a lo mejor era maravillado entusiasmo —por otro lado, ¿eran lágrimas o gotas de lluvia las que se le escurrían por la cara? Cuando volvió a correr, por el pasillo había agua y fango suficientes como para hacerle llegar resbalando hasta la puerta, y más allá de la misma, resbalando, por la calle, donde de nuevo, pero con una respiración cuyo ritmo tenía un *tempo* particular, como un reloj enloquecido encerrado en la caja de aquel péndulo inmenso que era Quinnipak y su campanario, de nuevo levantó la mirada en la nada de la noche para que se enredara en él lo más posible de aquella burbuja de sonido que le llegó regularmente, bajando desde el campanario, a través de los miles de espejos del aguacero hasta sus oídos; en cuanto la cogió, y como alguien que llevara un trago de agua en el hueco de la mano, partió hacia la casa, a quitar la sed a quien fuera, a quitarse la sed a sí mismo, y eso hubiera hecho, pero al llegar a la mitad del pasillo se descubrió con la mano vacía, es decir, la mente vacía y silenciosa —fue un momento —fue quizá tan sólo la intuición de lo que estaba a punto de pasar —el hecho es que se detuvo, en mitad del pasillo, detuvo bruscamente su carrera anclándose a las paredes y a los muebles, para darse la vuelta después, como reclamado por un miedo repentino, y arrojarse de nuevo fuera de la casa, más allá de la puerta hasta el medio de la calle, donde, con los pies perdidos en un inmenso charco de agua turbia, se dejó caer de rodillas y apretándose la cabeza entre las manos cerró los ojos y pensó «ahora, ahora mismo» y murmuró «o nunca más».

Allí estaba, como una vela encendida en un granero ardiendo.

Sepultado por un mar de sonidos líquidos y nocturnos, esperaba una rotunda nota de bronce.

Un pequeño mecanismo saltó en el corazón del reloj del campanario de Quinnipak.

La aguja más larga avanzó un minuto.

En mitad de un mar de sonidos líquidos y nocturnos se deslizó hacia Pekisch una rotunda burbuja de silencio. Rozándolo se rompió, manchando de silencio el gran estruendo del infinito temporal.

«Sí, aquella noche cayó un verdadero temporal, ¿sabe?, no es que suela suceder tan frecuentemente por estos pagos, así que lo recuerdo... aunque, obviamente, no es la única razón por la que me acuerdo de aquella noche... y, es más, seguro que es una de las razones más insignificantes... porque..., a decir verdad, el señor Pekisch

siempre sostuvo que todo lo que pasó fue precisamente a causa de la lluvia... no sé si me explico... fíjese, él pensaba que fue el agua la que produjo aquel extraño sonido... decía que el sonido de la campana pasando por aquella muralla de agua y rebotando en cada gota... llegaba una nota distinta, en fin... como si uno tocara un acordeón en el fondo del mar... llegarían sonidos distintos, ¿no?... pero no sé... no siempre entiendo todo lo que dice el señor Pekisch... También me lo explicó, una vez... me puso delante de su piano y me explicó... decía que entre una tecla y otra hay en realidad infinitas notas, un pandemónium de notas secretas, por decirlo de algún modo, notas que no oímos... o sea, usted y yo no las oímos, porque él, el señor Pekisch, las oye, y ésta es la raíz de todos sus males, y de esa inquietud que lo devora, sí, lo devora... decía que aquella nota, aquella noche, era precisamente una de esas notas invisibles... ¿comprende?, ésas que están entre una tecla y otra... una nota invisible incluso para él... eso es... pero yo no sé... yo no entiendo mucho de estas cosas... ¿sabe lo que decía mi querido Charlus? Decía: “La música es la armonía del alma”, eso decía... y yo pienso lo mismo... no consigo comprender cómo puede llegar a convertirse en una... una enfermedad... hasta en una enfermedad... ¿entiende?... Y sin embargo... sin embargo, yo lo vi aquella noche... me desperté, naturalmente... me asomé por la escalera y lo vi corriendo por el pasillo, y gritaba... parecía haberse vuelto loco. Incluso daba un poco de miedo, en cierto sentido, así que no me moví, me quedé espiándolo escondida en el piso de arriba... ¿sabe?, por aquel entonces todavía no estaba Pehnt, yo estaba arriba y el señor Pekisch en el piso de abajo, al final del pasillo... sí, eso es, el pasillo... en fin, después ya no oí nada, como si hubiera desaparecido... entonces bajé por las escaleras y recorrí todo el pasillo hasta la puerta... estaba todo lleno de barro, naturalmente, había agua por todas partes... llegué a la puerta y miré afuera. Pero no lo vi enseguida, había un aguacero fortísimo y, además, era de noche, no lo vi enseguida. Pero luego lo vi. Y era increíble pero él estaba allí, bajo el diluvio, arrodillado en el fango, apretándose la cabeza con las manos, así... ya sé que es extraño, pero... era así... y lo vi y ya no tuve miedo... al contrario, para decir la verdad... me puse el chal por encima y corrí gritando “Señor Pekisch, señor Pekisch”, y él que nada, seguía allí, como una estatua... era un poco ridícula toda aquella escena, ¿comprende?... él arrodillado y yo saltando por el fango bajo aquel diluvio... no sé... al final lo cogí por las manos y se levantó, lentamente, y lo llevé a casa... se dejaba llevar, no dijo nada... fíjese, esto es verdad, yo no sabía casi nada de él... sólo hacía unos meses que vivía en mi casa... y no puedo decir que nos hubiéramos dicho algo más que buenos días o buenas noches... yo no sabía quién era... esto es verdad... y sin embargo, lo llevé a su habitación y luego... le quité el camisón empapado, así, no sabría decir por qué, pero no me pregunté ni por un momento si era poco conveniente que hiciera algo semejante... sé que lo hice,

simplemente, y empecé a secarlo, pasándole la toalla por la cabeza y por el cuerpo mientras él temblaba de frío y no decía nada. No sé... tenía el cuerpo de un muchacho, ¿sabe?, un muchacho con el pelo gris... qué extraño... y al final lo metí en la cama, bajo una buena manta... así fue. Y a lo mejor no habría sucedido nada si yo no me hubiera quedado allí, mirándolo, sentada en la cama... quién sabe... el hecho es que me quedé allí, quién sabe por qué, hasta que él, en cierto momento, me abrazó....., así, me estrechó fuertemente, y yo lo abracé, y... estábamos apretados el uno contra el otro, sobre aquella cama, y luego bajo aquella manta... así, y luego vino el resto... creo que Charlus lo habría comprendido... no, en serio, no lo digo para excusarme, pero él era así... decía que “la vida es un vaso que hay que beber hasta el fondo”, eso decía... y era así... lo habría comprendido... Después, poco antes de amanecer, me deslicé fuera de la cama y volví a mi habitación. Por la mañana, en la cocina... el sol penetraba por las ventanas, y él se sentó a la mesa y simplemente dijo, como todos los días, “Buenos días, señora Abegg” y yo respondí “Buenos días tenga usted, señor Pekisch, ¿ha dormido bien?”, “Muy bien”... como si nada hubiera sucedido, ni la historia de la campana ni todo lo demás... cuando salió, pasó por el pasillo, esto lo recuerdo muy bien, y entonces se detuvo, volvió atrás, se asomó a la cocina y sin levantar los ojos del suelo me dijo en voz baja... me dijo algo así como “perdóneme lo del pasillo”, algo así... y yo le dije “no se preocupe, señor Pekisch, estará limpio en un santiamén”... la cosa fue así... es extraño, pero a veces no hay nada que decirse... más o menos la historia es ésta, así fue... ¿sabe?, han pasado más de quince años desde entonces... tanto tiempo... años... no, nunca he pensado en casarme con el señor Pekisch, a decir verdad tampoco me lo ha propuesto nunca, esto tengo que decírselo con la máxima sinceridad, él nunca me ha dicho ni una sola palabra de todo esto, y... de todos modos quiero decirle... no le habría contestado que sí... ¿comprende?... aunque me lo hubiera propuesto le habría dicho que no, porque yo he tenido un hombre en mi vida y... he tenido la suerte de amar a un hombre y no consigo imaginarme que esto pudiera suceder otra vez... ¿se imagina?, las mismas palabras, me saldrían las mismas palabras, sería ridículo... no, no me habría casado nunca... el señor Pekisch... ¿Sabe?, hay noches en que... ocurre algunas veces que de noche... algunas veces... el señor Pekisch entra lentamente en mi habitación... o bien yo entro en la suya... el hecho es que algunas veces se tiene dentro un triste cansancio, así, se pasan las ganas de seguir, de resistir... viene a la cabeza esa confusión, y ese cansancio... por eso no siento nada bien la llegada de la noche, no es precisamente el mejor momento para quedarse allí, en la oscuridad, solos... sería mejor que no existiera esta historia de la noche... y así, a veces, salgo de mi habitación y entro en silencio en la del señor Pekisch... y él también, a veces, hace lo mismo... y entro en su cama, y nos abrazamos, y todo lo demás... usted dirá que ya no tenemos edad para hacer estas cosas, todo esto le parecerá ridículo y yo sé

que ya no soy una mujer hermosa y... pero sucede, ya está... nos abrazamos, y todo lo demás... en silencio... fíjese, en todos estos años no ha habido una ocasión en que el señor Pekisch me haya dicho que no... y todas las veces en que yo lo he visto entrar lentamente en mi habitación, en la oscuridad, tampoco le he dicho que no... no es que suceda muy a menudo, créame... sólo a veces, así... pero nunca le he dicho que no... A decir verdad... a decir verdad tampoco le he dicho que sí, o sea, nunca le he dicho nada, eso es, nunca nos decimos nada, ni una palabra... y ni siquiera después, en la vida, nunca hemos dicho ni una palabra de esta historia, no hemos hablado de ella, ni una palabra... es una especie de secreto... una especie de secreto incluso para nosotros... sólo una vez, lo recuerdo, ahora usted se reirá, pero... una vez me desperté por la noche y allí estaba él, sentado en la cama, mirándome... y me acuerdo de que aquella vez se inclinó hacia mí y me dijo "Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida", así... oh, yo ya era vieja entonces, y todo aquello no era verdad... y sin embargo también era verdad... era verdad para él, en aquel momento, sé que era verdad... sólo para él, y sólo aquella noche, pero era verdad Le dije una vez a Pehnt... ¿sabe?, él escribe en ese cuadernillo, cada día, para saber todas las cosas... le dije una vez que la vida... le dije que lo que hay de bello en la vida es siempre un secreto... para mí así ha sido... las cosas que se saben son las cosas normales, o las cosas desagradables, pero después están los secretos, y es allí donde va a esconderse la felicidad... a mí siempre me ha pasado así, siempre... y yo digo que él también lo descubrirá, cuando se haga mayor... se le pasarán estas ganas de saber... ¿sabe? yo creo que lo conseguirá, que un día partirá de verdad hacia la capital y llegará a ser un hombre importante, tendrá mujer, hijos y conocerá el mundo... creo que lo conseguirá... en serio, y además esa chaqueta tampoco es tan grande... partirá un día... a lo mejor partirá con el tren, ¿sabe?, el tren que ahora está construyendo el señor Rail... yo nunca los he visto, pero me han dicho que los trenes son bellísimos... partirá con el tren, a lo mejor, y quién sabe si volverá... no sé... me han dicho que desde los trenes se ve el mundo como si se moviera, como una especie de linterna mágica... ah, seguro que es bellissimo, debe de ser divertido... ¿usted nunca se ha montado en uno?, tendría que hacerlo, usted que es joven tendría que hacerlo... a mi querido Charlus le habrían gustado, él tenía coraje y le gustaba todo lo que era nuevo... le habría gustado el tren... bueno, obviamente no como le gustaba yo... no, bromeo, no me haga caso, lo decía por hablar, en serio... así, por hablar».

—Pero ¿cómo es, señor Rail, cómo es eso de ir rápido?

En el jardín de delante de la casa estaba casi toda la gente de la casa Rail. Había incluso algún obrero de la fábrica y todo el servicio, y el señor Harp, que lo sabía todo sobre la tierra, y el viejo Andersson, que lo sabía todo sobre el cristal, y mucha más gente. Y Jun, y Mormy. Y el señor Rail.

—No puede explicarse, no es posible... hay que sentirlo... es como si el mundo os girara vertiginosamente alrededor... continuamente... eso mismo, es como si... intentad girar sobre vosotros mismos, así, girad lo más rápido que podáis manteniendo los ojos abiertos... así...

Y el señor Rail se puso a girar sobre sí mismo, en efecto, con los brazos y los ojos completamente abiertos, allí mismo, en el prado, con la cabeza levemente echada hacia atrás...

—... girad así y mirad... eso es, el mundo se ve así cuando se va en tren... así mismo... girad y mirad... es como ir rápidos... la velocidad...

... y balanceándose al final se paró, con la cabeza dándole vueltas, pero riendo y...

—... venga, intentadlo... tenéis que girar sobre vosotros mismos, lo más rápido que podáis y manteniendo los ojos abiertos... venga, ¿queréis o no queréis saber lo que quiere decir ir rápido? Pues entonces girad, diantre, poneos a girar.

Y así fue, en efecto, y uno a uno, primero con prudente lentitud, luego cada vez más rápido, todos se pusieron a girar sobre sí mismos, en el gran prado —estiraron los brazos y uno a uno se pusieron a girar sobre sí mismos abriendo desmesuradamente los ojos hacia delante, un delante que cambiaba continuamente, rodaba fuera del campo de visión abandonando una estela de imágenes inaprensibles y un vértigo extraño —de manera que al final todos daban vueltas, en el gran prado, los obreros de la fábrica, y las criadas que todavía eran unas niñas, y el señor Harp, que lo sabía todo sobre la tierra, y el viejo Andersson, que lo sabía todo sobre el cristal, y todos en general, con los brazos muy abiertos y los ojos desmesuradamente abiertos mirando hacia delante, mientras estallaban cada vez más agudas las risas y los chillidos, y algunos al final se dejaban caer al suelo, y chocaban entre sí, girando como locos, gritando, riendo, las faldas levantándose al girar, los sombreros cayendo, algunas imprecaciones divertidas en el aire, los ojos llenos de lágrimas por la risa, erguidos, al final unos en brazos de otro, aquél que ha perdido un zapato, las más pequeñas gritando con sus voces de cristal, barbota algo el viejo Andersson, y quien cae acaba levantándose y vuelve a intentarlo entre el griterío general, en aquella general peonza colectiva, y si uno pudiera acaso verla desde arriba, como con el ojo de Dios, vería aquel prado inmenso con aquellos locos que dan vueltas

enloquecidamente y pensaría «debe de ser una danza» o, más probablemente, diría «mira, extraños pájaros que están a punto de emprender el vuelo para marcharse lejos». Y hay que decir que, en cambio, sólo eran hombres, hombres viajando en un tren que no existía.

—Intenta girar, Mormy, venga...

En mitad del gran baile, Mormy permanecía inmóvil, mirando a su alrededor, divertido. El señor Rail se había agachado cerca de él.

—Si quieres ver lo que se ve desde un tren tienes que girar... del mismo modo que los otros...

Mormy lo miraba fijamente a los ojos de aquella manera suya que a nadie perdonaba, porque nadie tenía unos ojos como aquéllos —hermosos como aquéllos— y nadie te miraba de aquella manera, como él te miraba. Y callaba. Ése era el corolario de aquella mirada única: él callaba.

Siempre. Desde que llegó a Quinnipak había dicho quizás un centenar de palabras. Observaba, se movía con metódica lentitud y callaba. Tenía once años, pero los tenía de un modo muy singular; muy suyo. Parecía vivir en una personal pecera suya donde no existían las palabras y el tiempo era un rosario que había que desgranar con pacientísimo cuidado. Mormy tenía algo complicado en la cabeza. Quizás era una enfermedad. Nadie lo sabía, nadie podía saberlo.

—¡Mormy!...

La voz de Jun le llegó desde lejos. Se volvió para mirarla. Reía, su falda giraba con ella, el pelo viajaba sobre su cara, aprehendido también por el remolino del tren imaginario. Mormy permaneció unos instantes observándola. No dijo nada. Pero en cierto momento empezó lentamente a girar sobre sí mismo, abrió de par en par los brazos y empezó lentamente a girar, lentamente, y de inmediato cerró los ojos —él sólo, entre todos— porque nunca habría podido ver todo lo que había que ver y que no vio, viajando en su tren ciego, porque en su cabeza nunca habrían podido entrar, en fila, rápidamente, todas aquellas imágenes —Jun, el prado, el bosque, la fábrica de cristal, el río, los abedules a la orilla del río, el camino que subía, las casas de Quinnipak en lontananza, la casa y luego, nuevamente, Jun, el prado, el bosque, la fábrica de cristal, el río, los abedules a la orilla del río, el camino que subía, las casas de Quinnipak en lontananza, la casa y luego, nuevamente, Jun, el prado, el bosque, la fábrica de cristal, el río, los abedules a la orilla del río, el camino que subía, las casas de Quinnipak en lontananza, de Quinnipak en lontananza, de Quinnipak en lontananza, Quinnipak, Quinnipak, Quinnipak, Quinnipak, las casas de Quinnipak, el camino entre las casas, en mitad del camino la gente, mucha gente en mitad del camino, la cháchara que va subiendo desde la gente reunida en medio de la calle, nubes de palabras que se evaporan en el cielo, verdaderamente una gran fiesta de palabras en libertad, ociosas, cualesquiera, inolvidables, verdaderamente un brasero

de voces puesto allí para calentar el pueblo, un gran estupor general, «Vosotros haced lo que queráis, pero a mí no me veréis subir a ese tren, nunca», «Subirás, ya lo verás, llegado el momento, subirás», «Ya lo creo que subirás, si sube Molly subirás tú también, puedes apostar lo que quieras», «Qué tendrá que ver la señorita Molly con todo esto, a ver si no la mezcláis con todo esto», «Es verdad, el tren no es apropiado para señoras», «Supongo que bromea, espero, nosotras estamos absolutamente capacitadas para subir en un tren», «Tranquila, querida», «Y un cuerno, ¿el señor se cree que el tren es como la guerra, a la que sólo pueden ir los hombres?», «La señora Robinson tiene razón, he leído que también van los niños», «No habría que permitir que subieran los niños, no deberían arriesgar sus vidas...», «Yo tengo un primo que ha ido y dice que no hay ningún peligro, en absoluto», «Di, ¿tu primo no lee los periódicos?», «Es verdad, en los periódicos venía lo de aquel tren que se cayó por un desnivel», «¿Y eso qué significa? También Pritz se cayó por un desnivel y sin embargo no era un tren», «Oh, ¿pero tú sabes las tonterías que llegas a decir?», «El tren es un castigo divino, eso es lo que es», «Vaya, ha hablado el teólogo», «Claro que sí, ha hablado el teólogo, tú qué te crees, no han sido en balde los años que he pasado haciendo de cocinero en aquel seminario», «Di la verdad, era una cárcel», «Idiotas, es lo mismo», «En mi opinión es como ir al teatro», «¿El qué?», «En mi opinión, el tren será como una especie de teatro», «¿Quieres decir que será como un espectáculo?», «No, igual que el teatro, se pagará la entrada y todo lo demás», «Ya ves tú si se paga», «Claro que se paga, mi primo me ha dicho que te dan una entrada, pagas y te dan un disco de marfil que devuelves en la estación de llegada, dice que es parecido a las entradas que dan en el teatro», «¿No había dicho yo que será como el teatro?», «Ah, si hay que pagar, ya pueden ir olvidándose de que me suba a ese tren», «¿Qué te creías, que te iban a pagar a ti por subir al tren?», «Eso es para los ricos, escuchadme, el tren es para ricos», «Pero el señor Rail me ha dicho que podremos subir todos», «Pero antes el señor Rail tendrá que encontrar el dinero para hacer ese tren», «Lo encontrará», «Nunca lo encontrará», «Claro que lo encontrará», «Sería bonito que lo encontrara», «De todas maneras, ya ha comprado la locomotora, eso lo dijo él mismo, y estabais todos», «Sí, la locomotora sí», «Brath dice que la han construido cerca de la capital y que se llama Elisabeth», «¿Elisabeth?», «Elisabeth», «Pero bueno...», «Elisabeth es un nombre de mujer», «¿Y?», «Pues no sé, eso es una locomotora, y no una mujer», «Y, además, perdona pero ¿qué es eso de que las locomotoras lleven nombre?». *Y en efecto* «Siempre tiene un nombre las cosas que dan miedo», «Pero ¿qué dices?», *Y en efecto estaba llegando* «Nada, hablaba por hablar», «Tienen un nombre porque si alguien te las roba puedes decir que era tuya», *Y en efecto estaba llegando Elisabeth* «¿Pero quién quieres que te robe una locomotora?», «Una vez me robaron la calesa, desengancharon el caballo y se llevaron sólo la calesa», *Y en efecto estaba llegando Elisabeth, monstruo de hierro*

«Pues hay que ser idiota para dejarse robar la calesa y no el caballo», «Si yo hubiera sido el caballo me habría ofendido», *Y en efecto estaba llegando Elisabeth, monstruo de hierro y de belleza* «Pues era un caballo hermosísimo, además», «Tan hermoso que ni los ladrones...», *Y en efecto estaba llegando Elisabeth, monstruo de hierro y de belleza: atada al puente de una gabarra, subía río arriba en silencio.*

*Muda: esto era sorprendente. Y lenta con un movimiento que no era suyo.*

*De la mano del agua —alguien la arrojará al final sobre dos raíles para que estalle su rabia a cien por hora, mancillando la pereza del aire. Un animal, podría pensarse. Una bestia feroz capturada en alguna selva. Las cuerdas segándole los pensamientos y los recuerdos —una jaula de cuerdas para hacerla callar. La dulce crueldad del río que la lleva cada vez más lejos —al final habrá una lontananza que se convertirá en su hogar —volverá a abrir los ojos y tendrá delante dos raíles para saber adónde escapar —de qué, eso no lo comprenderá nunca.*

*Elisabeth subía río arriba en silencio, atada al puente de una gabarra. Una gran lona la escondía del sol y de las miradas. Nadie podía verla. Pero todos sabían que sería bellísima.*



*denken, empfinden die Rührung...*

**Tres**

# 1

—Su banda ha tocado maravillosamente, Pekisch, de verdad... ha sido precioso.

—Gracias, señor Rail, gracias... también el tren era precioso, quiero decir, es una idea magnífica, una gran idea.

Elisabeth llegó el primer día de junio arrastrada por ocho caballos a lo largo de la carretera que desde el río llevaba a Quinnipak, lo cual, si se quiere, podría ser tomado como emblema de cualquier teoría acerca de la dialéctica pasado y futuro. Si se quiere. Por la calle principal de Quinnipak Elisabeth desfiló entre las miradas sorprendidas y, en cierto modo, orgullosas de la ciudadanía. Para la ocasión, Pekisch había compuesto una marcha para banda y campanario que no resultó del todo clara al estar basada en la superposición de tres temas populares distintos: *Prados ancestrales*, *Cae la luz* y *Radiante será el mañana*.

—Una sola melodía seguro que no basta, dada la importancia de la ceremonia —había explicado. El hecho de que nadie hubiera objetado nada no debe sorprender, porque desde que, hacía ya doce años, Pekisch había tomado las riendas de la vida musical de la ciudad, todos se habían resignado en cierto modo a ser musicalmente anómalos y, en general, tendentes a la genialidad. Y pese a que aletease cierta nostalgia, aquí y allá, por los viejos tiempos en los que la gente se contentaba, en circunstancias semejantes, con el entrañable y antiguo *Triunfen las turbas* (inolvidable himno escrito por el padre Crest, que sólo más adelante se revelaría copiado de la discutible balada *Donde vuela el pajarito*), seguía siendo poco menos que general la convicción de que los recitales organizados por Pekisch representaban para la ciudad un motivo de orgullo. No era casualidad, por otra parte, que con ocasión de celebraciones, fiestas y festejos varios acudiera gente hasta de las ciudades vecinas para escuchar a la banda de Quinnipak, partiendo por la mañana de lugares donde la música era simplemente música y regresando por la noche con una magia de sonidos en la cabeza que después, ya en casa, se diluían en el silencio de una vida cualquiera, dejándose a sus espaldas sólo el recuerdo de algo extraordinario. Así era.

—Su banda ha tocado maravillosamente, Pekisch, de verdad... ha sido precioso.

—Gracias, señor Rail, gracias... también el tren era precioso, quiero decir, es una idea magnífica, una gran idea.

El tren, es decir, Elisabeth, fue colocado en el gran prado a los pies de la colina de la casa Rail, no lejos de la fábrica. Un examen más cuidadoso de los costes había convencido al señor Rail de que provisionalmente podían bastar —debían bastar— doscientos metros de vías: habían venido a montarlas, algunos días antes, los hombres del ingeniero Bonetti, que no dejaron de observar alegremente que era la vía férrea más corta que habían construido nunca.

—Es un poco como escribir una dirección en un sobre. La carta ya la

escribiremos más tarde y será larga, de doscientos kilómetros —explicó el señor Rail. El concepto no le quedó claro a todo el mundo, pero todos asintieron con mucha educación.

Fue pues en el comienzo de aquellos doscientos metros de raíles donde depositaron a Elisabeth, como a un niño en una cuna o una bala en el cañón de un revólver. Para que la fiesta fuera completa, el señor Rail dio orden de poner en marcha la caldera. En medio del más total de los silencios, los dos señores venidos de la capital encendieron la gran máquina, y ante centenares de ojos abiertos de par en par la pequeña chimenea empezó a escupir dibujos de humo y a desgranar en el aire los ruidos más extraños y los olores de un pequeño incendio redentor. Elisabeth vibraba, como el mundo antes de un temporal, murmuraba algo para sí en una lengua desconocida, acumulaba fuerzas para quién sabe qué clase de salto —¿estás seguro de que no estallará? —No, no estallará —era como si comprimiera en su interior cúmulos de odio para hacerlos estallar después sobre aquellos raíles silenciosos, o quizá fuera, por el contrario, afán, deseo, y alegría —lo cierto era que parecía el lentísimo y prodigioso replegarse de un gigante impasible que, para redimir quién sabe qué pena, hubiera sido convocado para levantar una montaña y arrojarla al cielo —es como cuando Stitt prepara el agua para el té —cállate, Pit —es igual —la gran olla que cocina el futuro —y cuando al final ese fuego de allí dentro quemó toda la espera de aquellos miles de ojos y la máquina parecía no poder contener más en su corazón toda aquella violencia y toda aquella espantosa fuerza, entonces, sólo entonces, con toda dulzura, como una mirada, nada más, empezó a deslizarse Elisabeth, como una mirada, muy despacio, sobre la exactitud virgen de sus dos raíles.

Elisabeth.

No tenía más que doscientos metros de vías ante sí, y bien lo sabían los dos hombres venidos de la capital que a los mandos de la gran máquina miraban hacia adelante midiendo metro tras metro lo que quedaba para robar el máximo de la velocidad a aquel mínimo espacio, entregados a un jueguito que, pensándolo bien, podía incluso llevarlos a la muerte, pero que no dejaba de ser, en todo caso, un juego, llevado a cabo para el estupor de todos aquellos ojos que vieron cómo Elisabeth adquiría poco a poco velocidad, aceleraba su marcha y desgranaba cada vez más lejos de sí la blanca estela de humo ardiente, hasta tal punto que se empezó a pensar que no podrían conseguirlo, que había decidido lanzarse de una vez por todas y hasta nunca, ¿puede suicidarse una locomotora?, no funcionarán los frenos, te lo digo yo, FRENAD, MALDITA SEA, ni un gesto en el rostro del señor Rail, sólo sus ojos arrebatados por el gran incendio en marcha, los labios entreabiertos de Jun, FRENAD, POR DIOS, cuarenta metros hasta el final, no más, ¿queda alguien sin contener la respiración?, el silencio, al final, el silencio absoluto y, en su interior, el

estrépito de la gran máquina, sólo aquel fragor ilegible, ¿qué va a pasar?, ¿es posible que todo esto deba acabar en la idiotez de una tragedia, es posible que no estén dispuestos a accionar esos malditísimos frenos, esos frenos malditos, es posible que de verdad tenga que pasar, es posible?, de verdad es posible, posible, posible, posible...

A continuación, lo que sucedió pareció suceder en un único nítido instante.

Uno de los señores venidos de la capital tiró de una cuerda.

Elisabeth disparó al aire un silbido lancinante.

*Mi bemol*, pensó automáticamente Pekisch.

El otro señor venido de la capital tiró bruscamente hacia él de una palanca de la altura de un niño.

Las cuatro ruedas de Elisabeth se clavaron en los raíles.

Se deslizaron inmóviles por el hierro ardiente de los raíles, desgarrando el aire con un chirrido inhumano e infinito.

Inmediatamente estallaron, en la fábrica cercana, doscientas quince copas de cristal, sesenta y un cristales de 10 x 10 ya listos para la empresa Trupper, ocho botellas con grabados de tema bíblico encargadas por la condesa Durtenham, un par de gafas pertenecientes al viejo Andersson, tres lámparas de cristal devueltas por defectuosas por la Casa Real, más una comprada, por defectuosa, por la viuda Abegg.

—Se ve que nos hemos equivocado en algo —dijo el señor Rail.

—Evidentemente —dijo el viejo Andersson.

—Treinta centímetros —dijo uno de los señores venidos de la capital bajando de la gran máquina.

—Incluso menos —dijo el otro señor venido de la capital mirando el ápice de raíl que quedaba hasta el simple y puro céspedes.

Silencio.

Después todos los gritos del mundo, y los aplausos y los sombreros volando —y todo un pueblo que corre a mirar esos treinta centímetros de hierro, incluso menos, para contemplarlos de cerca y decir, después, que eran treinta centímetros de hierro, incluso menos, casi nada. Casi nada.

Al anochecer, como todas las noches, llegó la noche. No hay nada que hacer: es algo que no se encomienda a nadie. Sucede y basta. No importa qué clase de día viene a apagar. Puede haber sido un día excelente, pero eso no cambia nada. Llega y lo apaga. Amén. Así, también aquella noche, como todas las noches, llegó la noche. El señor Rail estaba en su porche balanceándose en su mecedora, mirando a Elisabeth allá abajo en el gran prado, apuntando a la puesta de sol. Así, de lejos, así, desde lo alto, la parecía muy pequeña, como no la había visto nunca.

—Parece estar terriblemente sola —dijo Jun.

—¿Te gusta?

—Es extraña.

—¿Qué quieres decir con extraña?

—No lo sé, me la imaginaba más larga... y más complicada.

—Algún día quizá las hagan más largas y más complicadas.

—Me la imaginaba de colores.

—Pero es hermosa así, del color del hierro.

—Cuando corra bajo el sol brillará como un espejo y se la podrá ver desde lejos, ¿verdad?

—Desde muy lejos, como un espejito que se aleja deslizándose en medio de los prados.

—¿Y nosotros la veremos?

—Claro que la veremos.

—Quiero decir, ¿no estaremos ya muertos para cuando por fin consiga partir?

—No, por Dios. Claro que no. Para empezar, nosotros dos no moriremos nunca, y en segundo lugar, a pesar de lo que tú digas, esos raíles que ahora, de acuerdo, son exageradamente cortos, muy pronto serán largos, más de doscientos kilómetros, doscientos te digo, y tal vez sea ya este mismo año, tal vez para Navidad esos dos raíles...

—Estaba bromeando, señor Rail.

—... pongamos incluso un año, un año entero, dos como máximo: yo te digo que pondré sobre esas vías un tren de tres, cuatro vagones, y arrancará y...

—He dicho que estaba bromeando.

—No, no era una broma, tú crees que estoy loco y que el dinero para que ese tren arranque no lo encontraré jamás, eso es lo que crees.

—Yo creo que estás loco, y que precisamente por eso vas a encontrar ese dinero.

—Te digo que ese tren arrancará.

—Ya lo sé, arrancará.

—Arrancará y devorará a cien por hora kilómetros y kilómetros, llevando consigo decenas y decenas de personas, sin que le importen las colinas, los ríos y las montañas y sin tomar una sola curva, en línea recta como el disparo de una enorme pistola, llegará al final, en un abrir y cerrar de ojos, llegará triunfalmente a Morivar.

—¿Adónde?

—¿Cómo?

—¿Adónde llegará ese tren?

—Llegará... a algún sitio llegará, a una ciudad quizá, llegará a una ciudad.

—¿A qué ciudad?

—A una ciudad, una ciudad cualquiera, irá siempre recto y al final se topará con alguna ciudad, ¿no?

—¿A qué ciudad llegará tu tren, señor Rail?

Silencio.

—¿A qué ciudad?

—Es un tren, Jun, no es más que un tren.

—¿A qué ciudad?

—A una ciudad.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—¿A qué ciudad?

—A Morivar. Ese tren llegará a Morivar, Jun.

Y entonces Jun se dio lentamente la vuelta y entró en casa. Se deslizó en la oscuridad de las habitaciones y desapareció. Sin darse la vuelta, el señor Rail permaneció mirando fijamente a Elisabeth, allá abajo, y sólo tras algunos instantes dijo algo, pero en voz muy baja, como para sí mismo, con un hilo de voz.

—Ámame, Jun.

Y basta.

Algo que, visto desde lejos, podría parecer un gajo cualquiera de una vida cualquiera. Un hombre en su mecedora, una mujer que se da la vuelta, lentamente, y entra en casa. Prácticamente nada. Crepita la vida, abrasa instantes feroces y a los ojos de quien pasa incluso sólo a veinte metros de allí no es más que una imagen como otra cualquiera, sin sonido y sin historia. Así era. Y, sin embargo, el que pasaba, aquella vez, era Mormy.

Mormy.

Vio a su padre en la mecedora y a Jun entrar en casa. Sin sonido y sin historia. Por una mente cualquiera aquella imagen se habría deslizado durante un instante, desapareciendo para siempre. En la suya quedó impresa como una huella, clavada, bloqueada. La de Mormy era una mente extraña. Tenía un extraño instinto, tal vez, para reconocer la vida incluso desde lejos. La vida cuando vive con más fuerza de lo normal. La reconocía. Y quedaba como hipnotizado por ella.

Los demás veían como ven todos. Una cosa detrás de la otra. Como una película. Mormy no. Quizá las cosas le pasaran por los ojos en fila, una detrás de otra, ordenadamente, pero luego había una que lo arrebatava: y ahí él se detenía. En su mente permanecía aquella imagen. Allí quieta. Las demás resbalaban hacia la nada. Para él ya no existían. Avanzaba el mundo, y él, arrebatado por un estupor lancinante, se quedaba atrás. Por ejemplo: cada año se corría a caballo en la calle de Quinnipak, desde la primera casa de Quinnipak hasta la última, serían unos mil quinientos metros, quizás algo menos, corrían a caballo casi todos los hombres de Quinnipak, cada uno con su caballo, de un extremo al otro de la ciudad, por la calle principal, que en definitiva era la única auténtica calle, se corría para ver, ese año, quién llegaba el

primero a la última casa de la ciudad, cada año, y cada año, obviamente, había uno que al final ganaba y se convertía en el que, ese año, había ganado. Así era. Y obviamente casi todo el mundo acudía a ver aquel caótico y fragoroso y febril rodar de caballos, polvo y gritos. Y acudía también Mormy. Pero él... Él los veía partir: veía el instante en el que la masa informe de caballos y jinetes se retorció como un ardiente muelle aplastado hasta lo inverosímil para poder saltar después con toda la fuerza posible, en un tumulto sin dirección y sin jerarquías, un grumo de espasmos y cuerpos y rostros y patas, todo ello en el vientre de una polvareda que se levantaba, cargada de gritos, entre el silencio total que la rodeaba, un instante de exasperante nada antes de que el tañido de la campana, arriba, desde el campanario, liberase todo y a todos de una vez de aquella opresiva incertidumbre y rompiera el dique de la espera para desencadenar la frenética marea que era la carrera propiamente dicha. Entonces partían: pero la mirada de Mormy permanecía allí: en aquel instante que venía antes de todo lo demás. Los miles de rostros de la gente se desplazaban para seguir la loca progresión de hombres y caballos; aquellas miradas giraban todas a la vez, todas menos una: porque el rostro de Mormy permanecía fijo en el punto de salida, minúsculo estrabismo incrustado en la mirada colectiva que se desplazaba compacta detrás de la carrera. El hecho es que en los ojos, y en la mente, y a lo largo de los nervios, él aún tenía aquel instante. Seguía viendo el polvo, los gritos, las caras, los animales, los olores, la espera exasperante de aquel momento. Que se convertía, sólo para él, en un momento interminable, un cuadro depositado en el fondo del alma, fotografía de la mente, y encantamiento, y magia. Así corrían los demás hasta el final y vencía el vencedor entre el gran clamor de todos: pero Mormy todo eso no lo veía nunca. Él la carrera se la perdía siempre. Anclado en la salida, arrebatado. Después, podía ocurrir que el gran alboroto general lo despertara, de repente, y aquel instante de la salida se le desvanecía en los ojos, volvía al mundo y lentamente desplazaba la mirada hacia la meta, adonde todos corrían gritando esto y aquello, con tal de gritar, por el mero gusto de haber gritado. Desplazaba la mirada lentamente y volvía a montar en el carro del mundo, con todos los demás. Listo para la próxima parada.

En realidad era el estupor lo que le perdía. Carecía de defensas contra la maravilla. Había cosas que cualquier otro podía ver tranquilamente, tal vez le impresionaran incluso un poco, tal vez se detuviera incluso un momento, pero después, en el fondo, era una cosa como tantas otras, ordenadamente en fila con las demás. Pero para Mormy esas mismas cosas eran prodigios, estallaban como hechizos, se convertían en visiones. Podía ser la salida de una carrera de caballos, pero podía ser sencillamente un repentino golpe de viento, una carcajada en el rostro de alguien, el borde de oro de un plato, o una minucia. O su padre en la mecedora y Jun dándose lentamente la vuelta y entrando en casa.



La vida hacía un movimiento: y la maravilla se adueñaba de él.

El resultado era que Mormy poseía del mundo una percepción, por decirlo así, intermitente. Una sarta de imágenes fijas —maravillosas— y jirones de cosas perdidas, borradas, que jamás llegaron hasta sus ojos. Una percepción sincopada. Los demás percibían el devenir. Él coleccionaba imágenes que eran y basta.

—¿Está loco Mormy? —preguntaban los otros chiquillos.

—Sólo él lo sabe —respondía el señor Rail.

La verdad es que se ven y se oyen y se tocan tantas, tantas cosas... es como si lleváramos dentro de nosotros a un viejo narrador que todo el rato no hiciera más que contarnos una historia jamás acabada y rica en miles de detalles. Él nos la relata, sin detenerse jamás, y eso es la vida. Al narrador que estaba en las vísceras de Mormy tal vez se le hubiera roto algo dentro, tal vez algún dolor muy suyo le hubiera provocado esa especie de cansancio por el que ya no era capaz más que de relatar jirones de historias. Y, entre uno y otro, silencio. Un narrador derrotado por quién sabe qué herida. Quizá lo hubiera perdido la marranada de alguien, lo hubiera abrasado el estupor de una jodida traición. O tal vez fuera la belleza de lo que relataba lo que lo había ido poco a poco consumiendo. La maravilla le estrangulaba las palabras en la garganta. Y en sus silencios, que eran enmudecida emoción, reposaban los agujeros negros de la mente de Mormy. Quién sabe.

Hay quienes llaman ángel al narrador que llevan en su interior y que les relata la vida. Quién sabe cómo eran las alas del ángel de Mormy.

## 2

Despacio. Despacio, como si estuviera caminando sobre una telaraña.

Despacio.  
Como la carcoma.

Seguía preguntándose si alguna vez lo perdonaría.

*621. Demonios. Ángeles malogrados. Bellísimos, sin embargo.*

El musgo. Eso es: el musgo.

De todas formas no habría sucedido si al salir no hubiera pasado por delante de aquel espejo, de modo que tuvo que detenerse y volver atrás, para colocarse delante del espejo, inmóvil. Y mirarse.

... subiendo por los labios de Jun...

Era justo al atardecer. El sol, ya bajo entre las colinas, reclinaba desmesuradamente las sombras. Y se puso a llover, así, de repente. Magia.

Le bajó la angustia al alma como un trago de aguardiente por la garganta... enloqueció de golpe... no como los que lo hacen poco a poco...

Deja que se quemé esa vela, no la apagues, por favor. Si me quieres, no la apagues.

El señor Rail se ha marchado. El señor Rail volverá.

Se acordaba de todo, pero no del nombre. Se acordaba incluso del perfume que llevaba. Pero no del nombre.

... que si a uno se lo preguntaran, de qué color es el cristal, este jarrón de cristal, por ejemplo, de qué color es, y él no tuviera más remedio que responder, responder con el nombre de un color...

Pero ésa era la última frase del libro.

Una carta que uno espera desde hace años y luego un día llega.  
Y luego, al final, apoyar la cabeza en el cojín para...

Corre Pit, bañado en lágrimas, corre hasta perder el aliento el chiquillo, gritando «El viejo Andersson, el viejo Andersson...», grita y corre, bañado en lágrimas.

Cuando te levantas y el mundo entero está helado, y todos los árboles del mundo helados, y todas las ramas de todos los árboles del mundo heladas.  
Millones de agujas de hielo que tejen la gélida manta bajo la cual después...

Lo he oído perfectamente. Eso era un grito.

—En último caso, se podría incluso acortar un poco esa chaqueta. Si no es más que una cuestión de unos centímetros, se podrían hacer un par de retoques...

—Ni pensar en acortar nada. Con el destino no se hacen trampas.

Pekisch y la viuda Abegg, sentados en el porche, uno frente al otro.

Sucedían cosas horrendas, en ocasiones. Por ejemplo, una vez Yelger bajó a sus campos para disfrutar del aire gélido de la mañana, no había hecho nunca nada malo, era un hombre justo, se puede decir bien alto que era un hombre justo, como lo había sido su padre, el viejo Gurrel, el que por las noches contaba historias delante de todos, la más hermosa era aquella en la que un hombre se perdía en su casa, buscaba la salida durante días, no la encontraba, seguía así durante varios días, después, al final, cogía el fusil bajo el brazo...

*Estimado Sr. Rail:*

*Me siento en la obligación de confirmarle cuanto ya le ha sido comunicado documentalmente en nuestra última carta. Los costes relativos a la realización de la vía férrea no pueden en manera alguna experimentar más rebajas de las ya aplicadas por nuestra parte. A pesar de todo, el ingeniero Bonetti se ha planteado si no sería*

*posible, en una primera fase, pensar en la realización de...*

Nevó. Sobre el mundo entero y sobre Pekisch. Un sonido hermosísimo.

—En último caso se podría incluso alargar un poco esa chaqueta. Nada más que un par de centímetros, así, a escondidas...

—Ni pensar en alargar nada. Con el destino no se hacen trampas.

Pehnt y Pekisch, de pie, sobre la colina, mirando lo más lejos posible.

—Eso sí que no, eso no me lo puedes hacer a mí, Andersson.

Allí estaba el viejo Andersson, acostado, con sus ojos claros clavados en el techo y el corazón dentro, dándose de bofetadas con la muerte.

—No te puedes marchar así, por Dios, no hay ni una sola razón para que te vayas, ¿qué te crees?, ¿que sólo porque eres viejo puedes marcharte y dejarme aquí?, adiós a todos y hala, no es tan sencillo, querido Andersson, no, tomémoslo como un ensayo general, ¿de acuerdo?, ¿que has querido probar?, pues muy bien, pero ahora basta ya, ahora todo vuelve a ser como siempre y ya hablaremos más adelante, las cosas ya se harán mejor la próxima vez, ahora basta ya, sal de ahí, Andersson... ¿y qué voy a hacer yo?... yo aquí solo, maldición... aguanta un poco más, te lo ruego... aquí no se muere nadie, ¿te enteras?, aquí en mi casa no se muere nadie... aquí.

Allí está, el viejo Andersson, acostado, con sus ojos claros clavados en el techo y el corazón dentro, dándose de bofetadas con la muerte.

—Escucha, lleguemos a un acuerdo... si quieres marcharte, pues muy bien, te irás, pero no ahora, podrás marcharte el día en el que parta mi tren... entonces podrás hacer lo que quieras, pero no antes... prométemelo, Andersson, prométeme que no te morirás antes de que mi tren haya partido.

El viejo Andersson habla con un hilillo de voz.

—¿Quieres un consejo, señor Rail? Date prisa para poner en marcha ese bendito tren.

Claro que él la amaba. Si no, ¿por qué la había matado? Y de esa manera, además.

Jun que baja corriendo por el sendero, hasta perder el aliento. Se detiene al final, apoyándose en la empalizada. Mira el camino, ve una pequeña nube de polvo que se acerca. El cabello revuelto, la piel brillante, dentro de la ropa su cuerpo acalorado, la

boca abierta, con la respiración jadeante. Poder estar tan cerca como para sentir el olor del cuerpo de Jun.

*1016. Ballena. El pez más grande del mundo (pero se lo han inventado los marineros del norte) (casi seguramente).*

—He acabado aquí porque así han ido las cosas. No hay ninguna otra razón. He acabado aquí como un botón en un ojal, y aquí me he quedado. Alguien, en algún sitio, se habrá levantado una mañana, se habrá puesto los pantalones, después se habrá puesto la camisa, habrá empezado a abrochársela: un botón, luego el segundo, luego el tercero, luego el cuarto y el cuarto era yo. Así es como he acabado aquí.

Pekisch ha cogido el viejo armario ropero de la viuda Abegg, le ha quitado las puertas, lo ha volcado en el suelo, ha cogido siete cuerdas de tripa iguales, las ha clavado por una punta a un extremo del mueble y las ha tensado hasta el otro extremo, donde las ha atado a unas pequeñas clavijas. Hace girar las clavijas y modifica en algunos milímetros la tensión de las cuerdas. Las cuerdas son muy finas, cuando Pekisch las hace vibrar emiten una nota. Pasa las horas moviendo imperceptiblemente esas clavijas. Nadie advierte ninguna diferencia entre una cuerda y la otra: parece como si sonaran siempre con la misma nota. Pero él mueve las clavijas y oye decenas de notas distintas. Son notas invisibles: se ocultan tras las que todos pueden oír. Pasa las horas persiguiéndolas. ¿Enloquecerá, quizás, algún día?

El primer lunes de cada mes bajaban cuatro o cinco hasta el gran prado y se ponían a lavar a Elisabeth. Le quitaban de encima la suciedad y el tiempo.

—¿No se olvidará de correr a fuerza de estarse aquí parada?

—Las locomotoras tienen una memoria de hierro. Como todo lo demás, por otra parte. Llegado el momento, se acordará de todo. De todo.

Cuando estalló la guerra, fueron veintidós los que desde Quinnipak partieron para luchar. El único que volvió vivo fue Mendel. Se encerró en casa y permaneció callado durante tres años. Después volvió a hablar. Las viudas, los padres y las madres de los caídos empezaron a ir a verlo para saber qué había sido de sus maridos y de sus hijos. Mendel era un hombre ordenado. «En orden alfabético», dijo. Y la primera en acudir a verlo, una noche, fue la viuda de Adlet. Mendel cerraba los ojos y empezaba a contar. Contaba cómo habían muerto. La viuda de Adlet volvió la noche siguiente, y la siguiente. Y así, durante semanas. Mendel lo contaba todo, se acordaba de todo, y mucho sabía imaginárselo. Cada muerte era un largo poema. Después de mes y medio, les tocó a los padres de Chrinnemy. Y así siguió. Habían pasado seis años

desde que Mendel había vuelto. Todas las noches, ahora, iba a verlo el padre de Oster. Oster era un jovencito rubio que gustaba a las mujeres. Estaba huyendo y gritando de terror cuando la bala le entró por la espalda y le destrozó el corazón.

*1221. Corrección del 1016. Las ballenas existen de verdad y los marineros del norte son personas de fiar.*

Mormy crecía y los ojos de las criaditas de la casa Rail lo miraban con el deseo zumbándoles dentro. Jun también lo miraba y pensaba cada vez más: «Aquella mujer debía de ser hermosísima». Se comportaba con él como se hubiera comportado una madre. Pero no pensaba jamás que podría llegar a serlo de verdad. Ella era Jun, y basta. Un día estaba frotándole la espalda, arrodillada delante de la tina repleta de agua hirviendo. A él no le gustaba el agua hirviendo, pero le gustaba que Jun estuviera allí. Permanecía inmóvil, en el agua. Jun dejó caer el trapo enjabonado y pasó su mano por aquella piel color de bronce. ¿Qué era? ¿Un muchacho o un hombre? ¿Y qué era ella para él? Le acarició los hombros, «antes yo tenía una piel así —pensó—, una piel como si nunca la hubiera tocado nadie». Mormy seguía inmóvil, con los ojos muy abiertos. La mano de Jun se alzó lentamente hasta su cara, rozó sus labios y se detuvo allí un instante, en la más pequeña caricia del mundo. Después se bajó de repente, recogió del agua el trapo enjabonado y se lo puso en la mano a Mormy. Jun aproximó su rostro al de Mormy.

—Úsalo tú solo, ¿vale? De ahora en adelante es mejor que lo uses tú mismo.

Jun se levantó y se dirigió hacia la puerta. Fue en aquel momento cuando Mormy dijo una de las treinta palabras de aquel año:

—No.

Jun se dio la vuelta. Lo miró fijamente a los ojos.

—Sí.

Y se marchó.

La banda de Pekisch ensayaba cada martes por la tarde. El humanófono ensayaba los viernes. El martes ensayaba la banda. Así era.

Habiendo muerto Rol Fergusson, el Bazar Fergusson e Hijos se llamará de ahora en adelante Bazar Hijos de Fergusson.

—¿Qué era ese berrido, Sal?

—Era un *do*, Pekisch.

—Ah, ¿conque eso era un *do*?

—Algo parecido.

—Eso es una trompeta, Sal, no un elefante.

—¿Qué es un elefante?

—Luego te lo explico, Gasse.

—Eh, ¿habéis oído?, Gasse ni siquiera sabe lo que es un elefante...

—Silencio, por favor...

—Es un árbol, Gasse, un árbol que hay en África.

—Y yo que sé, nunca he estado en África...

—¿Vamos a ensayar o vamos a hacer un debate sobre la flora y la fauna africanas?

—Espera, Pekisch, que se me engancha siempre esta maldita tecla...

—Eh, ¿quién es el cabrón que me ha quitado mi vaso...?

—Oye, ¿quieres echarte un poco para atrás con ese bombo?, me retumba en la cabeza, ya no entiendo nada.

—... lo había dejado aquí, me acuerdo perfectamente, ¿me estáis tomando el pelo o qué?...

—Silencio, volvemos a empezar por la nota veintidós...

—... bueno, pues que sepáis que me había meado dentro de ese vaso, ¿entendido? Me había meado dentro...

—¡MALDICIÓN! HE DICHO QUE VALE YA DE TODAS ESTAS IDIOTECES.

Dado que era martes, la que ensayaba era la banda. El humanófono ensayaba los viernes. El martes, en cambio, la banda. Así era.

Vino un médico y dijo

—Tiene el corazón hecho polvo. Podría vivir una hora o un año, nadie puede saberlo.

El viejo Andersson podía morir al cabo de una hora o de un año, y lo sabía.

Pehnt empezó a peinarse y la viuda Abegg dedujo de ello, con científica exactitud, que se había enamorado de Britt Ruwett, hija del pastor Ruwett y de su mujer Isadora. Estaba claro que se imponía un discursito. Se sentó a solas con Pehnt, adoptó el tono vagamente militar de las grandes ocasiones y le habló de los hombres, de las mujeres, de los niños y de todo lo demás. No tardó más de cinco minutos.

—¿Preguntas?

—Todo eso es increíble.

—Es increíble, pero funciona.

Pehnt se había enamorado.

Pekisch le regaló un peine.

La verdad es que la vida resulta extraña a veces. El señor Rol Fergusson del Bazar Fergusson e Hijos, ahora Bazar Hijos de Fergusson, ha dejado un testamento. En él está escrito que deja todo a una tal Betty Pun, atractiva señorita soltera de

Prinquik. Ahora el Bazar se llama Bazar Betty Pun.

Jun abre un armario y saca un paquete. Dentro hay un libro, completamente escrito con una caligrafía diminuta, en tinta azul. No lo lee, se limita a abrirlo apenas, después recompone el paquete, lo mete en el armario y vuelve a vivir.

Una cama, cuatro camisas, un sombrero gris, unos zapatos con cordones, el retrato de una señora morena, una selección de la Biblia encuadernada en negro, un sobre con tres cartas en su interior, un cuchillo envainado en su funda de cuero.

Katek no poseía nada más cuando lo encontraron ahorcado en su propia habitación, desnudo como un gusano. Ahora bien, se impone claramente la pregunta: ¿por qué cuatro? ¿Para qué quería alguien como él cuatro camisas?

Todavía se balanceaba cuando lo encontraron.

*Estimado ingeniero Bonetti:*

*Como ya habrá podido constatan no me ha sido posible enviarle el anticipo que considera usted, no sin razón, indispensable para poder mandar aquí a sus hombres al objeto de comenzar con la construcción de mi línea ferroviaria.*

*Por desgracia, los últimos impuestos sobre el carbón decretados por el nuevo gobierno...*

La verdad es que la vida resulta extraña a veces. La señora Adelaide Fergusson, mujer del difunto Rol Fergusson del Bazar Fergusson e Hijos, después Bazar Hijos de Fergusson y ahora definitivamente Bazar Betty Pun, ha muerto de congoja tras sólo veintitrés días viendo cómo cada mañana Betty Pun, embutida en un corpiño de vértigo, llegaba y abría el bazar que durante años había sido suyo. Resistió sólo veintitrés días. Había sido una mujer devota e irreprochable. Murió babeando, de noche, pronunciando una sola, exacta, palabra: «Hijoputa».

*1901. Sexo. PRIMERO quitarse las botas, DESPUÉS los pantalones.*

El viejo Andersson había vivido siempre en dos habitaciones, en la planta baja de la fábrica. Y allí, muy despacio, se moría. No había habido manera de llevarlo arriba, a la casa grande. Había querido permanecer allí, junto al ruido de los hornos y otras mil cosas que él sabía. El señor Rail iba cada día a visitarlo, al ponerse el sol. Entraba y decía siempre:

—Buenas, soy ése a quien has prometido no morirte.

Y el viejo Andersson siempre respondía:

—Vaya promesa de los cojones.

Siempre, excepto ese día, cuando no respondió nada. Ni siquiera abrió los ojos.

—Eh, viejo Andersson, soy yo, despierta... no me gastes bromas estúpidas, soy



yo...

Andersson abrió los ojos.

—Ten, te he traído esto para que lo veas... son las copas para el conde Rigkert, les hemos añadido un borde azul turquesa, ahora todo el mundo las quiere así, alguna estúpida condesa las habrá lucido en quién sabe qué recepción idiota de la capital y así ahora nos toca meter el azul turquesa...

Andersson no apartaba los ojos del techo.

—... sabes, ahora a todo el mundo le ha dado por los cristales del este, que si no hay nada mejor, que si hay que ver qué finura de elaboración, e historias así... y así las cosas no es que vayan muy bien, quizás habría que inventarse algo, nos harías falta tú, Andersson... habría que inventarse algo genial, un hallazgo, algo... si no, me parece que te tocará esperar bastante antes de que consiga hacer que arranque ese tren, si quieres morirte, tendrás que ponerte manos a la obra, vaya... o sea, lo que quiero decir... ¿te gustan así, azul turquesa?, ¿eh, Andersson?, ¿a que son horrendas?, dime la verdad...

El viejo Andersson lo miró.

—Escúchame, Dann...

El señor Rail enmudeció.

—... escúchame.

La verdad es que la vida resulta extraña a veces. Los dos hijos de Rol y Adelaide Fergusson enterraron a su madre un martes. El jueves entraron, por la noche, en casa de Betty Pun, la violaron, primero uno y después el otro, y a continuación le destrozaron el cráneo con la culata del fusil. Betty Pun tenía un pelo rubio precioso. Fue una pena toda aquella sangre. El viernes el Bazar homónimo permaneció cerrado.

En la habitación más a la izquierda, en el primer piso, Pekisch ponía a la señora Paer a cantar Dulces aguas. En la habitación más a la derecha ponía a la señora Dodds a cantar *Los días del halcón han acabado*. Ambas estaban de pie, delante de la ventana cerrada que daba a la calle. Pekisch, en medio del pasillo, les daba la señal de inicio golpeando en el suelo cuatro veces. A la cuarta, al mismo tiempo, empezaban a cantar. Abajo, en la calle, estaba el público. Una treintena de personas, cada una con una silla traída de casa. La señora Paer y la señora Dodds, como dos cuadros enmarcados por la ventana, cantaban durante unos ocho minutos, poco más o menos.

Terminaban exactamente a la vez, la primera con un sol, la segunda con un la bemol. Abajo, en la calle, llegaba un canto que parecía venir de muy lejos y que hacía pensar en una voz que se hubiera replegado sobre sí misma como un insecto amenazado. Pekisch había titulado todo esto *Silencio*. En secreto, se lo había dedicado a la viuda Abegg. Ella no lo sabía.

2389. *Revolución. Estalla como una bomba, la sofocan como un grito. Héroes y baños de sangre. Lejos de aquí.*

«Si solamente tuviera los ojos para poder mirar desde lejos —verdaderamente desde lejos— a la viuda Abegg mientras baja a la cocina por la mañana y prepara la cafetera, entonces tal vez pudiera pensar “allí sería feliz”». De vez en cuando, la viuda Abegg tenía unas ideas muy extrañas.

—Escúchame... ¿tú tienes idea de dónde quieres ir a parar?

—¿A parar?

—Quiero decir... por qué has hecho todo eso... y qué pasará después.

—¿Después de qué?

El viejo Andersson volvió a cerrar los ojos. Sentía el peso de un cansancio maldito, de un cansancio.

—¿Sabes una cosa, Dann?, al final, cuando todo haya acabado, no habrá nadie por aquí que haya conseguido reunir tantas gilipolleces como tú.

—No acabará nada, Andersson.

—Oh, claro que acabará... y tú te quedarás allí, con una ristra de errores encima que no puedes ni imaginártela...

—¿Qué dices, Andersson?

—Lo que digo... lo que quisiera decirte... no abandones nunca.

Levantó la cabeza, el viejo Andersson, quería hablar y que se le entendiera bien todo, perfectamente bien.

—Tú no eres como los demás, Dann, tú haces ciertas cosas, muchas cosas, y además te imaginas otras, y es como si no te bastara una vida sola para abarcarlas todas. No sé... a mí la vida me parecía ya tan difícil... me parecía ya una empresa vivirla y basta. Pero tú... tú parece como si tuvieras que vencer a la vida, como si fuera un desafío... parece como si quisieras derrotarla completamente... o algo parecido. Una cosa extraña. Es como hacer muchas bochas de petanca de cristal... y grandes... antes o después te estallará alguna... y a ti quién sabe cuántas te han estallado ya, y cuántas te estallarán... Sin embargo...

No era exactamente que el viejo Andersson consiguiera hablar, conseguía apenas murmurar. De vez en cuando le desaparecía alguna palabra, pero ahí estaba, en alguna parte estaba, y el señor Rail sabía dónde.

—Sin embargo, cuando la gente te diga que te has equivocado... y tengas errores por todas partes a tus espaldas, que te la sople. Recuérdalo, que te la sople. Todas las bochas de cristal que habrás roto no eran más que la vida éstos no son errores... es la vida... y la vida verdadera tal vez sea precisamente la que se rompe, esa vida entre cien que al final se rompe yo esto lo he comprendido, que el mundo está repleto de

gente que va por ahí con sus pequeñas canicas en el bolsillo... sus pequeñas y tristes canicas irrompibles... así que tú, pues, no dejes nunca de soplar en tus esferas de cristal... son hermosas, a mí me ha gustado verlas durante todo el tiempo que he estado a tu lado... son tantas las cosas que se ven dentro... es algo que le da alegría al cuerpo... no abandones nunca... y si un día estallan, eso también será la vida, a su manera... una maravillosa vida.

El señor Rail tenía dos copas de cristal en la mano. Borde azul turquesa. La moda de entonces. No dijo nada. Callaba también el viejo Andersson. Permanecieron allí, hablándose en silencio, durante un tiempo infinito. La oscuridad se había hecho absoluta y no se veía ya nada cuando la voz de Andersson dijo

—Adiós, señor Rail.

Una oscuridad absoluta, de darse con las paredes.

—Adiós, Andersson.

El viejo Andersson murió con el corazón partido, aquella misma noche, murmurando una sola, exacta, palabra: «Mierda».

con el corazón partido, aquella misma noche, murmurando una sola, exacta, palabra: «Mierda».

aquella misma noche, murmurando una sola, exacta, palabra: «Mierda».

murmurando una sola, exacta, palabra: «Mierda».

una sola, exacta, palabra.

una sola.

Y, sin embargo,

si por ejemplo se pudiera en el mismo instante, justo en el mismo instante, al mismo tiempo —si se pudiera apretar una rama helada en la mano, beber un sorbo de aguardiente, ver volar una carcoma, tocar el musgo, besar los labios de Jun, abrir una carta que se espera desde hace años, mirarse al espejo, apoyar la cabeza en la almohada, acordarse de un nombre olvidado, leer la última frase de un libro, oír un grito, tocar una telaraña, advertir que alguien nos llama, dejar que se nos caiga de la mano un jarrón de cristal, cubrirse la cabeza con la manta, perdonar a alguien nunca perdonado...

Así era. Porque quizás estaba escrito que tenían que pasar todas aquellas cosas, en procesión, antes de que llegara aquel hombre. Una detrás de la otra, pero también, en

cierto modo, una dentro de la otra. Apiladas en la vida. Un viaje del señor Rail, el verano más cálido de los últimos cincuenta años, los ensayos de la banda, el librito violeta de Pehnt, aquellos muertos, Elisabeth inmóvil, la belleza de Mormy, el primer amor de Pehnt, palabras a millones, el último aliento del viejo Andersson, Elisabeth que sigue ahí, las caricias de Jun, los que nacieron, los días unos detrás de los otros, ochocientas copas de cristal de todas las formas, centenares de martes con el humanófono, el pelo blanco de la viuda Abegg, las lágrimas verdaderas y las falsas, otro viaje del señor Rail, la primera vez que Pekisch se convirtió en el viejo Pekisch, veinte metros de raíles mudos, los años unos detrás de los otros, el deseo de Jun, Mormy en el pajar con las manos de Stitt encima, las cartas del ingeniero Bonetti, la tierra que se cuarteaba por la sed, la ridícula muerte de Ticktel, Pekisch y Pehnt, Pehnt y Pekisch, la nostalgia de cómo hablaba Andersson, el odio aparecido a traición en la cabeza, la chaqueta cada vez más justa, volver a encontrarse con Jun, la historia de Monivar, los miles de sonidos de una banda sola, pequeños milagros, esperar a que pase, acordarse de cuando se detuvo una nada antes de acabar fuera de los raíles, las debilidades y las venganzas, los ojos del señor Rail, los ojos de Pehnt, los ojos de Mormy, los ojos de la viuda Abegg, los ojos de Pekisch, los ojos del viejo Andersson, los labios de Jun. Un montón de cosas. Como una larga espera. Parecía que no fuera a acabar nunca. Y tal vez no habría acabado nunca si al final no hubiera llegado aquel hombre.

Elegante, cabello alborotado, un enorme cartapacio de cuero marrón. De pie en el umbral de la casa Rail, con el recorte de un viejo periódico en la mano. Se lo acerca a los ojos, lee algo, antes de decir, con una voz que parece lejana

—Busco al señor Rail... al señor Rail, de Cristalerías Rail.

—Soy yo.

Se mete en el bolsillo el recorte de periódico. Deja el cartapacio en el suelo. Mira al señor Rail, pero no a los ojos.

—Me llamo Hector Horeau.

### 3

En cierto sentido todo había comenzado once años antes, el día en que Hector Horeau —que a la sazón tenía once años menos—, hojeando una gaceta parisina, no pudo dejar de advertir el singular texto del anuncio al que la firma Duprat y Cía. confiaba la suerte comercial del *Essence d'Amazilly, odorante et antiseptique, Hygiène de toilette*.

«Además de las incomparables ventajas que ofrece a las señoras, esta esencia posee también virtudes higiénicas, susceptibles de ganar la confianza de todos aquéllos que tengan a bien dejarse convencer por su acción terapéutica. A pesar de que nuestra agua no tenga, en efecto, el poder de borrar, como la fuente de la eterna juventud, el número de los años, posee sin embargo, entre otros méritos —algo que, según nuestra opinión, no debe ser menospreciado—, el de restablecer el intacto esplendor y la pasada magnificencia de ese órgano perfecto, obra maestra del Creador, que por su elegancia, pureza y gracia de sus formas constituye el maravilloso ornato de la mitad más bella de la humanidad. Sin la favorecedora intervención de nuestro descubrimiento, este ornato, tan precioso como delicado, y semejante por la gracia frágil de sus formas secretas a una flor delicada que se marchita ante la primera tempestad, apenas sería una fugaz aparición del esplendor, destinada, una vez pasada, a apagarse bajo el aliento maléfico de la enfermedad, de las fatigosas exigencias de la lactancia o del abrazo funesto del cruel corsé. Nuestra esencia d'Amazilly, ideada para exclusivo interés de las señoras, responde a las exigencias más acuciantes e íntimas de la toilette femenina».

Hector Horeau pensaba, sin paliativos, que aquello era literatura. La perfección de aquel texto lo desconcertaba. Estudiaba la precisión de los incisos, la imperceptible concatenación de las relativas, la dosificación refinadísima de los adjetivos. «*El abrazo funesto del cruel corsé*»: ahí se llegaba a rozar la poesía. Sobre todo le encantaba aquella mágica capacidad de escribir líneas y líneas sobre algo cuyo nombre, sin embargo, se omitía. Una prolija catedral sintáctica construida sobre una semilla de pudor. Genial.

No había leído mucho durante su vida Hector Horeau. Pero jamás había leído algo tan perfecto. Y por tanto se puso diligentemente a recortar ese rectángulo de papel al objeto de que escapara al destino, justamente reservado a cierta clase de papel impreso, de desaparecer en el olvido del día siguiente. Recortaba. Y fue así como por un imponderable juego de fortuitas contraposiciones y limítrofes casualidades su mirada recayó sobre un titular que anunciaba, se podría decir que en voz baja, un evento que en efecto no era precisamente memorable.

*Importante paso adelante de la industria del cristal.*

Y más pequeño:

### *Revolucionaria patente.*

Hector Horeau dejó las tijeras y se puso a leer. No eran más que unas cuantas líneas. Decían que la premiada empresa Cristalerías Rail, ya conocidas por su refinada producción de cristalerías de lujo, había puesto en marcha un nuevo sistema de fabricación capaz de producir láminas de un cristal finísimo (3 mm) de un generoso metro cuadrado de superficie. El sistema había sido patentado con el nombre de «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*», y quedaba a disposición de todos aquellos que, por cualquier razón, estuvieran interesados.

Era de presumir que personas de esa clase no habría a fin de cuentas muchas. Pero Hector Horeau era una de ellas. Era arquitecto y desde siempre alimentaba una idea muy precisa: el mundo resultaría sin duda mejor si se empezaran a construir casas y edificios no de piedra, no de ladrillo, no de mármol, sino de cristal. Perseguía tenazmente la hipótesis de ciudades transparentes. Por la noche, en el silencio de su pequeño despacho, oía nítidamente el sonido de la lluvia sobre las grandes arquerías de cristal que debían cubrir los grandes *boulevards* parisienses. Si cerraba los ojos era capaz de oír los ruidos, de intuir los olores. En miles de hojas que circulaban por su casa, esbozos y cuidadosos proyectos aguardaban su hora para encerrar bajo el cristal las porciones de ciudad más diversas: estaciones de ferrocarril, mercados, calles, edificios públicos, catedrales... Junto a ellas se amontonaban los cálculos con los que Hector Horeau intentaba traducir la utopía en realidad: operaciones exageradamente complicadas que en definitiva confirmaban la tesis de fondo de uno de los textos considerados por él los más significativos aparecidos en los últimos años: Arthur Viel, *Sobre la impotencia de las matemáticas para asegurar la estabilidad de las construcciones*, París, 1805. Un texto que otros no habían ni siquiera considerado digno de refutación.

Si había, por lo tanto, un hombre a quien la pequeña noticia proveniente de las Cristalerías Rail pudiera interesar, ése era Hector Horeau. Tanto era así que volvió a coger las tijeras, recortó el suelto, pensando que la ausencia de cualquier clase de referencia sobre las señas de la empresa Rail confirmaba una vez más la inutilidad de las gacetas, y salió precipitadamente de casa para conseguir alguna información más.

El destino dispone citas extrañas. Apenas había dado diez pasos Hector Horeau, cuando vio el mundo ondular imperceptiblemente. Se detuvo. Otro hubiera pensado en un terremoto. Él pensó que era de nuevo aquel requetemaldito demonio que jugaba en su cabeza, en los momentos más impensable, ese inexplicable canalla, jodido fantasma que, sin avisar, de repente le enfangaba el alma con aquel hedor de muerte, ese subrepticio enemigo bastardo que le hacía ridículo ante el mundo y ante sí mismo. Apenas tuvo tiempo de preguntarse si conseguiría llegar de nuevo a su casa. Después se desplomó en el suelo.

Cuando volvió en sí, estaba echado en el canapé de una tienda de telas (*Pierre y*

*Anette Gallard*, creada en 1804), rodeado por cuatro caras que lo observaban. La primera era de Pierre Gallard. La segunda, de Anette Gallard. La tercera, de un cliente que quedó en el anonimato. La cuarta, de una dependienta llamada Monique Bray. Fue en ésa —precisamente en ésa— donde la mirada de Hector Horeau se encalló y, de forma general, toda su vida se encalló y, de forma más general aún, su destino se encalló. No era, por lo demás, una cara bellísima, como el propio Hector Horeau no tuvo nunca dificultad en admitir en los años sucesivos. Pero hay naves que han encallado en lugares más absurdos. Una vida bien puede encallarse en un rostro cualquiera.

La dependienta, que se llamaba Monique Bray, se ofreció para acompañar a Hector Horeau a casa. Él, mecánicamente, aceptó. Salieron juntos de la tienda. No lo sabían, pero estaban, simultáneamente, entrando en ocho años de tragedias, de desgarradora felicidad, de despechos crueles, de pacientes venganzas, de silenciosas desesperaciones. En pocas palabras, estaban a punto de hacerse novios.

La historia de tal noviazgo —que a fin de cuentas resume la historia del progresivo deterioro de la vida interior y psíquica de Hector Horeau, con el consiguiente triunfo de ese demonio al cual se debía su inicio— conoció diversos episodios dignos de mención. Su primera consecuencia directa, en todo caso, siguió siendo la de hacer que yaciera en el bolsillo del arquitecto el recorte referido a la «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*», aplazando indefinidamente cualquier indagación ulterior al respecto. La nota fue depositada en un cajón, donde encontró el modo de reposar durante años. Con más propiedad: de incubarse bajo las cenizas.

En ocho años —mientras duró la historia con Monique Bray— Hector Horeau firmó tres construcciones: una villa en Escocia (de mampostería), una estafeta de correos en París (de mampostería) y una granja modelo en Bretaña (de mampostería). En el mismo lapso propuso ciento doce proyectos, noventa y ocho de ellos consagrados al ideal de la arquitectura de cristal. No había prácticamente concurso de obras en el que no participara. Una y otra vez, los jurados quedaban impresionados por la absoluta genialidad de sus propuestas, lo mencionaban con honores y alabanzas, y asignaban la obra a arquitectos más pragmáticos. A pesar de que prácticamente no se podía admirar nada suyo por ahí, su fama comenzó a circular con insistencia en las esferas influyentes. Él respondía a aquel ambiguo éxito multiplicando las propuestas y los proyectos, en una progresiva espiral de abnegación ante el trabajo a la que no era ajena el ansia de encontrar balsas en las que salvarse de las mareas de su noviazgo, y en general de las tempestades psíquicas y morales que la señorita Monique Bray tenía la costumbre de reservarle. Paradójicamente, a medida que su salud iba siendo minada por la antedicha señorita, sus proyectos perseguían con mayor ahínco gigantismos prohibitivos. Acababa de ultimar los detalles de su propuesta para un monumento a Napoleón de una altura de treinta metros con

recorridos internos y vistas panorámicas desde la enorme corona de laurel que remataba la cabeza, cuando ella le comunicó, por tercera aunque no última vez, que lo abandonaba anulando los trámites matrimoniales ya iniciados. Tampoco fue una casualidad el brutal episodio, como consecuencia del cual la señorita Monique Bray acabó en el hospital con un herida profunda en la cabeza, que interrumpió su trabajo, ya en fase avanzada, relativo a un túnel bajo el canal de la Mancha dotado de un revolucionario sistema de ventilación e iluminación, basado en torres de cristal ancladas al fondo marino y triunfalmente flotantes sobre la superficie del mar, «*como grandes antorchas del progreso*». Su vida discurría como unas tijeras en las que la genialidad del trabajo y la emocionante miseria de la vida formaban las dos afiladas cuchillas, cada vez más separadas. Brillaban, de manera cegadora, bajo los rayos de una silenciosa enfermedad.

Las tijeras se cerraron, repentinamente, con un movimiento seco y perentorio, un lunes de agosto. Aquel día, a las 17.22, la señora Monique Bray Horeau se arrojó al tren que, seis minutos antes, había partido de la Gare de Lyon con dirección sur. El tren no tuvo ni siquiera tiempo para frenar. Lo que quedó de la señora Horeau no sólo no hacía justicia a su belleza, ciertamente poco llamativa, sino que dio no pocos problemas a la empresa de pompas fúnebres La Celestial, a la que correspondió la delicada tarea de recomponer el cadáver.

Hector Horeau reaccionó ante la tragedia con gran coherencia. Al día siguiente, a las 11.05 de la mañana, corrió al encuentro del tren que seis minutos antes había partido de la Gare de Lyon con dirección sur. El tren, sin embargo, tuvo tiempo de frenar. Hector Horeau se encontró de pie, jadeando, frente al impassible morro de una locomotora negra. Quietos, los dos. Y mudos. No tenían, por otra parte, mucho que decirse.

Cuando las voces del intento de suicidio de Hector Horeau se esparcieron por los ambientes parisienses que le eran próximos, la consternación fue sólo comparable a la conciencia, generalizada, de que algo así, antes o después, tenía que suceder. Durante algunos días Hector Horeau se vio inundado de cartas, invitaciones, sabios consejos y voluntariosas propuestas de trabajo. Todo ello lo dejó completamente indiferente. Permanecía encerrado en su despacho ordenando maniáticamente sus dibujos y recortando artículos de viejas revistas que después catalogaba por orden alfabético según el tema. La absoluta estupidez de ambas cosas lo tranquilizaba. La sola idea de salir de casa despertaba de nuevo a su demonio personal: le bastaba con mirar por la ventana para volver a sentir el oleaje del mundo y olfatear aquel hedor de muerte que generalmente precedía sus inmotivados desvanecimientos. Era lúcidamente consciente de tener el alma raída, como una telaraña abandonada. Una mirada — incluso una simple mirada— habría podido desgarrarla para siempre. Así, cuando un rico amigo suyo llamado Leglandière le hizo la absurda propuesta de un viaje a



Egipto, aceptó. Le pareció un buen sistema para desgarrarla definitivamente. En el fondo, no era más que otra forma de correr al encuentro de un tren en marcha.

Sea como fuere, eso tampoco funcionó. Hector Horeau se embarcó la mañana de un día de abril en la nave que en ocho días iba de Marsella a Alejandría, pero su demonio personal, inesperadamente, se quedó en París. Las semanas pasadas en Egipto consumaron el tiempo de un silencioso, temporal pero perceptible restablecimiento. Hector Horeau pasaba el tiempo dibujando los monumentos, las ciudades y los desiertos que veía. Se sentía un antiguo copista encargado de transmitir textos sagrados recién desenterrados del olvido. Cada piedra era una palabra. Hojeaba lentamente las páginas pedregosas de un libro escrito milenios antes y copiaba. Sobre la superficie de aquel ejercicio sordo se depositaron poco a poco los fantasmas de su mente, como el polvo sobre un objeto de adorno de dudoso gusto. En el calor tórrido de un país desconocido consiguió al fin respirar la quietud. Cuando volvió a París, llevaba las maletas llenas de dibujos cuya maestría seduciría a aquellos centenares de burgueses para quienes Egipto seguía siendo una hipótesis de la fantasía. Volvió a su despacho con la clara percepción de no ser un hombre feliz y de no estar tampoco curado. Sin embargo, era de nuevo un hombre capaz de tener claras percepciones. La telaraña que era su alma había vuelto a ser una trampa para esas extrañas moscas que son las ideas.

Ello le permitió no permanecer indiferente ante el concurso que la Sociedad de las Artes de Londres, presidida por el príncipe Alberto, decidió convocar para la construcción de un inmenso palacio destinado a albergar una próxima, memorable Gran Exposición Universal de los Productos de la Técnica y la Industria. El palacio debía erigirse en Hyde Park y debía responder a ciertos requisitos fundamentales: ofrecer al menos 65.000 metros cuadrados de superficie cubierta, tener una sola planta, exigir sistemas de construcción extremadamente sencillos para adaptarse a los reducidísimos plazos de que se disponía, no superar un techo de costes relativamente exiguo, salvaguardar los enormes y centenarios olmos que se levantaban en el centro del parque. El concurso fue hecho público el 13 de marzo de 1849. El plazo final para la presentación de proyectos quedó establecido para el 8 de abril.

De los veintisiete días que tenía a su disposición, Hector Horeau consumió dieciocho dándole mentalmente vueltas a algo sin saber bien qué era. Fue un largo, discreto galanteo. Después, un día que parecía un día cualquiera, cogió distraídamente de la mesa un papel secante usado y trazó en él, con tinta negra, dos cosas, el esbozo de una fachada y un nombre: *Crystal Palace*. Dejó la pluma. Y sintió lo que siente una telaraña cuando se encuentra con la sorprendida trayectoria de una mosca que ha aguardado durante horas.

Trabajó en el proyecto, día y noche, durante todo el tiempo que le quedaba. No había imaginado jamás nada tan grande ni tan desconcertante. La fatiga le roía la

mente, una subterránea y febril emoción excavaba galerías en sus dibujos y en sus cálculos. A su alrededor, la vida corriente iba moliendo sus ruidos. Él apenas los percibía. Solo, yacía en una burbuja de acre silencio, en compañía de su fantasía y de su cansancio.

Entregó su proyecto el último día hábil, la mañana del 8 de abril. A la comisión encargada le llegaron, desde todos los rincones de Europa, doscientas treinta y tres propuestas. Hizo falta más de un mes para examinarlas todas. Al final fueron proclamados dos vencedores. El primero se llamaba Richard Turner y era un arquitecto de Dublín. El segundo se llamaba Hector Horeau. La Sociedad de las Artes se reservó por lo demás la facultad de «presentar un proyecto propio que recogiera las sugerencias más funcionales surgidas de las propuestas cortésmente presentadas por todos los ilustres participantes». Palabras textuales.

Horeau no esperaba ganar. Hacía tiempo que se presentaba a los concursos no tanto por la ambición de ganarlos cuanto por el placer de desconcertar a los jurados. El hecho de que entre tantos lo hubieran escogido esta vez precisamente a él le hizo dudar por un instante de haber presentado una banalidad. Después prevaleció la conciencia, madurada durante los ocho años vividos junto a la señorita Monique Bray (después señora Monique Horeau), de que la vida es esencialmente incoherente y la previsibilidad de los acontecimientos un ilusorio consuelo.

Comprendió que el Crystal Palace no vagabundeaba como todo el resto de sus proyectos en el limbo de un mañana improbable: lo veía allí, suspendido entre la utopía y la realidad real, a un paso de convertirse, inesperadamente, en verdad.

La competencia del otro vencedor, Richard Turnen no le preocupaba. En el proyecto del diligente arquitecto dublinés había tantas cosas absurdas que, sólo con enunciarlas en orden alfabético, Horeau habría podido entretener a la Sociedad de las Artes durante una noche entera. Lo que le preocupaba era la incontrolable casualidad de los acontecimientos, la insondable irracionalidad de la burocracia, el incógnito poder de la Casa Real. A ello se añadió, al día siguiente de la publicación de su proyecto en una conocida revista de la capital, la contradictoria acogida del gran público. La escandalosa originalidad del palacio dividió a la gente en tres bandos, resumibles en la concreta generalización de tres afirmaciones: «Es la octava maravilla del mundo», «Costará una fortuna», y «Están listos si creen que va a mantenerse en pie». En el secreto de su pequeño despacho, Hector Horeau estaba sutilmente convencido de que las tres eran esencialmente legítimas.

Comprendió que le hacía falta una ocurrencia suplementaria: algo que diera a la fascinación del Crystal Palace una base de credibilidad y una tranquilizadora apariencia de realismo. Buscaba una solución y ésta lo alcanzó, como a menudo sucede, sorprendiéndole por la espalda, remontándose por la vía —que de todas es la más misteriosa— de la memoria. Fue como una sutil ráfaga. Un resquicio escapado

de los postigos del olvido. Cinco palabras: «*Patente Andersson de las Cristalerías Rail*».

Hay gestos que se justifican a años de distancia: sensateces póstumas. La obtusa catalogación de los recortes con la que Hector Horeau había entretenido su propia debacle en los tiempos del encuentro entre la señora Horeau y el tren de las 17.16 con dirección sur, se demostró repentinamente no inútil. El recorte con la breve noticia acerca de la Patente Andersson yacía disciplinadamente en la carpeta marcada con la letra R (Rarezas). Horeau lo cogió y comenzó a hacer las maletas. No tenía ni la menor idea de dónde se encontraban las Cristalerías Rail y ni siquiera sabía si todavía existían. Pese a ello —y como confirmación de que la realidad posee una coherencia propia, ilógica pero efectiva— en el único hotel de Quinnipak (Posada Berrimer) vieron llegar, algunos días después, a un hombre con un enorme cartapacio marrón y un curioso cabello alborotado. Buscaba una habitación, obviamente, y, obviamente, se llamaba Hector Horeau.

Era un viernes. Eso explica por qué Horeau, que se había retirado pronto a descansar del viaje agotador, apenas consiguió dormir poco y mal.

—¿Había por casualidad alguien tocando, o algo parecido, ayer por la noche? —preguntó a la mañana siguiente, intentando hacer desaparecer el dolor de cabeza en una taza de café.

—Ayer por la noche estaba ensayando la banda —le respondió Ferry Barrimer, que además de ser el propietario del local era el *fa* sostenido más bajo del humanófono.

—¿Una banda?

—Eso es.

—Pues parecían más bien siete bandas.

—No, una sola.

—¿Y siempre toca así?

—¿A qué se refiere?

Horeau vació la taza.

—No importa.

Las Cristalerías Rail —descubrió— existían todavía. Distaban un par de kilómetros del pueblo.

—Pero ya no son como antes, ahora ya no está Andersson.

—¿Andersson, el de la patente?

—Andersson, el viejo Andersson. Ahora ya no está. Y ya no es como antes.

Hasta la casa del señor Rail, que estaba sobre una colina, justo encima de la fábrica, llegó en la calesa de Arold. Todos los días recorría Arold esa carretera.

—Escuche, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Dígame.

—Pero esa banda... ésa que toca en el pueblo... ¿toca siempre así?

—¿A qué se refiere?

Arold lo dejó al comienzo del sendero que subía hasta la casa Rail. Horeau quiso pagarle, pero no hubo manera. Recorría todos los días esa carretera. De verdad. Bueno, pues entonces gracias. No hay de qué. Siguiendo las losas de piedra que formaban la escalinata, en medio de los prados, Horeau subió hasta la casa Rail pensando, como habría pensado cualquiera, que debía de ser hermoso vivir allí. Lo rodeaba por todas partes la obvia belleza de una campiña dócil y reglamentaria. Sólo una cosa, por un instante, lo desconcertó, sólo una: «Extraño lugar para hacer un monumento a la locomotora», pensó. Y siguió adelante.

Llegó ante la puerta de la casa justo a tiempo para ver cómo se abría y dejaba salir a un hombre. Tendría alrededor de cuarenta años. Alto, moreno, con dos ojos extraños. Una larga cicatriz le corría desde la sien izquierda hasta debajo del mentón. Horeau se sintió cogido por sorpresa. Sacó del bolsillo el recorte del periódico: cómo diablos era. Bail, Barl, Ral, no, Rail, eso es, Rail.

—Busco al señor Rail... el señor Rail de Cristalerías Rail.

—Soy yo —respondió sonriendo el hombre de la larga cicatriz y los ojos extraños.

Horeau volvió a meterse en el bolsillo el recorte de periódico, dejó el enorme cartapacio de cuero en el suelo, levantó los ojos hacia los del hombre que tenía delante. Un instante antes de llegar hasta aquellos ojos extraños, dijo

—Me llamo Hector Horeau.

Primero comieron. La mesa ovalada, los platos con el borde dorado, el mantel de lino. El señor Rail tenía un curioso modo de hablar. Con el cuchillo alineaba las migas de pan que encontraba cerca del plato, después las esparcía a su alrededor con los dedos para volver a alinearlas en filas cada vez más largas. Quién sabe dónde lo habría aprendido. A su lado estaba sentada una mujer que se llamaba Jun. Horeau pensó que se vestía como una muchacha. Pensó también que nunca había visto una muchacha tan bella. Le gustaba cuando hablaba: podía mirarle los labios sin parecer indiscreto. Ella le preguntó por París. Quería saber cómo era de grande.

—Lo suficiente para perderse dentro.

—¿Y es hermoso?

—Si al final se encuentra el camino de regreso, sí... muy hermoso.

Había también un chico sentado a la mesa. Era el hijo del señor Rail, se llamaba Mormy. No dijo una sola palabra. Comía con gestos lentísimos y bellos. Horeau no comprendía bien por qué tenía aquella piel de mulato, dado que ni el señor Rail ni Jun tenían la piel negra. Como compensación comprendió, al cruzar su mirada un instante con sus ojos, lo que tenían de extraño los ojos de su padre: eran ojos maravillados. En

el estupor completo y perfecto que la mirada de Mormy mostraba, imperturbable y fija, estaba lo que en los ojos del señor Rail aparecía sólo esbozado. Debe de ser así, este asunto de los hijos, pensó Horeau: nacen llevando dentro lo que, en los padres, la vida ha dejado a medias. Si alguna vez tengo un hijo, pensó Horeau cortando meticulosamente un delgado filete de carne con salsa de arándanos, nacerá loco.

Acabaron y se levantaron. Todos menos Mormy, que todavía estaba saboreando el caldo y quién sabe cuándo llegaría al final. Jun los dejó solos.

—Tiene usted que venir a París un día de éstos... —le dijo, al despedirse de ella, Horeau.

—No... no creo que deba. De verdad.

Pero lo dijo con alegría. Hay que imaginárselo dicho con alegría. «No... no creo que deba. De verdad». Así fue.

—¿Trescientos cincuenta metros?

—Sí.

—¿Cinco naves de trescientos cincuenta metros de longitud y treinta de altura?

—Así es.

—Y todo eso... todo eso de cristal.

—Cristal. Hierro y cristal. Ni un gramo de piedra o de argamasa. Nada.

—¿Y usted cree de verdad que se mantendrá en pie?

—Bueno, en cierto sentido, eso depende de usted.

Hector Horeau y el señor Rail, uno delante del otro, con una mesa entre ambos. Y sobre la mesa una hoja de papel de un metro de longitud y sesenta centímetros de ancho. Y en el papel el diseño del Crystal Palace.

—¿De mí?

—Digamos que de la «*Patente Andersson delas Cristalerías Rail*»... Verá, existen obviamente algunos problemas para construir una tan inmensa... llamémosla catedral de vidrio. Problemas estructurales y económicos. El cristal ha de ser muy ligero para que la estructura portante pueda sostenerlo. Y cuanto más fino sea, menos materia prima hará falta y menos se gastará. Ésa es la razón por la que es tan importante su patente. Si realmente es usted capaz de hacer láminas de cristal como las descritas en este recorte de periódico, yo conseguiré que el Crystal Palace se mantenga en pie.

El señor Rail echó una ojeada a la hojita amarillenta.

—Grosor de tres milímetros y superficie de un metro cuadrado... sí, más o menos es así... Andersson pensaba que se podían hacer incluso más grandes... pero eso significaba hacer cuatro, incluso cinco para obtener una buena. Así, en cambio, podemos llegar a salvar una de cada dos... más o menos...

—¿Quién es Andersson?

—Bueno, Andersson ahora ya no es nadie. Pero en tiempos era un amigo mío. Era un hombre justo, y lo sabía todo sobre el cristal. Todo. Habría podido hacer con él cualquier cosa... habría podido hacer con él bochas enormes sólo con habérselo propuesto o haber tenido tiempo...

—¿Bochas?

—Sí, bochas de cristal... enormes... pero ésa es una historia entre él y yo... no tiene nada que ver con... con las láminas, ni con todo lo demás... no importa.

Calló Hector Horeau. Calló el señor Rail. Se deslizaba el silencio sobre el dibujo del Crystal Palace. Parecía un invernadero inmenso con sólo tres olmos en su interior, gigantescos. Parecía algo absurdo, lisa y llanamente. Pero había que imaginárselo con miles de personas dentro, y un inmenso órgano de tubos al fondo, y fuentes, cintas transportadoras de madera, y objetos traídos de todas las partes del mundo, trozos de navíos, inventos estrambóticos, estatuas egipcias, locomotoras, sumergibles, telas de todos los colores, armas invencibles, animales nunca vistos, instrumentos musicales, cuadros grandes como paredes, banderas por todas partes, cristalerías, joyas, máquinas voladoras, tumbas, estanques, arados, mapamundis, árganas, engranajes, carillones. Había que imaginarse los ruidos, las voces, los sonidos, el olor, los miles de olores. Y, sobre todo, la luz. La luz que habría allí dentro... Allí dentro como en ninguna otra parte en el mundo entero.

Horeau se inclinó sobre el dibujo.

—¿Sabe una cosa?... De vez en cuando pienso en esto... pienso que cuando esté todo construido, y el último obrero haya acabado el último retoque, yo haré que se marchen todos... todos... entraré por aquí, solo, y haré cerrar todas las puertas. No habrá un solo ruido, nada. Sólo mis pasos. Y caminaré lentamente hasta el centro del Crystal Palace. Lentamente, un metro tras otro. Y si el mundo no comienza a oscilar a mi alrededor, al final llegaré justo aquí, debajo de los olmos, y me detendré. Y entonces... ése, exactamente ése, por fin, lo sé, será el sitio al que debía llegar. Desde lejos, desde cualquier parte, no he hecho otra cosa más que caminar hacia ese punto exacto, ese metro cuadrado de madera depositado en el fondo de un inmenso vaso de cristal. Allí, ese día, habré llegado al final de mi camino. Después... todo lo que suceda después... no contará ya para nada.

El señor Rail tenía los ojos fijos sobre aquel punto, justo bajo los tres gigantescos olmos. No decía nada porque estaba pensando en un hombre, de pie, en aquel punto, con el pelo alborotado, infinitamente cansado y sin ningún sitio adonde ir. Después, sin embargo, dijo algo.

—Es un nombre bonito.

—¿Cuál?

—Crystal Palace... Es un nombre bonito... al viejo Andersson le habría gustado... todo esto al viejo Andersson le habría gustado... habría hecho para usted

las más hermosas láminas de cristal que puedan hacerse... él era un genio para estas cosas...

—¿Quiere decir que sin él no podrán hacerme esas láminas de cristal?

—Oh, no, no quiero decir eso... claro que podremos hacerlas... con un grosor de tres milímetros, quizá incluso algo menos... sí, yo creo que podremos hacerlas, lo único que quería decir es que... con Andersson habría sido distinto, eso es todo... pero... no es eso lo importante. Puede usted confiar en nosotros. Si quiere esas láminas de cristal, las tendrá. Lo único que me gustaría saber... dónde se ve en el dibujo dónde van a ir...

—¿Dónde van a ir? Bueno, pues por todas partes es por donde van.

—Por todas partes, pero ¿dónde?

—Por todas partes... es todo de cristal, ¿no lo ve? Las paredes, la cubierta, el transepto, las cuatro grandes entradas... es todo de cristal...

—¿Quiere usted decir que todo eso se mantendrá en pie con cristal de tres milímetros?

—No exactamente. El edificio se mantendrá en pie gracias al hierro. El cristal hará el resto.

—¿El resto?

—Sí... digamos... el milagro. El cristal hará el milagro, la magia... Entrar en un sitio y tener la impresión de salir fuera... Estar protegido dentro de algo que no impide mirar a todas partes, a lo lejos... Fuera y dentro en el mismo instante... resguardados y sin embargo libres... ése es el milagro, y lo que lo hará será el cristal, tan sólo el cristal.

—Pero harán falta toneladas... para cubrir todo eso hará falta una barbaridad de láminas...

—Nueve mil. Más o menos, nueve mil. Lo que me imagino que significa fabricar el doble, ¿no?

—Sí, algo parecido. Para salvar nueve mil habrá que hacer por lo menos veinte mil.

—Nadie ha hecho nunca nada así, ¿lo sabe?

—A nadie se la ha ocurrido una idea tan estrambótica como ésta, ¿lo sabe?

Permanecieron callados un rato, los dos, uno frente al otro, con una historia detrás, cada uno la suya.

—¿Lo conseguirá, señor Rail?

—Yo sí. ¿Y usted?

Horeau sonrió.

—Quién sabe...

Estaban abajo, en la fábrica, viendo los hornos de fundición, los cristales y todo lo

demás. Estaban allí cuando Hector Horeau, de repente, empezó a empalidecer y a buscar una pilastra donde apoyarse. El señor Rail vio su rostro cubrirse de sudor. Un sordo lamento le salía de la garganta, casi inaudible, como si viniera de lejos. Pero no era como cuando alguien pide ayuda. Era el eco de una batalla secreta. Oculta. Por eso, entre otras cosas, a nadie, en un primer momento, se le ocurrió acercarse. Se detuvieron algunos obreros. Se detuvo el señor Rail, pero todos, inmóviles, permanecieron a unos pasos de aquel hombre que —se veía— estaba librando un duelo misterioso, muy suyo. Él y algo más que le mordía por dentro. Los demás no tenían nada que ver. Estuviera donde estuviere, Hector Horeau, en aquel momento, estaba en cualquier caso solo.

No duró más que unos pocos instantes. Eternos.

Después desapareció el lamento sordo de la garganta de Hector Horeau, y de sus ojos el miedo.

Se sacó del bolsillo un enorme, ridículo pañuelo rojo y se secó la frente.

—No me he desmayado, ¿verdad?

—No —le respondió el señor Rail, acercándose, por fin, y ofreciéndole su brazo.

—Ahora estoy mucho mejor, no se preocupe... ya me las apaño... estoy mucho mejor.

Había aún, a su alrededor, un pequeño silencio que flotaba en el aire como una pompa de jabón.

—Lo siento... discúlpeme... discúlpeme.

Hector Horeau no quería, pero al final lo convencieron para que permaneciera allí aquella noche. Se marcharía por la mañana, no era cuestión de hacer un viaje tan pesado después de lo que le había sucedido. Le dieron la habitación que daba al huerto. Tapicería blanca y amarilla, una pequeña cama con un dosel de encaje. Una alfombra, un espejo. El alba le crecía justo delante. Era una hermosa habitación. Jun colocó unas flores sobre la mesilla. Blancas. Las flores.

En el porche, con el aire cortante de la noche, el señor Rail estuvo escuchando cómo Hector Horeau le contaba lo inmóvil que era Egipto.

Narraba con voz lenta. Infinita. Pero de repente se interrumpió y, dándose la vuelta hacia el señor Rail, susurró

—¿Qué cara tenía?

—¿Cuándo?

—Abajo, en la fábrica, esta tarde.

—La cara de alguien aterrorizado.

Hector Horeau lo sabía. Sabía perfectamente qué cara tenía. Aquella tarde, abajo, en la fábrica, y todas las otras veces.

—De vez en cuando pienso que toda esta historia del cristal... del Crystal Palace y de todos estos proyectos míos... verá, de vez en cuando pienso que solamente a un



hombre asustado como yo podía entrarle una manía de ese tipo. En el fondo, en el fondo, no hay nada más... miedo, sólo miedo... ¿Lo entiende?, es la magia del cristal... proteger sin aprisionar... estar en un sitio y poder ver por todas partes, tener un techo y ver el cielo... sentirse dentro y sentirse fuera al mismo tiempo... una argucia, nada más que una argucia... si usted quiere algo pero le tiene miedo, basta con colocar un cristal en medio... entre usted y eso... podrá acercarse muchísimo y sin embargo estará a salvo... No hay nada más... yo encierro trozos del mundo tras un cristal porque ésa es una manera de salvarse... se refugian los deseos allí dentro... resguardados del miedo... una guarida maravillosa y transparente... ¿Entiende usted todo esto?

A lo mejor entendía todo aquello el señor Rail. Pensaba que las ventanillas del tren eran de cristal. Se preguntaba si tenía algo que ver, pero era así. Pensaba en la única vez que había tenido miedo de verdad en su vida. Pensaba que jamás había imaginado tener que encontrar un refugio cualquiera para sus deseos. Le pasaban por la cabeza y basta. Ahí estaban. Eso era todo. Y sin embargo entendía todo aquello, sí, de alguna forma debía de haberlo entendido ya que al final, en vez de responder, dijo, mucho más sencillamente

—¿Sabe una cosa, señor Horeau? Estoy encantado de que para llegar a ese punto de ahí, bajo los olmos, en el centro del Crystal Palace, haya tenido que pasar usted por aquí. Y no por las láminas de cristal, o por el dinero... no sólo por eso... sino por cómo está hecho usted. Usted hace bochas de cristal muy grandes y muy extrañas. Y es hermoso mirar en su interior. De verdad.

Al día siguiente, Horeau se marchó temprano, por la mañana. Había recuperado el aspecto de un arquitecto de éxito, la seguridad, y el control de sí mismo. Una vez más comprobó que su alma no conocía términos medios entre el triunfo y la debacle. Se había puesto de acuerdo con el señor Rail para todos los detalles del abastecimiento para el Crystal Palace: cantidades, precios, plazos de entrega. Volvía a París con una carta decisiva que jugar contra el escepticismo de la gente.

El señor Rail lo acompañó hasta abajo, a la carretera, donde lo esperaba Arold. Todos los días Arold pasaba por allí. No le costaba nada detenerse un momento y dejar que montara aquel extraño caballero con aquel cabello alborotado. De verdad. Pues entonces gracias. No hay de qué.

—El comité debería tomar una decisión en un plazo de sesenta días. Quizá tarde algo más. Pero, como mucho, dentro de tres meses tendremos la respuesta. Y le telegrafiaré inmediatamente.

Estaban uno frente al otro, de pie, mientras Arold, sentado en la calesa, se exhibía en uno de sus mejores números: la ausencia más absoluta.

—Escuche, Horeau, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Naturalmente.

—¿Cuántas probabilidades tenemos de ganar?... o sea, lo que quiero decir...  
¿Cree usted que ganará?

Horeau sonrió.

—Yo creo que no puedo perder.

Dejó la bolsa en la calesa, subió junto a Arold, vaciló un instante, después se volvió hacia el señor Rail.

—¿Puedo preguntarle una cosa yo también?

—Naturalmente —respondió el señor Rail, llevándose mecánicamente la mano hacia la cicatriz que le surcaba la cara.

—Pero ¿a quién se le ha ocurrido erigir ahí un monumento al ferrocarril?

—No es un monumento.

—¿Ah, no?

—Es una locomotora de verdad.

—¿Una locomotora de verdad? Y ¿qué está haciendo ahí?

El señor Rail se había pasado la noche haciendo cuentas, entrecruzando montañas de números con la idea de veinte mil láminas de cristal.

—¿Cómo, no se ve? Está a punto de arrancar.

# Cuatro

# 1

«... ¿qué quiere decir “por casualidad”?... ¿tú crees que de verdad hay algo que suceda “por casualidad”? ¿De modo que yo tendría que creer que esta pierna mía triturada es una casualidad?, o mi granja, y las vistas que tenía, y aquel sendero... o lo que siento por la noche, en vez de dormir, toda la noche... por ahí abajo, por aquel sendero se marchó, Mary... ya no aguantaba más, y un día se marchó de aquí... cogió aquel sendero y se marchó... ya no me aguantaba más a mí, quiero decir... una vida imposible y... debería consolarme y creer que ha sido “por casualidad” el que yo me haya vuelto insoportable y que Mary era guapa... no guapísima, pero guapa sí... cuando bailaba, en las fiestas, y sonreía, los hombres pensaban que era guapa... eso pensaban... yo me volví insoportable, ésa es la verdad... me daba cuenta, día a día, pero no podía hacer nada... me subió desde la pierna y poco a poco me ha podrido por dentro... estoy convencido de que todo empezó con la historia de la pierna... antes yo no era así... antes sabía vivir, pero después... ya no podía... ¿debería odiarme por eso? Así tenía que suceder y así sucedió..., y basta... es como esa historia... también de ella uno podría decir “fue una casualidad”, pero ¿qué quiere decir?, ¿quiere decir algo?... la viuda Abegg lo sabía perfectamente, creía en ello, no era una cuestión de casualidad, es el destino, es algo distinto... y también Pehnt lo había comprendido... quizá tú puedas decir que una chaqueta es una nimiedad y que es de locos decidir la propia vida esperando que una chaqueta se haga de tu talla... pero qué más da una cosa u otra, una chaqueta o una pierna triturada, o un caballo que se vuelve loco y te manda al otro mundo... el destino enciende el fuego con la leña que encuentra... enciende el fuego incluso con una pajita, si no encuentra otra cosa... y Pehnt tenía esa chaqueta y nada más... yo digo que hizo muy bien la viuda Abegg... Y no creas que no sufrió... sufrió y mucho... pero cuando la chaqueta se hizo de la talla justa estaba claro que Pehnt debía marcharse... / La viuda Abegg levanta la cabeza del lavadero, la levanta un momento para gritar a Pehnt dónde diablos ha estado durante toda la noche, pero no consigue decir ni una sola palabra, porque le penetra en los ojos la imagen de aquel muchacho que se acerca con una chaqueta negra. Perfecta. Quién sabe cuál es el momento en el que una chaqueta se vuelve perfecta, quién sabe qué es lo que decide cuándo un cuadro va no aguanta más y se cae, o una piedra inmóvil desde hace años gira un poco sobre sí misma. En cualquier caso, era perfecta. Y la viuda Abegg no consiguió decir una sola palabra y sólo sintió dentro la sacudida de una emoción que tenía que ver con el miedo, con la alegría, con la sorpresa y con otras mil cosas. Vuelve a inclinar la cabeza sobre el lavadero y sabe que es el primer gesto de una nueva vida. La última. /... tenía que marcharse a la capital, ése era su destino... lejos de Quinnipak... de una vez por todas... no porque aquello fuera un asco, no... sino porque ése era su destino...

estuviera donde estuviera el asco, era a la capital adonde él debía ir, y allí fue... yo creo que hizo lo mejor... y también Pekisch me dijo un día “hizo lo mejor”... y anda que no quería a ese chico... iban siempre juntos, imagínate que hubo hasta quien empezó a pensar mal de aquella historia... Pekisch y Pehnt, Pehnt Pekisch... unos carroñeros, de verdad, esos cabrones se choteaban... pero sólo eran amigos... no había nada malo... Pehnt ni siquiera tenía padre... y Pekisch, además... no tenía a nadie, ni siquiera se sabía de dónde venía, había quien decía que era un ex presidiario, imagínate... Pekisch presidiario... hacía falta mucha imaginación... no habría podido hacer daño ni a una mosca... vivía para la música y basta... en eso sí que era un auténtico maniático, tenía talento... eso sí... date cuenta de que cuando Pehnt decidió marcharse... es decir... Pehnt decidió marcharse y entonces Pekisch le dijo “márchate el día de San Lorenzo”, ya sabes, hay una fiesta ese día, la fiesta de San Lorenzo, “márchate el día de San Lorenzo, después de la fiesta, quédate a oír a la banda y después márchate”, eso le dijo... el caso es que él quería hacerle escuchar una vez más a la banda, ¿entiendes?, quería que se marchara con aquel adiós... y entonces se inventó una cosa hermosísima... lo sé porque al final toqué yo también aquel día... se inventó una cosa hermosísima... ¿sabes?, él nunca había compuesto música, quiero decir música totalmente suya... Pekisch conocía todas las músicas del mundo y las adaptaba para nosotros, las cambiaba, un par de cosas, pero... seguía siendo música de cualquier otro, ¿entiendes?... y, en cambio, aquella vez nos lo dijo, esta música es mía... así, de manera muy sencilla, antes de empezar a ensayar, dijo en voz baja “esta música es mía” / Pekisch sentado delante del piano, ha cerrado la puerta con el llavín, tiene las manos una dentro de la otra apoyadas en las piernas, mira el teclado. Los ojos van de una tecla a otra, como siguiendo a un grillo que baila encima. Durante horas. No toca ni una sola tecla, le basta con mirarlas. No sale ninguna nota, las tiene todas en la cabeza. Horas. Después cierra el piano, se levanta y sale. Se da cuenta de que es de noche. Vuelve a su habitación. Se va a acostar. /... y en realidad no era una música, porque, para ser exactos, había inventado dos músicas, y ésta era la belleza de toda la historia... ciertas cosas podían ocurrírsele sólo a él... dividió la banda en dos y lo organizó todo perfectamente... una banda partía de la punta izquierda del pueblo tocando cierta música y la otra partía de la punta opuesta tocando otra música completamente distinta... ¿lo entiendes?... así se cruzarían justo en mitad de la calle y después las dos continuarían, siempre recto, hasta el final del pueblo... una llegaba hasta donde la otra había empezado y viceversa... una cosa complicada... un espectáculo... tanto es así que vino un montón de gente a verlo... incluso de los pueblos de alrededor... todos a lo largo de la calle para ver aquello tan extraño... cosas así no son en absoluto de todos los días... la fiesta de San Lorenzo... no la olvidaré fácilmente... nadie la olvidará fácilmente... incluso la patrona lo dijo, “ha sido maravilloso” dijo... y me dijo “has tocado muy bien, Kuppert”, así fue...

había venido sola a la fiesta, sola con Mormy, quiero decir, porque el señor Rail en el último momento se quedó en casa... con todos los asuntos de su línea férrea... todas aquellas obras que vigilar\_ y después sucedió algo, no lo sé, me parece que le telegrafieron algo y él dijo a Jun que no podía ir con ella, tenía que esperar a alguien... debió de ser alguien de la vía férrea, no lo sé... nadie sabía de dónde había sacado todo aquel dinero para hacer que arrancara Elisabeth... pero él decía “con el cristal pueden hacerse milagros y yo estoy a punto de hacer uno”... no llegué a entenderlo nunca demasiado bien... / Han teleografiado un mensaje para el señor Rail, una sola línea, *Todo está decidido, llegaré mañana. Firmado H. H.* Mañana será un gran día, dijo el señor Rail. Jun no sabe si ponerse el vestido rojo o el amarillo. San Lorenzo. Cada año se celebra la fiesta de San Lorenzo. Vendrá el señor Horeau, piensa el señor Rail, mirando abajo hacia el gran prado donde están trabajando colocando raíles, uno después de otro, en fila uno detrás del otro. La extraña intimidad de esos dos rieles. La certeza de no encontrarse jamás. La obstinación con que continúan siguiéndose uno junto a otro. Todo esto le recuerda algo. No sabe qué. /... el señor Rail hacía milagros con el cristal y Pekisch los hacía con la música, así eran las cosas... sólo yo no hacía milagros... ni siquiera antes, cuando la pierna estaba en su sitio... después, menos... dejé que las cosas fueran como debían ir... y la casualidad no tiene nada que ver... eso puedes creértelo tú, pero tú eres joven, qué sabrás... hay siempre un plan preciso detrás de todo... en eso tenía razón el señor Rail... cada uno tiene delante su raíl, los vea o no... los míos me llevaron a la feria de Trinniter precisamente en el día justo... hay miles de días, y de ferias... pero yo acabé precisamente aquel día en Trinniter, donde había una feria... para comprarme una podadera, una estupenda podadera... también quería comprarme un baúl, ¿sabes?, uno de esos baúles que de vez en cuando se ven en las casas, repletos de zarandajas... pero no encontraba un baúl de ese tipo, de modo que no tenía más que la podadera en la mano cuando entreví a Mary, en medio de la gente... sola... hacía años que no la veía, no había vuelto a saber de ella... y ahora estaba allí... y no había cambiado mucho... era Mary de verdad... ahora dime qué tiene que ver la casualidad con todo esto... qué puede haber de casual en algo así... estaba todo estudiado de antemano... yo con la podadera en la mano y Mary, después de tantos años, apareciéndose allí..., yo no quería hacerle daño... me habría acercado a ella y le habría dicho “hola, Mary”, y nos habríamos contado algo... quizás hasta hubiéramos ido a beber algo juntos... pero tenía una podadera en la mano... nadie quiere entenderlo, pero es así... qué podía hacer yo... quizá, si hubiera tenido flores en la mano, por poner un ejemplo, quizá nos hubiéramos reconciliado aquel día Mary y yo... pero era una podadera lo que tenía... más claro, imposible... raíles como ésos los vería hasta un ciego... eran mis raíles... me llevaron hasta un paso de Mary, en medio de la gente, apenas tuvo tiempo para verme antes de que la podadera la

destripara, como a un animal... un mar de sangre... y los gritos, que me siguen resonando en la cabeza ahora, gritos así no los había oído nunca... pero ellos tampoco... ellos tampoco habían hecho durante años nada más que esperarme a mí... un grito es capaz de esperarte durante años, después un día tú llegas y él está allí, puntual, terrorífico... todo, todo es así... todo lo que te encuentras está ya ahí desde siempre, esperándote... tú también, ¿qué te crees? y esta asquerosa prisión... todos quietos al borde las vías, esperando que yo pase...

Pasaré... pasaré... Decidle a la horca que me está esperando que pasaré también por allí. Una noche más y habrá dejado de esperar».

## 2

En el suelo, el suelo está seco, y pardo, y duro. Se lo ha bebido el sol, durante horas, borrando una noche de agua, y rayos, y truenos. Ojalá acabaran en nada, así, también los miedos. Por el suelo, un poco de polvo casi inmóvil. No hay viento que se lo lleve. La gente, con extraña meticulosidad, ha borrado las huellas de los cascos de los caballos y los surcos de las ruedas de los carruajes. Toda la calle como una mesa de billar de tierra parda.

La calle tiene una anchura de treinta pasos. Divide en dos el pueblo. A este lado de la calle. A ese lado de la calle. La calle tiene una longitud de mil pasos, empezando a contar desde la primera casa del pueblo y acabando en la esquina de la última. Mil pasos normales. De un hombre normal, si existe.

En la punta izquierda de la calle —a la izquierda según se mira al norte— hay doce hombres. Dos filas de seis hombres. Llevan en la mano unos extraños instrumentos. Unos grandes, otros pequeños. Están todos inmóviles. Los hombres, obviamente, no los instrumentos. Y miran hacia adelante. Y por lo tanto, quizá, dentro de sí.

En la punta derecha de la calle —a la derecha según se mira al norte— hay doce hombres. Dos filas de seis hombres. Llevan en la mano unos extraños instrumentos. Algunos grandes, algunos pequeños. Están todos inmóviles. Los hombres, obviamente, no los instrumentos. Y miran hacia adelante. Y por lo tanto, quizá, dentro de sí.

En los mil pasos de calle que separan a los doce hombres de la izquierda de los doce hombres de la derecha no hay nada ni nadie. Porque la gente —y aquí gente no quiere decir simplemente algunos transeúntes, sino decenas y decenas de personas que juntas forman centenares de personas, pongamos cuatrocientas personas, tal vez incluso más, es decir, todo el pueblo y también los que han venido de lejos a propósito para estar allí, ahora...

En los mil pasos de calle que separan a los doce hombres de la izquierda de los doce hombres de la derecha no hay nada ni nadie. Porque la gente permanece toda agolpada y aplastada entre los bordes de la calle y las fachadas de las casas, procurando cada uno, a pesar del gentío y de la tensión, no acabar con un pie metido en lo que, a todos los efectos, se puede por fin definir, tras tanto meticuloso trabajo, como una espléndida mesa de billar de tierra parda. Y a medida que nos acercamos al hipotético y en el fondo real punto de la exacta mitad de la calle, allí donde los doce hombres de la izquierda se cruzarán en el momento justo —en el momento culminante— con los doce hombres de la derecha, como los dedos de dos manos que se buscan y se acaban encontrando, como ruedas de un enorme engranaje sonoro, como hilos de una alfombra oriental, como los vientos de una borrasca, como las dos



balas de un solo duelo ...

Y a medida que nos acercamos a la mitad exacta de la calle, la muchedumbre se vuelve más densa, con la gente agolpada y encajada en torno a ese punto neurálgico, el más cercano posible a ese confín invisible donde se mezclarán las dos nubes sonoras (imaginar cómo será es imposible), con gran hacinamiento de ojos, sombreritos, vestidos de fiesta, niños, sordera de viejos, escotes, pies, arrepentimientos, brillantes botines, olores, perfumes, suspiros, guantes de encaje, secretos, enfermedades, palabras nunca dichas, anteojos, inmensos dolores, moños, putas, bigotes, esposas vírgenes, mentes apagadas, bolsillos, ideas sucias, relojes de oro, sonrisas de felicidad, medallas, pantalones, enaguas, ilusiones —todo un gran almacén de humanidad, un concentrado de historias, un atasco de vicias volcado en aquella calle (y con especial violencia en el punto de la exacta mitad de aquella calle) para servir de orilla a la trayectoria de una singular aventura sonora —de una locura —de una broma de la imaginación —de un rito —de un adiós.

Y todo esto —todo— sumergido en el silencio.

Si somos capaces de imaginárnoslo, hay que imaginárselo así.

Un silencio infinito.

No por nada, pero siempre es un maravilloso silencio lo que ofrece a la vida el minúsculo o enorme estruendo de lo que después se convertirá en inamovible recuerdo. Así es.

Y es por eso, en el fondo, por lo que también ellos, y sobre todo ellos, los doce hombres del principio de la calle y los doce hombres del final de la calle, permanecen inmóviles, como piedras, cada uno con su instrumento encima. No falta nada más que un instante para que comience todo y ellos están allí, apoyados sobre sí mismos, sin otra cosa que hacer, todavía por un instante, que ser ellos mismos —dictado desmedido —feroz, maravilloso deber. Si en alguna parte estuviese Dios, los conocería uno por uno, sabría todo de ellos, y por ellos se conmovería. Doce por una parte. Doce por la otra. Todos hijos suyos. Uno por uno. Y Tegen, que toca una especie de violín, y morirá en las aguas heladas del río, y Ophuls, que toca una especie de tambor, y morirá sin darse cuenta, una noche en que no había luna, y Rjnh, que toca una especie de flautín, y morirá en un burdel entre los muslos de una mujer feísima, y Haddon, que toca una especie de saxofón, y morirá a los noventa y nueve años, ya ves tú qué mala suerte, y Kuppert, que toca una especie de armónica, y morirá en la horca, él y su pierna molida, y Fitt, que toca una especie de enorme tuba, y morirá pidiendo piedad con una pistola apuntándole en medio de los ojos, y Pixel, que toca una especie de bombo, y morirá sin decir ni siquiera en el último momento dónde diablos había escondido ese dinero, y Griz, que toca una especie de doble violín, y morirá de hambre, demasiado lejos de su casa, y Momer, que toca una especie de clarinete, y morirá blasfemando contra Dios, partido en dos por el mal

bastardo, y Lucid, que toca una especie de tromba, y morirá demasiado pronto, sin haber hallado el momento justo para decirle que la amaba, y Tuarez, que toca una especie de gran como, y morirá por error en una pelea entre marineros, él, que no había visto nunca el mar, y Ort, que toca una especie de trombón, y morirá al cabo de unos pocos minutos, con el corazón deshecho por la fatiga o la emoción, quién sabe, y Nunal, que toca una especie de organillo, y morirá fusilado en lugar de un librero de la capital que llevaba peluquín y tenía una mujer más alta que él, y Brath, que toca una especie de flauta, y morirá contando sus pecados a un cura ciego, a quien la gente consideraba un santo, y Felson, que toca una especie de arpa, y morirá ahorcado de uno de sus cerezos tras haber escogido el más grande y más hermoso de todos, y Gasse, que toca una especie de xilófono, y morirá por real decreto, con un uniforme puesto y una carta en el bolsillo, y Loth, que toca una especie de violín, y morirá en silencio, sin saber por qué, y Karman, que toca una especie de trompa, y morirá por un puñetazo demasiado fuerte de «Bill, la bestia de Chicago», trescientos dólares para quien consiga permanecer en pie después de tres asaltos, y Waxell, que toca una especie de cornamusa, y morirá estupefacto con la imagen en los ojos de su hijo bajando el cañón humeante del fusil, sin alterar su rostro, y Mudd, que toca una especie de tam-tam, y morirá feliz, sin más miedos ni deseos, y Cook, que toca una especie de clarín, y morirá el mismo día que el rey, pero sin salir en los periódicos, y Yelyter, que toca una especie de acordeón, y morirá intentando salvar de las llamas a una niña gorda que se hará después famosa por matar a su marido a hachazos y enterrarlo en el jardín, y Doodle, que toca una especie de carillón, y morirá cayendo con un globo aerostático sobre la iglesia de Salinar, y Kudil, que toca una especie de trombón, y morirá después de haber sufrido toda la noche, sin un lamento, sin embargo, para no despertar a nadie. Todos hijos suyos, sólo con que existiera, en alguna parte, Dios. Y por lo tanto todos huérfanos, obviamente, pobre gente —rehenes del azar. Y sin embargo vivos, allí, vivos a rabiarse, pese a todo, y en aquel momento más que en cualquier otro, mientras toda Quinnipak contiene el aliento, y la larga calle delante de ellos espera ser veteada por el sonido cíe sus instrumentos y, silenciosamente, espera convertirse en un recuerdo. El recuerdo.

Un instante.

Después Pekisch hace un gesto.

Y es entonces cuando todo empieza.

Empiezan a tocar, los doce hombres de la derecha y los doce hombres de la izquierda, y mientras tocan, a caminar. Pasos y notas. Lentamente. Los de la izquierda hacia los de la derecha y viceversa. Nubes de sonido, canalizadas en los mil pasos de aquella calle, la única auténtica calle de Quinnipak —en el silencio, es evidente, se oyó el opuesto arrastrarse de una especie de temporal sonoro —pero mucho más dulce que un temporal, desde la izquierda parece una danza, leve, desde

el otro lado podría ser una marcha o también un coro de iglesia, todavía están lejos, se espían desde lejos, así —cerrando los ojos, quizá se consiguiera oírlos nítidamente, a los dos, al mismo tiempo pero distintos —hay quien cierra los ojos, otros miran fijamente hacia adelante, y hay quienes miran a la derecha y después a la izquierda, y después a la derecha y después a la izquierda —Mormy, no. Él, obviamente, mantiene fija la mirada —la verdad es que la gente no sabe con precisión adónde mirar —Mormy ya se ha llevado una imagen, que lo ha traspasado casi enseguida, incluso antes del largo instante de silencio, incluso antes de todo —entre la multitud de gente y miradas sus ojos tenían miles de sitios donde posarse, pero al final han acabado sobre el cuello de Jun —la verdad es que, decididamente, la gente ni siquiera sabe con precisión qué debe escuchar —la gente deja que la magia le resbale por encima, llegado el momento, ya sabrá qué hacer, ésa es la verdad —Jun está justo allí delante, de pie, inmóvil, vestidito amarillo, nada de sombrerito, sino el pelo recogido hacia arriba, en la nuca, de modo que es evidente, cualquiera, estando allí, a nada de ella, justo detrás de ella, cualquiera habría acabado con los ojos sobre esa piel blanca, y la curva del cuello que se desliza hacia el hombro, y el reflejo del sol sobre todo ello — los ojos de Mormy se posaron allí, y allí se quedaron, no podía hacerse nada, era capaz también esta vez de perderselo todo / ese todo que avanzaba lentamente desde los dos extremos de la ciudad, subiendo por la calle, levantando una brisa de polvo, no más, y como compensación coloreando el aire de sonidos móviles y viajeros y vagabundos —esa danza parece una canción de cuna, parece como si avanzara rodando, hecha de nada, hecha de crema —parecen soldados, así, en fila, seis delante y seis detrás, tres metros precisos entre uno y otro —fusilar el silencio con armas hechas de madera y de latón y de cuerdas —cuanto más se acercan, más se difumina todo en los ojos y toda la vida se recoge en los oídos —cada nuevo paso construye en la cabeza un único gran instrumento esquizofrénico y sin embargo preciso —¿cómo podré contar todo esto en casa?, no podrán comprenderlo jamás / Ort no comprendió inmediatamente lo que estaba sucediendo, sólo sintió que se estaba deslizando hacia atrás, lo veía con el rabillo del ojo, se estaba separando de su banda, poco a poco, como una ráfaga blanca que un temporal se deja atrás al cruzar implacable el cielo — sostenía el trombón en las manos y caminaba, pero algo le estaba pasando, si no cómo es que ahora veía llegar de costado el clarín de Cook, que había salido detrás de él, y ahora estaba allí, ya casi a su lado —sonaba el trombón de Ort, pero algo se le estaba rompiendo dentro —dentro de Ort, no dentro del trombón / dentro de la cabeza habrías podido medir, paso tras paso, el apretón de aquellos sonidos que se acercaban —cómo podrá haber todo en una única cabeza, en la cabeza de cada cual, cuando esas dos mareas de sonidos acaben una contra la otra, dentro de la otra, justo en el punto exacto en la mitad de la calle / en la mitad de la calle precisamente donde estaba Pekisch, en medio del resto de la gente, con la cabeza inclinada y los ojos mirando

hacia el suelo —es curioso, parece como si rezara, piensa Pehnt, que está al otro lado de la calle, en medio de la gente, con su chaqueta negra puesta, justo frente a Pekisch, que sin embargo está mirando hacia el suelo —es curioso, parece como si rezara / no tuvo ni siquiera tiempo de rezar, Ort estaba ocupado, con un trombón que tocar, no es poca cosa —se le rompió algo dentro, así ocurrió —tal vez la fatiga, tal vez la emoción —se fue quedando lentamente atrás —pasos cada vez más pequeños, pero hermosísimos, a su manera —tenía la boca en el trombón, y soplabá, todas las notas justas, las estudiadas durante días, no fallaba ni una, eran las notas las que lo traicionaban, poco a poco, se difuminaban a lo lejos, se escapaban, las notas —Ort caminando en el sitio, sin avanzar ni un centímetro, tocando un trombón que no emite ya ninguna nota —en el gran instrumento ahorquillado y viajero es como si una burbuja se rompiera en el aire —un vacío se evapora en el aire / casi falta el aire tanto se agolpa la gente, sin darse cuenta, como aspirada por ese instrumento ahorquillado que lentamente cierra sus pinzas para capturar el espasmo de todos —algo como para sofocar si no fuera porque la mente ya ha sido arrebatada por las sirenas que cantan a sus oídos —arrebatada como Jun, de pie en medio de la gente, con la sensación de todos aquellos cuerpos encima —Jun sonríe, parece un juego —Jun cierra los ojos, y mientras se deja resbalar en un lago de sonidos en dulce tempestad lo nota perfectamente, de repente, ese cuerpo que en medio de todos los demás, y mucho más que el resto, se aprieta contra ella, pegado a su espalda y abajo en las piernas, se diría que por todas partes —y claro que lo sabe, cómo podría no saberlo, que ése es el cuerpo de Mormy / en medio de toda la gente y sin embargo solo, Ort se ha parado —se ha dejado atrás, definitivamente, a la banda, y la emoción de todos está en otra parte —se ha parado —aleja el trombón de la boca, apoya una rodilla en el suelo, después la otra, no ve ni siente ya nada, sólo esa dentellada indecente que lo devora desde dentro, famélica bastarda / claro que estaría encantado, alguien como el señor Rail, de todo aquello, ahora que él está con la frente apoyada en el cristal, mirando a los obreros que sudan sobre sus raíles de plata —ha dicho que llegará y por lo tanto llegará —aran la tierra para sembrar la emoción de una vía férrea —y en efecto está llegando, Hector Horeau sube lentamente por el sendero que lleva a la casa Rail —apenas les separan un puñado de minutos a los dos, al hombre del tren y al hombre del Crystal Palace / apenas habrá ya poco más de cien metros entre la canción de cuna y esa marcha que parece un coro de iglesia —se buscaban y se encontrarán —los instrumentos uno dentro del otro, y los pasos deslizándose juntos, imperturbables, exactamente sobre esa línea invisible que dibuja la mitad exacta de la calle —justo donde está Pekisch, con la cabeza inclinada, inmóvil, y Pehnt, al otro lado de la calle —Pehnt, que va a marcharse —Pehnt, que no escuchará nunca más algo parecido —Pehnt, que quema en aquel horno de sonidos el instante vacío de un adiós / quizá habría hecho falta haber sudado dentro de aquel horno, y entonces no sorprendería

que la mano de Jun haya bajado lentamente hasta rozar la pierna de aquel hombre que era un muchacho algo blanco y algo negro —Jun inmóvil, con los ojos cerrados y en la cabeza la marea de sonidos que se traga en un inenarrable naufragio —no hay nada más hermoso que las piernas de un hombre cuando son hermosas —en el punto más oculto de todo el horno una mano que sube por la pierna de Mormy, una caricia que persigue algo, y sabe adónde ir —mil veces se había imaginado Mormy, así, absurdamente, la mano de Jun en su sexo, apretar con dulzura, apretar con rabia / y al final fue con el dulce cansancio de los vencidos como Ort, de rodillas, se dobló en dos y ofreció la cabeza a la tierra, permaneciendo así, en equilibrio, como en adoración, antes de derrumbarse como un animal fulminado por una bala entre los ojos, hecho trizas por la muerte, desbaratado fanteche tirado por el suelo, grotescamente iluminado en la frente por una astilla de luz salida del sol y rebotada en aquel trombón muerto con él, a su lado / era para sentirse morir viendo la exasperante lentitud con la que aquellos dos minúsculos ejércitos de sonidos marchan el uno contra el otro, paso tras paso —aquella especie de coro de iglesia, como si fuera un rito, la conmoción solemne, y dentro un sabor a marcha, una sombra de triunfo, quizás —y aquella especie de canción de cuna, que rueda como hecha de nada, hecha de crema, estaba lleno de cosas parecidas cuando se era niño —el rito y la canción de cuna —el abrazo de una iglesia iluminada, la caricia del sueño —la ceremonia, la nostalgia —una emoción y otra emoción distinta —la una contra la otra —¿qué podrá ser verlas espumear la una en la otra? —¿y escucharlas? / ¿qué habrá traído consigo?, piensa el señor Rail mientras oye abrirse la puerta del despacho —Hector Horeau, allí, de pie, el cabello alborotado, el cartapacio marrón en la mano —parece no haber transcurrido el tiempo desde la primera vez —parece la repetición pura y simple / sólo que esta vez es de verdad, pura y simple realidad, ésa es Jun realmente y es su mano la que se desliza entre sus muslos —como ese cuello cándido que se desliza sobre los hombros —si Mormy pudiera verlo, en ese momento, sabría que brilla de emoción e, imperceptiblemente, tiembla, con un temor infinitamente pequeño y secreto / un estremecimiento los devora a todos, a quien más, a quien menos, ahora que faltan sólo unos metros, después llegarán inexorablemente la una contra la otra, las dos nubes de sonidos —el desbarajuste en la mente de todos —corazones enloquecidos, miles de ritmos internos que se mezclan con los dos, limpidísimos, que están a punto de chocar / adiós, Pehnt, adiós, amigo que ya no estarás, una vez más adiós, todo esto es para ti / se desliza la mano de Jun entre botones y pudores, con deseo y ternura / Bienvenido de nuevo, señor Horeau —sonriendo y tendiéndole la mano —Bienvenido de nuevo, señor Horeau / cinco metros, no más, un espasmo, una tortura —que choquen de una vez, en nombre de Dios —que estalle todo como un grito / pero Hector Horeau no responde, deja el cartapacio en el suelo, levanta los ojos, permanece callado un instante y después se

abre en una sonrisa, su rostro, una sonrisa / AHORA —ahora —es justo ahora — ¿cómo podríamos habernos imaginado todo esto? —un millón de sonidos que escapan enloquecidos en una única música —están ahí, los unos dentro de los otros —no hay principio no hay final —una banda que engulle a la otra —la conmoción dentro del terror dentro de la paz dentro de la nostalgia dentro del furor dentro del cansancio dentro del deseo dentro del final —socorro —¿dónde ha ido a parar el tiempo? —¿por dónde ha desaparecido el mundo? —qué ha sucedido para que todo esté aquí, ahora —AHORA —AHORA / y se alza por fin la mirada de Pekisch, y entre todos los ojos que tiene enfrente inmediatamente abraza los de Pehnt, perforando la explosión de sonidos que se engullen entre sí, y ya no habrá necesidad de palabras, después de una mirada así, ni de gestos, ni de nada / y se ciñe por fin la mano de Jun en el sexo de Mormy, caliente y duro con un deseo que viene de lejos y de siempre / Hector Horeau se pasa una mano por los cabellos y dice Hemos perdido, señor Rail, quería decírselo, hemos perdido / así es / ha ocurrido / así es / ha ocurrido / ha ocurrido / así es / ha ocurrido / ha ocurrido / ha ocurrido / ¿hay alguien que pueda decir cuánto ha durado? —una nimiedad —una eternidad —han desfilado los unos junto a los otros, sin mirarse tan siquiera, convertidos en piedra por el huracán de sonidos / ¿No habrá Crystal Palace? —No, no habrá Crystal Palace, señor Rail / Pekisch vuelve a bajar la mirada, parece como si rezara / pero está en el punto más secreto del gran horno y nadie puede ver la mano de Jun que se desliza por el sexo de Mormy y lo acaricia por todas partes —la palma de una mano de chiquilla y aquella piel alerta, la una contra la otra —¿puede haber un duelo, en todo el mundo, más hermoso? / es como una suerte de mágico nudo que poco a poco se desata —una especie de guante al revés —ahora se dan la espalda los dos pequeños ejércitos de notas —no ha habido nadie que se haya dado la vuelta, ni siquiera un instante, miraban hacia el frente, desfilando unos junto a otros —¿y quién ha podido mirar nada, en el fondo, en aquel instante, atravesados por el resplandor de aquella música sin sentido y sin dirección? / no, cualquier cosa, pero llorar no, precisamente ahora no, cualquier cosa, Pehnt, pero ésa no —¿por qué? —ahora no, Pehnt / y sí ha habido quien ha llorado, en aquel momento, y quien ha reído y a quien se ha oído cantar —he tenido miedo, me acuerdo —terror de que no acabara nunca —y en cambio lentamente ha ido acabando, paso tras paso / Han elegido el proyecto de Paxton —¿Quién es Paxton? —Alguien que no soy yo / Jun siente la música que se le derrite en la cabeza, y al mismo tiempo el sexo inmóvil de Mormy, rígido por el placer —el ritmo sutil y fluido de aquella mano —¿qué puede hacer un hombre que es un muchacho? —¿qué puede hacer, en una trampa semejante? / y la canción de cuna comienza a recogerse sobre sí misma, y del otro lado gotea la marcha que parece un coro de iglesia —se alejan dándose la espalda —la nostalgia y el rito —una emoción y otra emoción distinta —en la cabeza es como si se dispararan las nubes de un

milagro —la dulzura de las notas que se apartan de nuevo alejadas las unas de las otras —el alivio de la despedida —eso es, tal vez, lo más conmovedor de todo —la filigrana de la despedida —sólo con que supiéramos sentirla bajo los dedos —la dulzura que teje el instante de la despedida / Es una especie de gran semiesfera de piedra, con un gran pórtico al norte, y galerías sobrelevadas alrededor —¿Nada de cristal? —Vidrieras, solamente vidrieras, en fila una detrás de otra —¿Y por qué ha ganado? —¿Es que es importante saber el porqué? /y es precisamente cuando se relaja la presa de la emoción y se ensanchan las mallas del gentío —cuando desciende el encantamiento de la lejanía —precisamente en el corazón del horno que aventa las cenizas de la tensión —es entonces cuando Jun siente palpar la polla de Mormy, como un corazón arrebatado, agotado, y después su esperma descender entre sus dedos, derramarse por todas partes —el afán exacto de la mano de Jun y el exhausto deseo de Mormy, el uno y el otro disolviéndose en aquel líquido aterciopelado —al final hay siempre un mar en el que desembocar, para cualquier río —la mano de Jun que se aleja, lentísima —vuelve atrás un instante —desaparece en la nada / la gente ha vuelto poco a poco a cobrar conciencia de sí misma —rostros embriagados recuperan la dignidad —se acunan los oídos en el tenue apagarse de la noche —lejano, ésta es un palabra hermosísima —y quien vuelve a abrir los ojos siente el latigazo del sol —mientras ellos siguen tocando, imperturbables, y alineando un paso detrás del otro, cada uno sobre un hilo propio imaginario y rectilíneo —el hilo de alguno rozará el cuerpo deshecho de Ort, tirado en el suelo —es inevitable, por allí no tendrán más remedio que pasar —pero nadie se detendrá, si acaso una imperceptible desviación, un instante, nada más, sin ningún temblor en las notas, ni siquiera el reflejo de algo —quien no comprenda esto, no comprende nada —porque donde la vida arde de verdad la muerte no es nada —no hay nada más contra la muerte —sólo eso —hacer que la vida arda de verdad / el señor Rail y Hector Horeau sentados, mirando a la lejanía, en silencio —dentro de ellos, el tiempo / las dos manos de Jun, una sobre la otra, apoyadas en el vestido amarillo —dentro de ellas un secreto / unos cuantos metros hasta el final —no hay desviaciones ni de un milímetro cuando desfilan junto a Ort —se inclina la danza que parece una canción de cuna —se retira la marcha que parece un coro de iglesia —se esfuma la nostalgia —se evapora el rito —no hay nadie que ose respirar —los últimos cinco pasos —la última nota —fin —parados al borde extremo de la última casa —como si fuera un abismo —callan los instrumentos —no hay ningún ruido, nada —¿nadie osará romper alguna vez el encantamiento? —antes tocaban y ahora están inmóviles, a sus espaldas, la ciudad, y delante, el infinito —como, por lo demás, todos —el infinito en la mente —hasta Ort tiene el infinito delante, a su manera —todos —en aquel momento y siempre.

Ahí está lo horrible y lo maravilloso.

No ocurriría en realidad nada sólo con que no se tuviera delante el infinito.



*... die uns beinah bestürzt,...*

# Cinco

# 1

—SEÑORA RAIL, señora Rail... disculpe... Señora Rail...

—Entra, Brath.

—Señora Rail, ha pasado una cosa...

—Habla, Brath.

—Mormy...

—¿Qué ocurre, Brath?

—Mormy... Mormy ha muerto...

—¿Qué dices?

—Han matado a Mormy

—¿Qué dices?

—Lo han matado. Estaba allí, y le han dado en la cabeza, nos tiraban piedras y una le ha dado en toda la cabeza. Se ha desplomado como un saco. No respiraba.

—¿Qué dices?

—Han sido los de la vía férrea, los obreros, estaban enfurecidos, gritaban contra nosotros, eran unos cuarenta, tal vez más, nosotros hemos intentado detenerlos, pero eran demasiados y entonces hemos tenido que huir... estábamos huyendo cuando han empezado a tirarnos esa malditas piedras, y yo no sé por qué, pero Mormy se ha quedado atrás, yo le he gritado que se diera prisa, pero él no me oía, yo no sé, se ha quedado allí y al final una piedra le ha dado de lleno en la cabeza, y se ha desplomado, y entonces todos se han parado, pero era va demasiado tarde, va no se podía hacer nada, no respiraba, y tenía la cabeza toda... estaba muerto, vaya.

—¿Qué dices?

—Querían desmontar la línea férrea, por eso nos hemos acercado allí, y al final hemos empezado a arrearnos con ellos, pero son mala gente y nosotros éramos pocos, de modo que al final hemos tenido que largarnos, y hemos huido todos, excepto Mormy... es decir, él ha empezado a correr junto a nosotros, pero de repente se ha dado la vuelta y se ha parado, no sé por qué, así que estaba justo allí, en el medio, inmóvil, cuando ellos han empezado a tirarnos esas malditas piedras se carcajeaban y nos arrojaban las piedras, porque sí, como para descojonarse de nosotros... sólo que Mormy se había quedado justo allí en medio, y los miraba fijamente, fijamente, quizás eso también les ha hecho cabrearse, no lo sé, pero lo que he visto es que de repente se ha desplomado en el suelo, una piedra le había dado de lleno en la cabeza, se ha desplomado y ellos han dejado de reírse... y nosotros de correr. Hemos vuelto hacia atrás, pero ya no se podía hacer nada, tenía la cabeza destrozada, sangre por todas partes, le habían abierto la cabeza, no sé qué era lo que estaba mirando, por qué se ha parado allí, no habría pasado nada si hubiera venido con nosotros...

—¿Qué dices?

—Los de la línea férrea estaban enfurecidos porque hace meses que no ven un céntimo, y se han puesto a desmontar los raíles, uno por uno, y han dicho que no pararían hasta que llegara el dinero que se les debía, y efectivamente se han puesto allí mismo a desmontar uno a uno los raíles... y entonces les he dicho que cuando el señor Rail volviera seguro que traería el dinero que se les debía, pero ellos no atendían a razones, va no nos creían... no queríamos que desmontaran el tren del señor Rail, así que hemos ido hasta allí abajo para detenerlos de alguna forma, y no había ninguna necesidad de que también fuera Mormy, pero él quería acompañarnos y los demás han dicho que nadie estaba de más, así que él también ha venido. Y cuando estábamos allí, hemos intentado hablarles y convencerlos, pero son mala gente, yo ya se lo había dicho al señor Rail, mire que todos esos vienen derechos de la cárcel... él no quería ni oír hablar de ello... así que se nos han escapado un par de insultos y después, no sé cómo ha empezado, pero el caso es que hemos acabado por arrearnos, nos habíamos llevado algunos bastones, pero porque sí, no precisamente para usarlos, sólo para no llegar con las manos vacías... pero cuando yo he visto que aparecían cuchillos, entonces he gritado a todos que se largaran, porque eran demasiados, y son mala gente, así que hemos empezado a correr, todos excepto Mormy, que al principio había comenzado a correr él también, pero después he dejado de verlo y cuando me he dado la vuelta entonces lo he visto, allí en medio, se había quedado parado, inmóvil, y miraba fijamente a aquellos delincuentes, no sé por qué, parecía encantado, no oía nada, los miraba fijamente y hasta, como una estatua, que sin embargo, de repente, se ha derrumbado por el suelo... lo habían alcanzado de lleno en la cabeza y él se ha desplomado... hacia atrás... como un monigote... entonces nos hemos parado todos, nosotros nos hemos parado y también esa gente ha dejado de reírse, de hablar, un silencio horrible, no sabíamos qué hacer, y Mormy estaba allí, en el suelo, no hacía ningún gesto, nada. Y yo he corrido hacia él, porque he pensado que lo habían matado, y así era, esos bastardos lo habían matado... Tenía la cabeza abierta en dos partes, salía sangre y otras cosas, yo quería hacer algo, pero no se sabía ni siquiera dónde tocar, ni siquiera se le podían encontrar los ojos, en aquel amasijo, para mirarlo a los ojos y decirle que aguantara, que saldría de ésta, pero ya no había ojos, ya no había nada, no sabías a qué hablarle, y entonces le he cogido las manos, no se me ha ocurrido nada más, me he quedado allí, apretándole fuerte las manos, como un estúpido, llorando como un niño, no lo sé, es que era horrible, y además por una idiotez así... ¿por qué no ha huido, eh?, qué había visto para quedarse allí, inmóvil, a que lo mataran, qué habrá visto, yo no lo sé, él te miraba siempre con esos ojos delirantes, no te miraba como lo hacen los demás, tenía una manera... ¿es posible que precisamente eso le haya costado la vida?, ¿qué tenía en los ojos para dejarse matar así?, qué diablos buscaba... qué diablos buscaba...

Ocho meses después de la fiesta de San Lorenzo, una tarde de enero, mataron a

Mormy. El señor Rail estaba fuera, nadie sabía dónde. Jun estaba sola cuando enterraron a Mormy. Y siguió sola días y días, hasta que le llegó un paquete con su nombre escrito en negro sobre el papel marrón. Cortó la cuerda que lo sujetaba, abrió el papel marrón y debajo había un papel blanco. Abrió el papel blanco que envolvía un papel rojo que recubría una caja violeta donde encontró una pequeña cajita de tela amarilla. La abrió. Dentro había una joya.

Entonces Jun llamó a Brath y le dijo:

—Está a punto de volver el señor Rail. Quiero que averigües cuándo llega y por dónde. Quiero salir a su encuentro.

—Pero eso no es posible. Nadie sabe adónde ha ido.

—Llévame hasta él, Brath, lo más rápido que puedas.

Dos días después, Jun se encontró sentada en la estación ferroviaria de una ciudad cuya existencia ni siquiera conocía. Llegaban trenes, partían trenes. Pero ella permanecía sentada, con los ojos clavados en el suelo. Respiraba tranquila, bajo un velo de paciencia infinita. Pasaron varias horas. Después se le acercó un hombre que era el señor Rail.

—Jun, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella se levantó. Parecía haber envejecido años y años. Pero sonrió y dijo despacio

—Perdóname, Dann. Pero quería preguntarte una cosa.

Brath permanecía algunos pasos más atrás. Sentía que el corazón le estallaba dentro.

—Tú una vez me dijiste que nosotros dos no moriríamos jamás, ¿era verdad?

Iban y venían, los trenes, como enloquecidos. Y toda la gente subiendo y bajando, cada uno cosiendo su historia, con la aguja de su propia vida, trabajo maldito y hermoso, tarea infinita.

—Era verdad, Jun. Te lo juro.

Cuando el señor Rail llegó a casa, encontró en ella un silencio horrible y un huésped no deseado, el ingeniero Bonetti. El ingeniero habló mucho, recurriendo constantemente a dos expresiones que debían de parecerle resolutivas: «lamentable incidente» y «deplorable retraso en los pagos». El señor Rail estuvo escuchándolo un rato, en el umbral, sin permitirle entrar en la casa. Después, cuando estuvo definitivamente seguro de que aquel hombre le daba asco, lo interrumpió y le dijo

—Quiero que sus hombres se marchen antes del anochecer. Dentro de un mes recibirá su dinero.

Y, ahora, váyase.

El ingeniero Bonetti refunfuñó algo, desairado.

—Y otra cosa. Había unos cuarenta hombres, aquel día, ahí abajo. Y uno de ellos tenía mucha puntería o mucha mala suerte. Si usted lo conoce, dígame que aquí lo han perdonado todos. Pero dígame también esto: que lo pagará. Le han salido mal las

cosas, y lo pagará.

Puedo asegurarle, señor Rail, que no podría ser portador de tan bárbaro mensaje, porque, como le he dicho, no tengo en modo alguno conocimiento de quién podría...

—Desaparezca. Apesta usted a muerte.

Al día siguiente, las obras estaban desiertas. Todos habían desaparecido. Había nueve kilómetros y cuatrocientos siete metros de raíles delante de los ojos de Elisabeth. Inmóviles. Mudos. Acababan en un prado cualquiera, en medio de la hierba. Hasta allí llegó el señor Rail, después de haber caminado solo, bajo una lluvia finísima, paso tras paso, durante horas. Se sentó en la última traviesa de los raíles. Si uno miraba a su alrededor, no había más que prados y colinas, todo inundado por aquella agua gris que resbalaba desde arriba. Podías girarte hacia cualquier parte, pero todo parecía malditamente igual. Nada que hablase, o que te mirara. Un desierto podrido, sin palabras y sin dirección. El señor Rail seguía mirando a su alrededor, pero no había manera de llegar hasta el fondo. Es que no era capaz de comprenderlo. Nada que hacer. No era capaz en modo alguno de descubrirlo. En qué parte estaba la vida.

## 2

El señor Rail y Hector Horeau, uno sentado enfrente del otro, en el corazón del invierno, en el corazón de la enorme casa, silenciosa. No habían vuelto a verse nunca. Años. Después Horeau había aparecido.

—No había nieve, en París.

—Esto está lleno de nieve.

Uno enfrente del otro. Grandes sillones de mimbre. Respiraban el silencio, sin buscar palabras. Estar allí, eso ya es un gesto. Tiene su belleza. Minuto tras minuto, quizás una hora así. Después, casi imperceptiblemente, empieza a deslizarse la voz de Hector Horeau.

—Creían que no se mantendría en pie. Cuando llegue la multitud a la inauguración, miles y miles de personas, se doblará como si estuviera hecho de papel, y en el fondo está hecho de papel, peor aún, de cristal. Eso decían. Se caerá en cuanto apoyen el primero de esos enormes arcos de hierro, lo apoyarán y todo se vendrá abajo, escribían los expertos. Llega ese día y hay una buena parte de la ciudad que ha venido a propósito para ver cómo se derrumba todo. Son enormes esos arcos de hierro, los nervios que sostendrán el transepto, hacen falta decenas de árganas y garruchas para levantarlos, lentamente, deben subir hasta veinticinco metros de altura y después apoyarse sobre columnas que parten del suelo. Hace falta al menos un centenar de hombres. Trabajan ante los ojos de todos. Todos allí, esperando la catástrofe. Emplean una hora. Cuando al final no falta apenas nada para el momento crucial, hay quien no lo aguanta, y baja los ojos, no quiere ver, y por lo tanto no verá, cómo los enormes arcos de hierro descienden dulcemente y se posan sobre las columnas, como pájaros gigantescos emigrados desde lejos para reposar allí. Ahora aplaude la gente. Dice yo ya lo había dicho. Después vuelve a casa y lo cuenta, y los niños se quedan allí, con los ojos muy abiertos, escuchando. ¿Me llevarás un día a ver el Crystal Palace? Sí, te llevaré un día, ahora, a dormir.

El señor Rail ha cogido en la mano un libro nuevo y corta las páginas, una a una, con un abrecartas de plata. Libera las páginas una a una. Como si engarzara perlas en un hilo, una después de la otra. Horeau se retuerce las manos y mira hacia adelante.

—Trescientos soldados del Corps of Royal Sappers. A su mando, un hombre de unos cincuenta años, con una voz estridente y grandes bigotes blancos. No creían que se mantendrían en pie las galerías colgantes bajo el peso de toda la gente y todas las cosas que llegarían para la Exposición Universal: de modo que habían avisado a los soldados. Todos son muchachos, quién sabe si tienen miedo. Querían hacerlos subir allá arriba y marchar sobre los ejes de madera que según todo el mundo deberían derrumbarse. Suben caminando sobre las pasarelas, en fila de dos en dos. Una procesión que no parece tener fin. Quién sabe si tienen miedo. Al final los alinean

arriba, como si fuera un desfile, hasta llevan fusiles, cada uno el suyo, y una mochila llena de piedras. Los obreros los miran desde abajo, y piensan qué guerra más ridícula. El hombre de los bigotes blancos grita una orden y los soldados se ponen rígidos. Otro grito y empiezan a marchar, alineados perfectamente, implacables. A cada paso podría estallar todo, pero en aquellas trescientas caras no hay nada dibujado, miedo, estupor, nada. Perfectamente adiestrados para marchar al encuentro con la muerte. Un espectáculo. Viéndolo de lejos, podría parecer una guerra encerrada dentro de una botella, un trabajo fino, dejémonos de veleros o cosas por el estilo. Una guerra metida en una enorme botella de cristal. El estrépito rítmico de los pasos retumba en las paredes de cristal, vuelve hacia atrás, gira en el aire. Uno de los obreros tiene una armónica en el bolsillo. La saca y empieza a tocar *God save the Queen* al mismo ritmo que esa marcha sin sentido. No se destrozará nada, llegarán vivos hasta el final. Es bonito el sonido de la armónica. Llegan hasta el fondo de la galería y allí se detienen. Los detiene un grito del hombre de los bigotes blancos. Otro hace que den la vuelta. Volverán a pasar, por segunda vez y después por tercera. Adelante y atrás, a diez metros del suelo, sobre un suelo de madera que no se derrumbará. Una historia divertida. Acabará también en los periódicos. Como la otra, la de los pájaros. Llegó una inmensa bandada de pájaros y se posó en las vigas del Crystal Palace. Miles de pájaros, ya no se podía trabajar. Disfrutaban de la templanza detrás de los cristales que ya habían sido montados. No había manera de alejarlos de allí. Un perenne estrépito, y además aquellos continuos, enloquecedores vuelos por todas partes, te trastornaban la cabeza. No se les podía disparar, con todos aquellos cristales a su alrededor. Probaron con venenos, pero no caían en la trampa. Se detuvo todo, faltaban dos meses para la inauguración y se tuvo que parar todo. Era ridículo, pero no se podía hacer nada. Cada cual, obviamente, decía algo, pero no había sistema, ni uno solo, que funcionara. Y se habría ido todo al diablo si la reina no hubiera dicho llamad al duque de Wellington. Él. Llegó una mañana a las obras, y estuvo un rato observando los miles de pájaros que campaban a sus anchas detrás de los cristales y en el aire. Miró y luego dijo: «Un halcón. Traed un halcón». No dijo nada más y se marchó.

El señor Rail cortaba las páginas de su libro, una a una. Página 26. Y escuchaba.

—Indescriptible. La gente vuelve a casa, después de haber visto el Crystal Palace, y dice: indescriptible. Hay que haber estado allí. Pero ¿cómo es? ¿Es verdad que hace un calor asfixiante? No, no es verdad. ¿Y cómo lo habrán hecho? No lo sé. ¿Es verdad que hay un órgano enorme? Hay dos, dos órganos. Hay tres. He oído sonar los tres órganos del Crystal Palace: indescriptible. Han pintado todas las pilastras de hierro, rojas, azules, amarillas. Y los cristales, háblame de los cristales. Es todo de cristal, como un invernadero, pero mil veces más grande. Tú estás dentro, y es como si estuvieras fuera, pero estás dentro. No hay necesidad de explicar nada a la gente, la



gente ya sabe que aquello es algo mágico. Llegan desde lejos, caminando, y comprenden de inmediato, apenas lo ven desde lejos, que nunca se ha visto una cosa parecida. Y mientras se van acercando, empiezan a imaginar. Todo un mundo hecho de cristal. Todo sería tan ligero. Incluso las palabras, y los horrores, y hasta morir. Una vida transparente. Y después morir con unos ojos que puedan mirar a lo lejos, y otear el infinito. No hay necesidad de explicar estas cosas a la gente. La gente las sabe. Por eso también, cuando la Exposición Universal terminó, nadie pensó que de verdad el Crystal Palace pudiera permanecer allí para siempre. Le había quedado pegado encima el estupor de demasiados ojos, y las fantasías de miles de hombres. De modo que desmontaremos pieza a pieza el gigantesco palacio de cristal, y volveremos a montarlo fuera de la ciudad, con kilómetros de jardines a su alrededor, y además lagos y fuentes y laberintos. Se harán fuegos artificiales, por la noche. Y por el día enormes conciertos, o espectáculos maravillosos, o carreras de caballos, batallas navales, cosas de acróbatas, de elefantes, de monstruos. Está ya todo preparado. Lo desmontaremos en un mes y volveremos a montarlo allá. Idéntico. O quizá todavía más grande. Y la gente dirá: mañana iremos al Crystal Palace. Todas las veces que quieran irán allí para soñar lo que les apetezca. De vez en cuando lloverá y la gente dirá: vamos a oír cómo resuena la lluvia en el Crystal Palace. Y se reunirán a centenares bajo todo ese cristal, hablando en voz baja, como peces en un acuario, para escuchar la lluvia. El ruido que hace.

El señor Rail había dejado de cortar en la página 46. Era un libro que hablaba de fuentes. Traía también dibujos. Y algunos mecanismos hidráulicos increíbles. Había dejado el abrecartas sobre el brazo del gran sillón de mimbre. Miraba a Hector Horeau. Lo miraba.

—Un día me llega una carta y en su interior está escrito: Quiero conocer al hombre que ha concebido el Crystal Palace. Caligrafía femenina. Una firma, Rebecca. Después me llega otra, y otra más. Así que al final acudo a la cita, a las cinco, justo en el punto central del nuevo Crystal Palace, el que hemos reconstruido en medio de kilómetros de jardines y lagos y fuentes y laberintos. Rebecca tiene una piel blanquísima, casi transparente. Paseamos junto a las grandes plantas ecuatoriales y de carteles que anuncian el próximo combate de boxeo entre Robert Dander y Pott Bull, el desafío del año, entradas a la venta en la puerta este, precios populares. Soy yo quien ha concebido el Crystal Palace. Yo soy Rebecca. La gente, a nuestro alrededor, camina hacia adelante y hacia atrás, se sienta, charla. Rebecca dice Estoy casada con un hombre maravilloso, un médico, hace un mes desapareció, sin decirme nada, sin dejar ni una línea, nada. Tenía un hobby algo especial, prácticamente era una manía, trabajaba en ello desde hacía años: escribía una enciclopedia imaginaria. Lo que quiero decir es que se inventaba personajes famosos, qué sé yo, artistas, científicos, políticos, y escribía sus biografías y lo que habían hecho. Millares de

nombres, usted puede no creerme, pero así era. Iba en orden alfabético, había empezado por la A y antes o después habría llegado a la zeta. Tenía decenas de cuadernos llenos. Él no quería que los leyera, pero cuando desapareció cogí el último cuaderno y lo abrí donde se había detenido. Había llegado a la H. El último nombre era Hector Horeau. Allí estaba su historia y después todo el asunto del Crystal Palace, hasta el final. ¿Final? ¿Qué final? Hasta el final, dijo Rebecca. Y así supe qué final le esperaba al Crystal Palace, de la voz de aquella mujer que caminaba con infinita elegancia y que tenía la piel blanquísima, casi transparente. Yo le pregunté ¿Qué final? Y ella me lo contó.

El señor Rail permanecía allí, inmóvil, mirándolo. Había dejado en el suelo su libro sobre fuentes y jugueteaba con el abrecartas de plata entre las manos, dejando resbalar los dedos por la hoja sin punta, sin filo. Una especie de puñal cobarde. Para asesinos cansados. Hector Horeau miraba hacia adelante y hablaba con dulce imperturbabilidad.

—Había sólo ocho músicos que estaban ensayando. Era ya tarde, de noche, y en el Crystal Palace sólo estaban ellos, ellos y algunos vigilantes. Ensayaban para el concierto del sábado. Parecía pequeñísima, aquella música, perdida en medio de aquella enormidad de hierro y cristal. Parecía como si tocaran un secreto. Después una cortina de terciopelo empezó a arder, nadie ha sabido jamás decir por qué. El violonchelista vio con el rabillo del ojo cómo aquella extraña antorcha se encendía en el otro extremo del edificio y levantó el arco de las cuerdas. Dejaron de tocar, uno por uno, sin decir una palabra. No sabían muy bien qué hacen Parecía una tontería. Dos vigilantes habían acudido inmediatamente y se afanaban para que las cortinas cayeran al suelo. Se movían rápidamente, en las lenguas de fuego que las llamas arrojaban a su alrededor. El violonchelista recogió las partituras del atril. Dijo Quizá convenga llamar a alguien. Uno de los violinistas dijo Yo me voy de aquí. Metieron sus instrumentos en los estuches y se largaron a toda velocidad. Alguno permaneció atrás para mirar las llamas que se alzaban cada vez más altas. Después ocurrió todo en un instante: el parterre de un seto, a pocos pasos de la cortina, se encendió como un rayo y empezó a crepitar con ferocidad hasta alcanzar una araña de petróleo que colgaba del techo y que se vino abajo haciéndose pedazos, de manera que en un instante el fuego pareció extenderse por los alrededores como una maraña de arroyuelos en llamas que se lanzaran enloquecidos contra cualquier cosa, en un contagio fulminante de fuego y luz y humo y ardiente destrucción. Un espectáculo. Las llamas devoraron en un puñado de minutos quintales de cosas. Desde fuera, el Crystal Palace empezaba a parecer una enorme lámpara encendida por una mano gigante. En la ciudad hubo quien se acercó a las ventanas y dijo ¿Qué es aquella luz? Un ruido sordo empezaba a bajar por los senderos del parque y a llegar a las primeras casas. Acudieron decenas de personas, y después centenares, y después millares. A ayudar, a ver; a gritar, todos

con las cabezas hacia arriba para mirar aquellos desatinados fuegos artificiales. Arrojan agua a barriles, claro está, pero nada podía detener aquella invasión de fuego. Todos decían Resistirá, porque no podía desvanecerse así un sueño como aquél. Todos pensaron Resistirá, y todos, absolutamente todos, se preguntaron ¿Cómo puede arder algo de hierro y de cristal?, en efecto, cómo era posible algo así, el hierro no arde, el cristal no arde, y sin embargo allí las llamas se lo están tragando todo, absolutamente todo, tiene que pasar algo, no es posible. No tiene sentido. Y, en efecto, no tenía sentido, absolutamente ningún sentido, sin embargo, cuando la temperatura de dentro se volvió insostenible, estalló la primera lámina de cristal, de lo que casi nadie se dio cuenta, no era más que una entre las miles, como si fuera una lágrima, nadie la vio, pero aquélla era la señal, la señal del acabo, y así fue, en efecto, como todos lo comprendieron cuando, una detrás de la otra, empezaron a estallar todas las láminas de cristal, literalmente a estallar en pedazos, chasquidos como latigazos, sembrados en el enorme crepitar del inmenso incendio, los cristales volaban por todas partes, algo fascinante, una emoción que te clavaba allí, en la noche iluminada como si fuera de día, en los ojos las salpicaduras de cristal por doquier, trágica fiesta, un espectáculo para echarse a llorar; allí mismo, de repente, sin saber bien por qué. Estallan los diez mil ojos del Crystal Palace. Por eso es. Y entonces llegó el final, sólo quedaba una gigantesca hoguera que siguió pulverizando emociones durante toda la noche, desaparecía el Crystal Palace, poco a poco, de aquella manera tan absurda, pero a lo grande, eso hay que admitirlo, a lo grande. Se dejó consumir poco a poco, casi sin resistencia, y al final se dobló en dos, vencido para siempre, se le rompió en dos la espina dorsal, quebrada ferozmente, la gran viga de hierro que lo recorría todo, desde el principio hasta el final, se partió después de haber resistido durante horas, agotada, se desgarró con un estrépito tremendo que nadie olvidaría, lo oyeron a kilómetros de distancia, como si hubiera estallado una bomba inmensa, para destrozar la noche que la rodeaba y el sueño de cualquiera, Mamá, ¿qué ha sido eso? No lo sé, Tengo miedo, No tengas miedo, duérmete. Pero ¿qué ha sido eso? No lo sé, hijo mío, se habrá caído algo, se ha caído el Crystal Palace, ésa es la verdad, se ha venido abajo de rodillas y se ha rendido, desvanecido para siempre, desaparecido, disipado, y basta, así han ido las cosas, todo ha acabado, esta vez para siempre, acabado en la nada, para siempre. Quienquiera que lo haya soñado, ahora está despierto.

Silencio.

El señor Rail ha bajado los ojos. Se araña la palma de una mano con la punta redondeada del abrecartas de plata. Parece como si estuviera escribiendo algo. Una letra detrás de otra. Letras como jeroglíficos. Sobre la piel quedan signos que luego desaparecen como letras mágicas. Escribe y escribe y escribe y escribe y escribe. Ni un ruido, ni una voz, nada. Pasa un tiempo infinito.

Después el señor Rail deja el abrecartas y dice

—Un día... algunos días antes de que muriera... vi a Mormy... vi a mi hijo Mormy haciendo el amor con Jun.

Silencio.

—Ella estaba encima de él... se movía lentamente y era bellísima.

Silencio.

Al día siguiente Hector Horeau se marchó. El señor Rail le regaló un abrecartas de plata. No volverían a verse nunca más.

### 3

*Maldito Pekisch:*

*¿Cómo tengo que decirte que dejes de mandarme tus cartas a casa del señor Ives? Te lo he escrito y vuelto a escribir, ya no vivo allí. Me he casado, Pekisch, ¿te quieres enterar de una vez? Tengo una mujer, pronto tendré un hijo, si Dios quiere. Y, sobre todo, YA NO VIVO CON EL SEÑOR IVES. El padre de Dora nos ha regalado una casita de una planta y es allí donde me gustaría recibir tus cartas, visto que la dirección te la he dado ya cien veces. Lo que quiero decir es que el señor Ives empieza a perder la paciencia. Y además vive al otro lado de la ciudad. Cada vez me toca hacer un viaje de la leche. Aunque yo sé por qué te obstinas en mandarlas allí, y, para ser del todo sinceros, es eso lo que me saca de quicio, porque en realidad el viaje no me cuesta tanto hacerlo, y el señor Ives es en el fondo un hombre muy paciente, pero la cuestión real es que tú te obstinas en no querer pensar que yo estoy aquí y ya no estoy...*

*... un viento enloquecedor que lo ha puesto todo patas arriba, cabezas incluídas, me refiero a los pensamientos, no a las cabezas, ésas que están sobre los hombros. Y nada más. En cierto sentido, pensándolo bien, es estúpido que no se haya pensado nunca en el viento para transportar la música de un sitio a otro. Se podrían construir fácilmente molinos que, con algunas modificaciones, podrían filtrar el viento y recoger los sonidos que lleva en su interior con un aparato hecho a propósito, con el que luego poder hacérselos oír a la gente. Se lo he dicho a Caspar. Pero él dice que con el molino se hace harina. No hay poesía en la cabeza de Caspar. Es un buen chico, pero le falta poesía.*

*En fin.*

*No te vuelvas imbécil, manténte alejado de los ricos y no te olvides de tu viejo amigo*

*Pekisch*

*P.D.: Me ha escrito el señor Ives. Dice que ya no vives ahí con él. No es por meterme donde no me llaman, pero ¿qué narices ocurre?*

*... maravillosa, realmente maravillosa. Yo ni siquiera me imaginaba cómo podría ser, y aquí estoy ahora mirándolo, durante horas, y no me parece verdad que esa cosita tan pequeña sea hijo mío, es como para no creerlo, lo he hecho yo. Y Dora, claro está. En cualquier caso, yo también tengo que ver en ello. ¿Y cuando se haga*

mayor? Habrá que contarle algo a este niño. Pero ¿por dónde se empieza? Dime, Pekisch, ¿qué es lo que hay que contarle, la primera vez que se le cuenta algo? Justo lo primero: de todas las historias que existen, habrá una que vaya mejor para ser la primera historia que le toque oír. Habrá una, seguro, pero ¿cuál?

Soy feliz y ya no comprendo nada.

Sin embargo, ni siquiera por un instante dejo de ser tu

Pehnt

Escúchame bien, Pehnt:

Puedo incluso llegar a soportar la idea, en sí ridícula, de que te hayas casado con la hija del más rico agente de seguros de la capital. Puedo incluso llegar a soportar la idea de que, como consecuencia de ese gesto chusco y siguiendo una lógica que juzgo desoladora, te vayas a dedicar a los seguros. Puedo incluso, si tanto te importa, tomar nota de que has sido capaz de traer al mundo a un niño, lo que ineluctablemente te llevará a formar una familia y por lo tanto, en un plazo razonable, a alhelarte. Pero lo que bajo ningún concepto puedo permitirte es que le pongas a esa pobre criatura el nombre de Pekisch, es decir, el mío. ¿Pero qué clase de idea es la que se te ha ocurrido? Ese pobre chico tendrá va bastantes follones sin que te entrometas tú también para complicarle la vida con un nombre ridículo. Que, además, ni siquiera es un nombre. Un nombre de verdad, quiero decir No es que yo naciera llamándome ya Pekisch. Eso sucedió después. Si de verdad quieres saberlo todo, yo ya tenía un nombre antes de aquel maldito día en el que se presentó Kerr con su banda. Fue entonces cuando lo perdí todo, incluso mi nombre. Lo que ocurrió es que mientras huía y me hallaba en una ciudad que no recuerdo ni siquiera dónde estaba, acabé en un cuartucho horrendo con una putita de tres al cuarto, y ella se sentó en la cama y me dijo: Yo me llamo Fanny, ¿y tú? ¿Y qué sabía y o? Estaba quitándome los pantalones. Le dije: Pekisch. Lo había oído en alguna parte, pero quién se podía acordar de dónde. Me salió el decirle: Pekisch. Y ella: Qué nombre más extraño. Lo ves: hasta ella había comprendido que era un nombre de mentira, y tú quieres ponérselo a esa pobre criatura. ¿Es que no te das cuenta de que va derecho a convertirse en un agente de seguros? ¿Te parece que uno puede ser agente de seguros con un nombre como Pekisch? No le des más vueltas. La señora Abegg dice que le quedaría estupendamente Charlus. A mí me parece que no es que esté demostrado traer mucha suerte como nombre, pero en fin... Quizá pudiera bastar con un simple Bill. La gente se fía de los que se llaman Bill. Es un buen nombre para un agente de seguros. Piénsatelo.

Y además Pekisch soy yo, ¿Qué tiene que ver él?

Pekisch sr.

*P.D.: El señor Rail dice que no quiere asegurar la línea férrea porque la línea férrea ya no existe. Es una larga historia. Ya te la contaré algún día.*

*Muy venerable y apreciado señor y profesor Pekisch:*

*Le quedaríamos muy agradecidos si se dignara comunicarnos qué graves acontecimientos de las narices han podido impedirle tomar su estimadísima pluma y hacernos llegar sus noticias. Por otro lado, no resulta en verdad muy amable por su parte el obstinarse en devolvernos, intonso, el modesto fruto de nuestro trabajo de meses, es decir, el humildísimo Manual del perfecto agente de seguros, que aparte de estar dedicado a usted, podría no ser del todo inútil para su cultura general.*

*Tal vez lo que ocurra es que el aire de Quinnipak esté haciendo que se oxide el afecto que en tiempos sentía usted por su devotísimo amigo, que jamás podrá olvidarle y que se llama*

*Pehnt?*

*P.D.: Recuerdos de parte de Bill*

*... especialmente allí donde se trata, en el capítulo xvii, del papel determinante que adquiere el uso de los botines para el decoro que «inapelablemente» debe caracterizar al auténtico agente de seguros. Os aseguro que páginas como ésta nos devuelven la fe en la capacidad de nuestra amada patria de parir inigualables escritores humorísticos. No subestimo, como es natural, la ironía incomparable de los párrafos dedicados a la dieta del perfecto agente de seguros y a los adverbios que el mismo no debiera usar jamás en presencia del estimado cliente (el cual, según veo confirmado en vuestro texto, tiene siempre razón). Tampoco me permitiría nunca negar el tono dramático de las páginas en las que vos, con pluma magistral, resumís los riesgos que conlleva el asegurar barcos que transporten pólvora. Pero consiéntaseme que os repita que nada consigue igualar la plástica comicidad de las líneas dedicadas a los citados botines. Como homenaje a ellas, estoy empezando a tomar en consideración la posibilidad de valerme de vuestros servicios, confiando a la irreprochable seriedad de vuestra Empresa Aseguradora lo que en la vida me es más precioso y que, en definitiva, es la única cosa que verdaderamente poseo: mis orejas. ¿Creéis que os sería posible mandarme el borrador de una póliza contra los riesgos de sordera, mutilaciones, lesiones permanentes y casuales extravíos? Podría tomar también en consideración, vista mi discutible disponibilidad económica, la eventualidad de asegurar una sola de las dos orejas. Preferentemente la derecha. Ved vos mismo qué se puede hacer: Permitidme ahora enviaros mis más sinceras*

*felicitaciones y hacedme el honor de creerme infinitamente vuestro,*

*Pekisch*

*P.D.: Se me ha perdido un amigo que se llamaba Pehnt. Era un chico inteligente. ¿No sabréis vos algo al respecto?*

*Viejo, bendito, Pekisch:*

*Eso sí que no tenías que habérmelo hecho. No me lo merezco. Yo me llamo Pehnt, y sigo siendo aquél que se quedaba tumbado en el suelo para escuchar la voz de los tubos, como si pudiera llegar de verdad, cuando en realidad no llegaba. Nunca llegó. Y ahora yo estoy aquí. Tengo una familia, un trabajo y por la noche me acuesto temprano. Los martes voy a escuchar los conciertos que dan en la Sala Trater y oigo músicas que en Quinnipak no existen: Mozart, Beethoven, Chopin. Son normales y, sin embargo, son hermosas. Tengo algunos amigos con los que juego a las cartas, hablo de política fumándome un puro y los domingos salgo al campo. Amo a mi mujer, que es una mujer inteligente y bella. Me gusta llegar a casa y encontrarla allí, sea lo que sea lo que haya sucedido en el mundo ese día. Me gusta dormir a su lado y me gusta despertarme junto a ella. Tengo un hijo y lo amo, aunque todo haga suponer que de mayor será agente de seguros. Espero que sea un buen agente y que sea un hombre justo. Por la noche me acuesto y me quedo dormido. Y tú me has enseñado que eso quiere decir que estoy en paz conmigo mismo. No hay nada más. Ésta es mi vida. Sé que no te gusta, pero no quiero que me lo escribas. Porque quiero seguir acostándome, por las noches, y quedándome dormido.*

*Cada uno tiene el mundo que se merece. Yo tal vez haya comprendido que el mío es éste de aquí. Lo que tiene de extraño es que es normal. Nunca se ha visto nada parecido en Quinnipak. En Quinnipak se tiene en los ojos el infinito. Aquí, las pocas veces que miras a lo lejos, miras a los ojos de tu hijo. Y es distinto.*

*No sé cómo hacértelo comprender, pero aquí vivimos resguardados. Y no es algo despreciable. Es hermoso. Y, además, ¿quién ha dicho que hay que vivir necesariamente a la intemperie, siempre asomados al cornisón de las cosas, buscando lo imposible, escudriñando todas las escapatorias para evadirse de la realidad? ¿Es que de verdad es necesario ser excepcionales?*

*Yo no lo sé. Pero me aferro a esta vida mía y no me avergüenzo de nada: ni siquiera de mis botines. Hay una dignidad inmensa, en la gente, cuando sobrelleva sus propios miedos, sin trampas, como medallas de su propia mediocridad. Y yo soy uno de ellos.*

*Mirábamos siempre al infinito, en Quinnipak, los dos juntos. Pero aquí no hay infinito. Así que miramos las cosas, y con eso nos hasta. De vez en cuando, en los*



*momentos menos pensados, somos felices.*

*Me acostaré, esta noche, y no me quedaré dormido. Será culpa tu y a, viejo, maldito Pekisch.*

*Te abrazo, Dios sabe cuánto te abrazo.*

*Pehnt, agente de seguros*

Suceden cosas que son como preguntas. Pasa un minuto, o tal vez años, y después la vida responde. La historia de Morivar era una de esas cosas.

Cuando el señor Rail no era más que un muchacho, fue un día a Morivar porque en Morivar estaba el mar.

Y allí fue donde vio a Jun.

Y pensó: viviré con ella.

Jun estaba en medio de la gente. Estaban esperando para embarcarse en un navío que se llamaba *Adel*. Equipajes, niños, gritos y silencios. El cielo estaba limpio y se anunciaba tormenta. Extrañezas.

—Me llamo Dann Rail.

—¿Y qué?

—No, nada, lo que quería decir es que... ¿te marchas?

—Sí.

—¿Adónde vas?

—¿Y tú?

—Yo a ninguna parte. No me marcho.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

—He venido a recoger a alguien.

—¿A quién?

—A ti.

*/ Tenías que verla, Andersson, qué belleza... Tenía una sola maleta, apoyada en el suelo, y en la mano un paquete que mantenía aferrado, que no abandonaba nunca, aquel día no lo abandonó ni un momento. No quería marcharse de allí, quería subir a aquel barco, y entonces yo le pregunté «¿Volverás?» y ella contestó «No». Y yo dije «Entonces no creo que te convenga marcharte de verdad», así se lo dije. «Y ¿por qué?». Me preguntó: «Y ¿por qué?». /*

—Porque ¿cómo te las vas a arreglar para vivir conmigo?

*/ Y entonces ella se rió, era la primera vez que la veía reírse, y tú sabes bien, Andersson, cómo es Jun cuando se ríe, no es que uno pueda quedarse ahí y hacer como si no hubiera pasado nada, si está Jun delante riéndose, está claro que uno acaba por pensar si yo no beso a esta mujer me volveré loco. Y yo pensé: si no beso a esta chica me volveré loco. Obviamente no era eso exactamente lo que pensaba ella también, pero lo que es más importante es que se rió, te lo juro, ella estaba allí, en medio de toda aquella gente, aferrando su paquete entre los brazos y se rió /*

Faltaban todavía dos horas para la salida del *Adel*. El señor Rail comunicó a Jun

que si no iba a beber algo con él, se ataría una enorme piedra al cuello, se tiraría al agua del puerto, y la enorme piedra, al hundirse en el agua, desgarraría la quilla del Adel, que se hundiría chocando contra el barco de al lado, el cual, al tener la bodega llena de pólvora, estallaría con un terrorífico fragor levantando llamaradas de una altura de diez metros que en poco tiempo...

—Vale, vale, antes de que se queme el pueblo entero vayamos a beber algo, ¿de acuerdo?

Él cogió la maleta, ella siguió aferrando su paquete. La taberna estaba a un centenar de metros de allí. Se llamaba Señor Dios. No era un nombre de taberna.

El señor Rail tenía dos horas de tiempo, tal vez menos. Sabía adónde quería llegar, pero no sabía por dónde empezar. Lo salvó una frase que un día le había dicho Andersson, y que durante años había estado ahí, esperando su momento. Había llegado su momento. «Y si ves que ya no hay absolutamente nada que hacer, entonces empieza a hablarle del cristal. Las historias que te he contado yo. Verás como caen. Ninguna mujer puede resistirse de verdad a historias como éstas».

*/ Yo jamás he dicho una estupidez semejante, Pues claro que lo dijiste, Imposible, Lo que te falla es la memoria, querido Andersson, Lo que a ti no te falla es la fantasía, querido señor Rail /*

Durante dos horas el señor Rail le habló a Jun del cristal. Se lo inventó casi todo. Pero algunas cosas eran verdaderas. Y bellísimas. Jun escuchaba. Como si le estuvieran hablando de la luna. Después entró un hombre en la taberna y gritó que el Adel estaba a punto de zarpar. Gente que se levanta, voces lanzadas de un sitio a otro, ondear de paquetes y de equipajes, niños que lloran. Jun se levanta. Coge sus cosas, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta. El señor Rail deja dinero sobre la mesa y corre detrás de ella. Jun camina deprisa hacia el barco. El señor Rail corre detrás de ella y piensa Una frase, tengo a toda costa que encontrar la frase adecuada. Pero es ella la que la encuentra. Se detiene de golpe. Deja la maleta en el suelo, se vuelve hacia el señor Rail y susurra

—¿Tienes más historias de éstas?... historias como la del cristal.

—Montones.

—¿Tienes una tan larga como una noche?

*/ Y así no se subió a aquel barco. Y nos quedamos los dos allí, en Morivar. Faltaban siete días para que zarpara otro barco. Pasaron deprisa. Y después pasaron otros siete. El barco esa vez se llamaba Esther. Jun quería subir a toda costa. Decía que no tenía más remedio que subir. Era por aquel paquete, ¿comprendes? Decía que tenía que llevarlo allá, ni siquiera sé dónde quedaba ese allá, nunca me lo dijo. Pero era allá adonde tenía que llevarlo. A alguien, creo. Nunca quiso decirme a quién. Ya sé que es una historia extraña, pero es así. Allá hay alguien y un día Jun se presentará ante él y le dejará el paquete en las manos. En aquellos días en los que*

estuvimos en Morivar; una vez dejó que lo viera. Abrí el papel y dentro había un libro, todo escrito con una caligrafía pequeñísima, encuadernado en azul. Un libro, ¿comprendes? Solamente un libro /

—¿Lo has escrito tú?

—No.

—¿Y qué dice?

—No lo sé.

—¿No lo has leído?

—No.

—¿Y por qué?

—Algún día tal vez lo lea. Pero antes tengo que llevarlo allá.

/ Santo Dios, Andersson, yo no sé cómo hay que comportarse en la vida, pero ella ese libro tiene que llevarlo allá y yo... yo conseguí que no subiera a aquel barco que se llamaba Esther, yo conseguí traerla aquí, y cada semana hay un barco que parte sin ella, hace ya muchos años. Pero no conseguiré retenerla aquí para siempre, se lo he prometido, un día se levantará, cogerá su maldito libro y se volverá a Morivar: y yo dejaré que se vaya. Se lo he prometido. No pongas esa cara, Andersson, ya sé que parece algo absurdo, pero es así. Antes que yo llegó ese libro a su vida, y no puedo hacer nada. Está ahí, a mitad del camino, ese maldito libro, y no podrá quedarse ahí para siempre. Un día reemprenderá su camino. Y Jun es ese viaje. ¿Lo comprendes? Todo lo demás, Quinnipak, esta casa, el cristal, tú, Mormy y hasta yo, todo lo demás no es otra cosa que una gran parada imprevista. Milagrosamente, desde hace años, su destino contiene el aliento. Pero un día volverá a respirar. Y ella se marchará. Ni siquiera es tan horrible como parece. ¿Sabes?, de vez en cuando pienso... tal vez Jun sea así de hermosa porque lleva encima su destino, límpido y sencillo. Debe de ser una cosa que te hace especial. Ella la tiene. De aquel día en el muelle de Morivar, yo no olvidaré jamás dos cosas: sus labios y cómo aferraba aquel paquete. Ahora sé que estaba aferrando su destino. No lo abandonará sólo porque me ama. Y no se lo robaré sólo porque la amo. Se lo prometí. Es un secreto y no se lo debes decir a nadie. Pero es así/

—¿Dejarás que me vaya, ese día?

—Sí.

—¿De verdad, señor Rail?

—De verdad.

—¿Y hasta entonces no hablaremos nunca más de esta historia, nunca, nunca?

—No, si no quieres.

—Entonces, llévame a vivir contigo, te lo ruego.

Por eso un día, desde Morivar, llegó el señor Rail, y junto a él estaba una muchacha tan hermosa como no se había visto nunca en Quinnipak. Por eso se

amaron, los dos, de aquella manera extravagante, que al verla parecía imposible, y que sin embargo era hermosa sólo con que se pudiera aprender... Y por eso durante días y días, treinta y dos años después, el señor Rail fingió no ver los minúsculos preparativos que se desprendían de los gestos de Jun, hasta que ya no pudo resistir más y después de haber apagado la lámpara, aquella noche, dejó pasar unos instantes, luego cerró los ojos y en lugar de decir

—Buenas noches

dijo

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana.

Sucedan cosas que son como preguntas. Pasa un minuto, o tal vez años, y después la vida responde. Fueron treinta y dos los años que pasaron antes de que Jun volviera a coger su maleta, aferrara contra el pecho su paquete y saliera por la puerta de la casa del señor Rail. Por la mañana temprano. El aire húmedo a causa de la noche. Pocos ruidos. Nadie a la vista. Jun baja por el sendero que lleva a la carretera. La está esperando la calesa de Arold. Pasa todos los días por allí. No le importa hacerlo un poco más temprano de lo habitual ese día. Gracias, Arold. No hay de qué. La calesa parte. Devora la carretera poco a poco. No se volverá atrás. Alguien se acaba de despertar. La ve pasar.

Es Jun.

Es Jun que se marcha.

En la mano lleva un libro que se la está llevando lejos.

(Adiós, Dann. Adiós, pequeño señor Rail, que me has enseñado la vida. Tú tenías razón: no estamos muertos. No es posible morir cerca de ti. Hasta Mormy esperó a que estuvieras lejos para hacerlo. Ahora soy yo quien se va lejos. Y no estaré cerca de ti cuando muera. Adiós, mi pequeño señor, que soñabas con trenes y sabías dónde estaba el infinito. Todo aquello que existía, yo lo he visto al mirarte a ti. Y he estado en todas partes estando contigo. Es algo que no seré capaz de explicar nunca a nadie. Pero es así. Me lo llevaré conmigo y será mi secreto más hermoso. Adiós, Dann. No pienses nunca en mí si no es riendo. Adiós.).

# Seis

# 1

—4.200 a la una... 4.200 a las dos...

—¡4.600!

—4.600 para el señor del fondo de la sala, gracias, señor, 4.600...4.600 a la una... 4.600 a las dos estamos en 4.600, amables señores, no querrán obligarme a regalar, prácticamente a regalar, este objeto de inestimable valor artístico y también, si se me permite, moral... seguimos en 4.600, señores... 4.600 a las dos... 4600

—¡5.000!

—¡5.000! Veo que por fin los señores presentes se han animado... permítanme que les diga, apoyándome en mi experiencia de decenios, permítanme que les diga, señores, que éste es el momento justo para que disparen sus cartuchos... tengo aquí una oferta de 5.000 que sería un delito dejar así sobre la mesa sin siquiera...

—¡5.400!

—El señor sube 400, gracias, señor... estamos en 5.400... 5.400 a la una... 5.400 a las dos...

Cuando sacaron a subasta los bienes del señor Rail —desagradable trámite que se hizo indispensable dada la singular tenacidad de sus acreedores—, el señor Rail exigió ser llevado a Leverster y asistir personalmente a todo el asunto. No había visto nunca una subasta en su vida: despertaba su curiosidad.

—Y además quiero ver la cara de esos buitres, uno a uno.

Estaba sentado en la última fila: no se perdía una sola palabra y miraba a su alrededor como fascinado. Una a una se le iban las piezas más valiosas de su casa. Las veía pasar y desaparecer, una detrás de otra, e intentaba imaginarse los salones a los que irían a parar. Alimentaba la firme convicción de que a ninguna de ellas le habría gustado el traslado. No iba a ser la misma vida, ni siquiera para ellas. El Santo Tomás de madera, a tamaño natural, acabó por una cifra considerable en manos de un hombre de pelo grasiento y, seguramente, de mal aliento. El escritorio fue objeto de larga pugna entre dos señores que parecían haberse enamorado perdidamente del mismo: se salió con la suya el más viejo, cuyo perfil cretino excluía a priori la eventualidad de que le pudiera realmente ser útil un escritorio. El juego de té de porcelana china acabó en manos de una señora cuya boca hacía espeluznante la idea de ser una taza del susodicho juego. La colección de armas antiguas fue adquirida por un extranjero que habría podido hacer uso de ellas útilmente sobre sí mismo. La gran alfombra azul del comedor acabó en manos de un inocuo señor que por error había levantado la mano, con gesto convincente, en el momento equivocado. La *chaise longue* escarlata fue a custodiar el reposo de una señorita que había hecho saber, a su prometido y a todos los participantes, que quería a toda costa «esa curiosa cama». Se iban de viaje por el mundo, en resumidas cuentas, todos aquellos pedazos de la

historia del señor Rail: a habitar miserias ajenas. No era un espectáculo bello. Era casi como ver que le desvalijaban a uno la casa, pero a cámara lenta y de manera mucho más organizada. Impasible, en su silla de la última fila, el señor Rail se despedía de todas aquellas cosas, con la curiosa sensación de sentir cómo le limaban, lentamente, la vida. Hubiera podido marcharse al cabo de un rato. Pero en el fondo esperaba algo. Y ese algo llegó.

—Señores, en tantos años de humilde ejercicio de mi profesión jamás, antes de ahora, he tenido el honor de sacar a subasta...

El señor Rail cerró los ojos.

—... en el que la belleza de las formas se une a la genialidad de su concepción...

Con tal que lo haga de prisa.

—... verdadero objeto de culto, testimonio precioso del progreso patrio...

Que lo haga y acabe de una vez.

—... una auténtica y verdadera locomotora, todavía en funcionamiento.

Eso es.

En la disputa por Elisabeth se enzarzaron un barón con una insoportable eseceante y un viejo señor de aspecto modesto y simplón. El barón agitaba en el aire su bastón vocalizando las ofertas con una solemnidad que se pretendía definitiva. Meticulosamente, una y otra vez, el viejo señor de aspecto simplón se limitaba a alzar apenas la oferta, provocando una evidente irritación en el barón y su *entourage*. Los ojos del señor Rail pasaban del uno al otro saboreando cualquier pequeño matiz de aquel singular duelo. Con evidente satisfacción del subastador, el desafío no daba señales de encontrar una solución. Aquellos dos habrían sido capaces de continuar durante horas. Los interrumpió la imprevisible limpidez de una voz femenina que resonó con la seguridad de una orden y la dulzura de una oración.

—Diez mil.

El barón pareció enmudecer por el estupor. El viejo señor de aspecto simplón bajó la mirada. De pie, en el fondo de la sala, una señora vestida con espléndida elegancia repitió

—Diez mil.

El subastador pareció despertar de un inexplicable encantamiento. Repitió la cifra tres veces, algo apresuradamente, vagamente inseguro sobre lo que hacer. Después murmuró, entre el silencio general

—Adjudicado.

La señora sonrió, se volvió y salió de la sala.

El señor Rail ni siquiera la había mirado. Sabía, sin embargo, que no iba a olvidarse fácilmente de aquella voz. Pensó: «Quizá se llame Elisabeth. Quizá sea bellísima». Después ya no pensó nada.

Permaneció en la sala hasta el final, pero con la mente apagada, y entre los brazos



de un repentino, dulcísimo cansancio. Cuando todo acabó, se levantó, cogió el sombrero y el bastón e hizo que lo acompañaran fuera, a la carroza. Estaba subiendo en ella, cuando vio acercarse a una señora vestida con espléndida elegancia. Llevaba el rostro cubierto por un velo. Le dio un gran sobre y dijo

—De parte de un común amigo nuestro.

Después sonrió y se marchó.

Sentado en la carroza que entre miles de sacudidas salía de la ciudad, el señor Rail abrió el sobre. En su interior estaba el contrato de adquisición de Elisabeth. Y una nota con sólo tres palabras escritas.

*Que les den.*

Y una firma.

*Hector Horeau*

La gran casa del señor Rail sigue allí. Semivacía, pero desde fuera no se ve. Sigue estando Brath, que se ha casado con Mary, y sigue estando Mary, que se ha casado con Brath, y espera un hijo que quizá sea de Brath, quizá no, no importa. Sigue estando el señor Harp, que se ocupa del campo y de las plantaciones. Ya no está la fábrica, como es justo, por otra parte, dado que desde hace años ya no está el viejo Andersson. En el prado, a los pies de la colina, está Elisabeth. Le han quitado todos aquellos raíles de delante, no le han dejado más que los dos que tiene bajo las ruedas. Si los trenes naufragaran y las vías férreas estuvieran en el cielo, parecería los restos de un tren, depositado en el fonal herboso del mundo. Como peces, de vez en cuando giran a su alrededor los niños de Quinnipak. Vienen del pueblo a propósito para verla: los mayores cuentan que dio la vuelta al mundo y que al final llegó allí y decidió pararse porque estaba mortalmente cansada. Los niños de Quinnipak giran a su alrededor, mudos como peces para no despertarla.

El despacho del señor Rail está lleno de dibujos: fuentes. Antes o después habrá delante de la casa una gran fuente toda de cristal con el agua que subirá y bajará al ritmo de la música. ¿Qué música? Cualquier clase de música. ¿Y cómo es posible? Todo es posible. No lo creo. Ya lo verás. En medio de todos esos dibujos, colgados por todas partes, hay también un recorte de periódico. En él está escrito que han asesinado a un hombre, a uno de los muchos obreros que están montando los raíles de la gran vía férrea que llevará al mar; «profético proyecto, orgullo de la nación, concebido y realizado por la férvida mente del excelentísimo señor Bonetti, pionero del progreso y del desarrollo espiritual del reino». La policía está investigando. El recorte está algo amarillento. Cuando pasa por delante, el señor Rail no siente ya ni rencor, ni arrepentimiento, ni satisfacción. Nada.

Sus días se deslizan como palabras de una liturgia antigua. Alborotados por la imaginación y ordenados de nuevo por el fiel compás de la cotidianeidad. Reposan

inmóviles sobre sí mismos, en exacto equilibrio entre recuerdos y sueños. El señor Rail. De vez en cuando, sobre todo en invierno, le gusta permanecer inmóvil, en el sillón frente a la librería, en batín de damasco y zapatillas verdes: terciopelo. Recorre con la mirada, lentamente, los lomos de los libros delante de él: uno a uno los recorre, con ritmo constante, desgrana palabras y colores como versículos de una letanía. Si llega al final, vuelve a empezar sin prisa. Cuando ya no reconoce las letras y con dificultad los colores —sabe que está cayendo la tarde.

## 2

En el hospital de Abelberg —la gente lo sabía— estaban los locos. Con el pelo al cero y un uniforme de rayas grises y marrones. Un trágico ejército de la locura. Los peores estaban dentro de unas jaulas de madera. Pero también había otros que circulaban con libertad, de vez en cuando se tropezaba con alguno que vagabundeaba por el pueblo, se le cogía de la mano y se le volvía a llevar al hospital. Cuando cruzaban la verja, algunas veces decían

—Gracias.

Habría habido un centenar de locos, en Abelberg. Con un médico y tres monjas. Y había una especie de ayudante. Era un hombre silencioso, de cuidadosos modales, tendría unos sesenta años. Un día se presentó allí, con una pequeña maleta.

—¿Cree usted que podría quedarme aquí? Puedo hacer muchas cosas y no seré una molestia para nadie.

El médico no tuvo nada que objetar. A las tres monjas les parecía que, a su manera, era un hombre simpático. Se instaló en el hospital. Con afable precisión llevaba a cabo las tareas más diversas, como hechizado por una trascendental renuncia a cualquier ambición. No se negaba a nada: solamente se permitía declinar, con cortés firmeza, cualquier clase de propuesta para salir, aunque no fuera más que una hora, del hospital.

—Prefiero quedarme aquí. De verdad.

Se retiraba a su cuarto, cada noche, a la misma hora. Sobre su mesilla no había libros, ni retratos. Nadie lo había visto nunca escribir o recibir carta alguna. Parecía un hombre venido de la nada. La total indescifrabilidad de su existencia apenas estaba vetada por una singular, y no insignificante, grieta: periódicamente lo encontraban acucillado en un rincón escondido del hospital, con el rostro irreconocible, y una cantilena que le salía de la boca, a media voz. Era una cantilena formada por la inexhausta y sumisa repetición de una sola palabra.

—Socorro.

El hecho sucedía dos, tres veces al año, no más. Durante una decena de días, el ayudante se afincaba en un estado de inofensivo pero profundo extrañamiento respecto a todo y a todos. La monjas habían tornado la costumbre, en aquellos días, de vestirlo con el uniforme de rayas grises y marrones. Cuando la crisis acababa, el ayudante volvía a la más tranquilizadora y absoluta normalidad. Se quitaba el uniforme de rayas grises y marrones y volvía a ponerse el camisón blanco con el que todos estaban acostumbrados a verlo deambular por el hospital. Su existencia se reanudaba desde el principio, como si nada hubiera sucedido.

Durante años, el ayudante consumó con diligente abnegación aquella singular existencia que oscilaba pacíficamente sobre la impalpable línea fronteriza que

separaba el camisón blanco del uniforme a rayas grises y marrones. El péndulo de su misterio había dejado ya de asombrar y devoraba silencioso un tiempo que habría podido revelarse infinito. Así que fue con incredulidad como vieron todos, un día, que su mecanismo se atascaba de repente.

El ayudante estaba caminando por el pasillo del segundo piso cuando sus ojos cayeron sobre algo que mil veces, durante tantos años, ya habían visto. Y que, sin embargo, en aquel instante, parecieron ver por vez primera. Había un hombre, reclinado en el suelo, con su uniforme a rayas grises y marrones. Con sistemática meticulosidad, separaba sus excrementos en pequeños trocitos que después, lentamente, se metía en la boca y masticaba, paciente e imperturbable. El ayudante se detuvo. Se acercó al hombre y se acuclilló delante de él. Empezó a mirarlo fijamente, como fascinado. El hombre parecía no darse cuenta ni siquiera de su presencia. Continuó con su absurda pero precisa tarea. Durante minutos y minutos, el ayudante permaneció inmóvil mirándolo. Después, casi imperceptiblemente, su voz empezó a deslizarse entre los mil ruidos de aquel pasillo poblado por inocentes monstruos.

«Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda. Estáis todos en un lago de mierda. Se os pudre el culo en un océano de mierda. Se os pudre el alma. Los pensamientos. Todo. Una asquerosidad grandiosa, de verdad, una obra maestra de la repugnancia. Un espectáculo. Malditos bellacos. Yo no os había hecho nada. Yo no quería más que vivir. Pero no se puede, ¿verdad? Hay que morir, hay que estar en fila pudriéndose, uno detrás de otro, ahí, dándonos asco, con gran dignidad. Reventad, cabrones. Reventad. Reventad. Reventad. Yo os veré reventar, uno tras otro, eso es lo único que quiero, veros morir y escupir en la mierda que sois. Dondequiera que os hayáis escondido, que os devore el más horrendo de los males y que muráis gritando de dolor sin que ni a un perro le importe lo más mínimo, solos como animales, como los animales que habéis sido, animales infames y obscenos. Dondequiera que estés, padre mío, tú y el horror de tus palabras, tú y el escándalo de tu felicidad, tú y el disgusto de tu vileza... que revientes de noche con el miedo aferrándote la garganta, y un dolor infernal en tu interior, y el hedor del espanto sobre ti. Y que contigo reviente tu mujer, vomitando blasfemias que le hagan ganar un paraíso infinito de tormentos. La eternidad no le bastará para pagar todas sus culpas. Que reviente todo aquello que habéis tocado, las cosas que habéis visto y todas y cada una de las palabras que habéis dicho. Que se marchiten los prados en los que habéis posado vuestros abyectos pies, y estallen como vejigas putrefactas las personas que habéis ensuciado con el hedor de vuestras sonrisas. Eso es lo que quiero. Veros reventar, a vosotros que me habéis dado la vida. Y junto a vosotros, a todos aquéllos que después me la han quitado, gota a gota, ocultos por todas partes, espiando no otra cosa que mis deseos. Yo soy Hector Horeau y os odio. Odio los sueños que dormís, odio el orgullo con el que acunáis la escualidez de vuestros niños, odio lo que tocan vuestras manos

podridas, odio cuando os vestís para las fiestas, odio el dinero que lleváis en los bolsillos, odio la blasfemia atroz de cuando os permitís llorar, odio vuestros ojos, odio la obscenidad de vuestro buen corazón, odio los pianos que como ataúdes pueblan el cementerio de vuestros salones, odio vuestros amores asquerosamente justos, odio todo lo que me habéis enseñado, odio la miseria de vuestros sueños, odio el ruido de vuestros zapatos nuevos, odio todas y cada una de las palabras que habéis escrito, odio cualquier momento en el que me hayáis tocado, odio todos los instantes en que habéis tenido razón, odio las vírgenes que cuelgan sobre vuestras camas, odio el recuerdo de cuando hice el amor con vosotros, odio vuestros secretos de nada, odio todos vuestros días más hermosos, odio todo lo que me habéis robado, odio los trenes que no os han llevado lejos, odio los libros que habéis enfangado con vuestras miradas, odio lo asqueroso de vuestras caras, odio el sonido de vuestros nombres, odio cuando os abrazáis, odio cuando aplaudís, odio lo que os conmueve, odio todas y cada una de las palabras que me habéis arrancado, odio la miseria de lo que veis cuando miráis a lo lejos, odio la muerte que habéis sembrado, odio todos los silencios que habéis desgarrado, odio vuestro perfume, odio cuando os comprendéis, odio cualquier tierra que os haya acogido, y odio el tiempo que ha pasado sobre vosotros. Todos los minutos de ese tiempo han sido blasfemias. Yo desprecio vuestro destino. Y ahora que me habéis robado el mío, lo único que me importa es saber que reventaréis. El dolor que os destrozará seré yo, la angustia que os consumirá seré yo, el hedor de vuestros cadáveres seré yo, los gusanos que engordarán con vuestros despojos seré yo. Y cada vez que alguien os olvide, allí estaré yo.

Yo sólo quería vivir.

Cabrones».

Aquel día, el ayudante se puso mansamente el uniforme de rayas para no volver a quitárselo nunca más. El péndulo se había detenido para siempre. En los seis años que todavía pasó en el hospital, nadie le oyó pronunciar ni una sola palabra. Entre las infinitas violencias en las que abreva la locura, el ayudante eligió para sí mismo la más sutil e inexpugnable: el silencio. Murió, una noche de verano, con el cerebro inundado de sangre. Un estertor horrible se lo llevó consigo, con la rapacidad fulminante de una mirada.

### 3

Como ya se habrá tenido ocasión de observar, es costumbre del destino disponer extrañas citas.

Por poner un ejemplo: Pekisch estaba tomando su baño mensual, cuando oyó claramente resonar la música de *Flores fragantes*. En sí, la cosa podría no parecer significativa: téngase en cuenta, sin embargo, que nadie, en aquel momento, estaba tocando la música de *Flores fragantes*: ni en Quinnipak, ni en ningún otro sitio. En sentido estricto, aquella música, en aquel momento, existía sólo en la mente de Pekisch. Llovida quién sabe de dónde.

Pekisch acabó de bañarse, pero no acabó la singular, y absolutamente privada, ejecución de *Flores fragantes* (a cuatro voces con acompañamiento de piano y clarinete). Con creciente estupor del privilegiado y único asistente, ésta prosiguió durante todo el día: con un volumen contenido, pero con firme obstinación. Era un miércoles y Pekisch tenía que afinar el órgano de la iglesia. En realidad sólo él, en todo el mundo, podía ser capaz de afinar algo teniendo en los oídos la incesante repetición de *Flores fragantes*: lo consiguió, en efecto, pero estaba exhausto cuando volvió a casa de la viuda Abegg. Comió deprisa y en silencio. Cuando, inesperadamente, y en el fondo sin ni siquiera darse cuenta, se puso a silbar entre cucharada y cucharada, la señora Abegg interrumpió su habitual monólogo vespertino para decir alegremente

—Yo conozco esa canción...

—Ya.

—Es *Flores fragantes*.

—Ya.

—Es una canción muy bonita, ¿verdad?

—Eso depende.

Aquella noche Pekisch durmió poco y mal. Se levantó, por la mañana, y *Flores fragantes* seguía allí. Faltaba el clarinete, pero para sustituirlo se habían incorporado un par de violines y un contrabajo. Sin vestirse ni siquiera, Pekisch se sentó ante el piano con la intención de incorporarse a la singular ejecución y la secreta esperanza de conseguir llevarla hasta un buen final. Pero se dio cuenta en seguida de que algo no cuadraba: no sabía dónde meter las manos. Él, que era capaz de reconocer cualquier nota, no conseguía saber en qué narices de tono tocaba aquella maldita orquestina encerrada en su cabeza. Decidió avanzar a tientas. Probó en todos los tonos posibles pero siempre el sonido del piano resultaba inexorablemente desafinado. Acabó por rendirse. Para entonces estaba claro: no sólo aquella música no parecía tener fin, sino que estaba hecha también de notas invisibles.

—Pero ¿qué cojones de broma es ésta?

Por primera vez, después de tantos años, Pekisch volvió a sentir los pinchazos de la aguja del miedo.

*Flores fragantes* continuó sin alteración durante cuatro días. Al alba del quinto, Pekisch notó nítidamente cómo le entraba en la cabeza la inconfundible melodía de *Codornices de la mañana*. Se precipitó a la cocina, se sentó a la mesa sin saludar siquiera y dijo perentorio

—Señora Abegg, tengo que decirle una cosa.

Y se lo contó todo.

La viuda quedó desconcertada, pero mostró una cierta propensión a no dramatizar.

—Por lo menos nos hemos librado de *Flores fragantes*.

—No.

—¿Cómo que no?

—Suenan a la vez.

—¿*Flores fragantes* y *Codornices de la mañana*?

—Sí. Una sobre la otra. Dos orquestas distintas.

—Dios mío.

Obviamente, nadie, aparte de Pekisch, oía el concierto. La viuda Abegg intentó, de manera totalmente experimental, apoyar una oreja sobre la cabeza de Pekisch: confirmó que no se oía ni una sola nota. Todo aquel enorme follón estaba dentro.

En todo caso, uno habría podido incluso tolerar el vivir teniendo en la cabeza *Flores fragantes* y *Codornices de la mañana*: alguien como Pekisch, por lo menos. Pero el caso es que en los veinte días sucesivos se añadieron en rápida y al final casi cotidiana sucesión *Vuelve el tiempo*, *Noche negra*, *¿Dulce Mal y, dónde estás?*, *Cuenta el dinero y canta*, *Coles y lágrimas*, *Himno a la corona* y *Por todo el oro del mundo no, no vendré*. Cuando, al alba del vigésimo primer día, se perfiló en el horizonte la intolerable melodía de *Hop, hop, salta, caballito*, Pekisch se negó a levantarse de la cama. Lo estaba conmocionando toda aquella sinfonía absurda. Se lo estaba bebiendo, día tras día, se lo estaba cocinando a la perfección. La viuda Abegg pasaba horas sentada cerca de su cama sin saber qué hacer. Pasaban en realidad todos, a visitarlo, pero nadie sabía qué decir. Enfermedades hay muchas, pero aquello ¿qué diablos era? No hay remedios para las enfermedades que no existen.

En resumidas cuentas, a Pekisch le había estallado la música en la cabeza. No había nada que hacer. No se puede vivir con quince orquestas dándole dentro, todo el santo día, blindadas dentro de la cabeza. No se consigue dormir, no se consigue hablar, comer ni reír. No se es capaz de nada. Te quedas ahí e intentas resistir. ¿Qué otra cosa puede hacerse? Pekisch se quedaba allí e intentaba resistir.

Después, una noche, sucedió que se levantó, y con infinita fatiga se tambaleó hasta la habitación de la viuda Abegg. Abrió despacio la puerta, se acercó a la cama y

se acostó junto a ella. Reinaba un hermoso silencio alrededor. Para todos excepto para él. Habló en voz baja, pero ella lo oyó.

—Están empezando a desafinar. Están exhaustos. Están completamente hechos polvo.

La viuda Abegg quería responderle un montón de cosas. Pero cuando te entran esas ganas enloquecidas de llorar, que te estrujan entero, que no consigues detener, entonces no hay manera de balbucir ni una sola palabra, no te sale nada, todo se te vuelve para atrás, todo dentro, engullido por esos malditos sollozos, naufragado en el silencio de esas estúpidas lágrimas. Maldición. Con todo lo que uno quisiera decir... Y, en cambio, nada, no sale nada. ¿Se puede estar peor hecho?

En el funeral de Pekisch, con una cierta lógica, la gente de Quinnipak decidió no tocar ni una sola nota. En medio de un maravilloso silencio, el ataúd de madera atravesó el pueblo y subió hasta el cementerio llevado en hombros por la octava más baja del humanófono. «La tierra te sea leve, como tú lo has sido para ella», recitó el padre Obry. Y la tierra respondió: «Así sea».



## 4

... fue así como, página tras página, llegó la última. Leía lentamente.

Junto a él, una mujer viejísima miraba hacia adelante con ojos de ciega y escuchaba.

Leyó las últimas líneas.

Leyó la última palabra.

Y la última palabra era: América.

Silencio.

—Continúa, Jun. ¿Tienes ganas?

Jun levantó los ojos del libro. Por delante había kilómetros de colinas, y después un acantilado y después el mar y después una playa y después un bosque tras otro y después una larga llanura y después una carretera y después Quinnipak y después la casa del señor Rail y dentro el señor Rail.

Cerró el libro.

Le dio la vuelta.

Volvió a abrirlo por la primera página y dijo

—Sí.

Pero sin tristeza. Hay que imaginárselo dicho sin tristeza.

—Sí.

*... wenn ein Glückliches fällt.*

**Siete**

Las primeras veces, el capitán Abegg se quitaba el uniforme y hacíamos el amor. Nos cruzábamos en el puente, me sonreía y yo bajaba al camarote. Al poco rato llegaba. Cuando habíamos acabado, a veces se quedaba. Me hablaba de él. Me preguntaba si me hacía falta algo. Ahora es distinto. Entra y ni siquiera se desnuda. Me mete mano por debajo de la ropa, para excitarse, después hace que me siente en la cama y se desabrocha los pantalones. Permanece de pie frente a mí. Se masturba y después me la mete en la boca. No sería tan asqueroso si por lo menos se estuviera callado. Pero él tiene que hablar. Si no, no se le pone dura. «Te gusta, ¿eh, zorra? Pues entonces chúpala, perra asquerosa, métetela en la boca, venga, que te hace gozar, estúpida zorra». Quién sabe qué gusto hay en llamar zorra a una mujer que te la está mamando. ¿Qué sentido tiene? Sé perfectamente que soy una zorra. Hay muchas maneras de cruzar el océano sin pagar el pasaje. Yo he elegido el de chupar la polla del capitán Charlus Abegg. Un trueque justo. Él consigue mi cuerpo, yo consigo un camarote de su maldito barco. Antes o después llegaremos y todo habrá acabado. Esta mierda asquerosa. Al final, él se corre. Emite una especie de ridículos rugidos y me llena la boca de esperma. Tiene un sabor horrendo. El de Tool era distinto. El suyo tenía buen sabor. Por otra parte, él me amaba, y era Tool. Así que yo me levanto y corro a escupir todo al wáter, intentando no vomitar. A veces, cuando vuelvo de allí, el capitán ya se ha marchado. Sin una palabra. Entonces pienso «Se ha acabado, por esta vez se ha acabado», me acurruco en la cama y vuelvo a Quinnipak. Eso me lo enseñó Tool. Ir a Quinnipak, dormir en Quinnipak, huir a Quinnipak. De vez en cuando le preguntaba «¿Dónde estabas, que todos te andaban buscando?». Y él decía «Me he acercado un momento a Quinnipak». Es una especie de juego. Sirve cuando te sientes asquerosa por todas partes, y no hay modo de quitarte la sensación de encima. Entonces te acurruacas en cualquier parte, cierras los ojos, y empiezas a inventarte historias. Lo que se te ocurra. Pero hay que hacerlo bien. Con todos sus detalles. Y lo que la gente dice, y los colores, y los sonidos. Todo. Y poco a poco te sientes menos asquerosa. Luego todo vuelve, es obvio, pero durante un rato lo has conseguido. La primera vez que pillaron a Tool lo llevaron a la cárcel en un furgón. Tenía una ventanilla. Tool tenía miedo de la cárcel. Miraba afuera y se sentía morir. Pasaron por un cruce y al borde de la carretera había una flecha que indicaba el camino para un pueblo. Fue allí donde Tool leyó aquel nombre: Quinnipak. Para alguien que está yendo a la cárcel, ver una flecha que lleva a otro sitio debe de ser como mirar a la cara al infinito. Hubiera lo que hubiere allí, era en todo caso vida, y no cárcel. Así que aquel nombre se le quedó grabado en la cabeza. Cuando salió, su cara había cambiado. Había envejecido. Yo, sin embargo, lo había esperado. Le dije que lo amaba como siempre y que volveríamos a empezar desde el principio. Pero no

era fácil salir de aquella mierda. La miseria te seguía los talones, no te perdía de vista ni por un instante. Prácticamente, habíamos crecido juntos Tool y yo, en aquel asco de barrio maravilloso. Cuando éramos pequeños, vivíamos uno al lado del otro. Nos habíamos construido un largo tubo de papel y por la noche lo sacábamos por la ventana y hablábamos a través de él: nos contábamos secretos. Cuando no los teníamos, nos los inventábamos. Era nuestro mundo, en resumidas cuentas. Desde siempre. Al salir de la cárcel, Tool fue a trabajar a una obra un tanto especial: montaban los raíles para el ferrocarril. Una cosa extraña. Yo trabajaba en el bazar, para Andersson. Después el viejo murió, y todo se fue al garete. Es ridículo, pero lo que me hubiera gustado hacer era cantar. Yo tenía una voz bonita. Habría podido cantar en un coro, o en uno de esos sitios en los que la gente rica bebe y pasa las veladas fumando cigarrillos. Pero no había cosas así donde vivíamos. Tool decía que su abuelo era maestro de música. Y que había inventado instrumentos que no existían antes. Pero no sé si era verdad. Su abuelo había muerto. Yo no lo había visto nunca. Y Tool tampoco. Tool decía también que algún día se haría rico y que me llevaría en tren, hasta el mar, para ver los barcos que zarpaban. Pero después no cambiaba nada, y todo seguía igual. A veces era horrible. Huíamos a Quinnipak, pero ni eso funcionaba ya. Tool estaba mal allí. Se le ponía una cara que daba miedo. Era como si odiara a todo el mundo. Sin embargo, era una cara muy hermosa. Yo fui a trabajar al barrio de los ricos. Estaba de cocinera en casa de uno que se había hecho rico con los seguros. Un asco allí también. Me ponía las manos encima ante los ojos de su mujer. Con su mujer allí delante, algo increíble. Pero no podía marcharme. Pagaban. Pagaban incluso bien. Después, un día murió uno que se llamaba Marius Jobbard, y dijeron que había sido Tool el que lo había matado. Cuando llegó la policía, Tool estaba conmigo. Lo cogieron y se lo llevaron. Me miró y me dijo dos cosas: Tú eres demasiado hermosa para todo esto. Y después: Nos veremos en Quinnipak. No sé si de verdad lo había matado él. Nunca se lo pregunté. ¿Qué importancia tenía? En todo caso, el juez decidió que había sido él. Cuando lo condenaron salió incluso la noticia en los periódicos. Me acuerdo bien, porque, al lado, venía la noticia de que un enorme edificio de cristal, no sé ya dónde, había ardiendo completamente la noche anterior. Y yo pensé: todo ha decidido convertirse en humo, hoy. Todo en mierda. Vi a Tool bastantes veces. Iba a visitarlo a la cárcel. Después va no fui capaz. Ya no era él. Estaba todo el tiempo callado, y me miraba. Me miraba fijamente, como hipnotizado. Tool tenía unos ojos bellísimos. Pero me asustaba, mirándome así. No fui capaz de volver. Lo buscaba de vez en cuando, en Quinnipak, pero ni siquiera allí podía encontrarlo. Se había acabado. Se había acabado definitivamente. Así que tomé la decisión de marcharme. Quién sabe de dónde saqué la fuerza para hacerlo. Pero un día llené una maleta y me marché. Al capitán Abegg lo había conocido a través de una amiga. Él decía que al otro lado del océano era todo distinto. Y me marché. Mi

padre no dijo nada. Mi madre lloraba y basta. Sólo Elena me acompañó hasta el final de la calle. Elena es una niña, tiene ocho años. «¿Por qué te escapaste?», me preguntó. «No lo sé». No sé, Elena, por qué me escapo. Pero lo comprenderé. Poco a poco, cada día, lo comprenderé. «¿Y me lo dirás después, cuando lo hayas comprendido?». «Sí». Te lo diré. Esté donde esté, aunque esté muy lejos, cogeré lápiz y papel, un lápiz y miles de papeles, y te escribiré, pequeña Elena, y te diré por qué uno, en la vida, al final, se escapa. Prometido.

Dicen que dentro de tres días llegaremos. Tres mamadas más y estaré al otro lado del océano. Increíble. Quién sabe cómo será la tierra allí. A veces, estoy segura de que allí estará la felicidad. A veces, sólo con pensarlo, me entra una tristeza tremenda. Quién es el que entiende algo. He visto muchas cosas, pero solamente dos han sido capaces de hacerme sentir dentro tanto deseo y tanto miedo al mismo tiempo.

La sonrisa de Tool, cuando estaba Tool.

Y ahora, América.



ALESSANDRO BARICCO. Nació en Turín en 1958. Es autor de las novelas *Tierras de cristal* (Premio Selezione Campiello y Prix Médicis Étranger), *Océano mar* (Premio Viareggio), *Seda*, *City*, *Sin sangre*, *Esta historia*, *Emaús* y *Mr. Gwyn*; del monólogo teatral *Novecento*; la majestuosa reescritura de *Homero, Ilíada* y los ensayos recogidos en *Next (Sobre la globalización y el mundo que viene)* y en *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*.

Baricco dirigió el programa de libros «Pickwick» para Raitre, que «invitó a los italianos a redescubrir el placer de la lectura» (Claudio Paglieri), y en 1994 fundó en Turín una escuela de «técnicas de escritura», llamada Holden (como homenaje a Salinger), que ha tenido, bajo su dirección, un éxito clamoroso. A partir de *Seda*, que se ha convertido en un *longseller* ininterrumpido, tanto en Italia como internacionalmente, se consagró como uno de los grandes escritores italianos de las nuevas generaciones.

# Notas



[1] La ausencia de signos de puntuación al finalizar algunos párrafos es una peculiaridad común en las obras de Baricco, y se repite con frecuencia a lo largo de la novela. (N. de la E. D.) <<